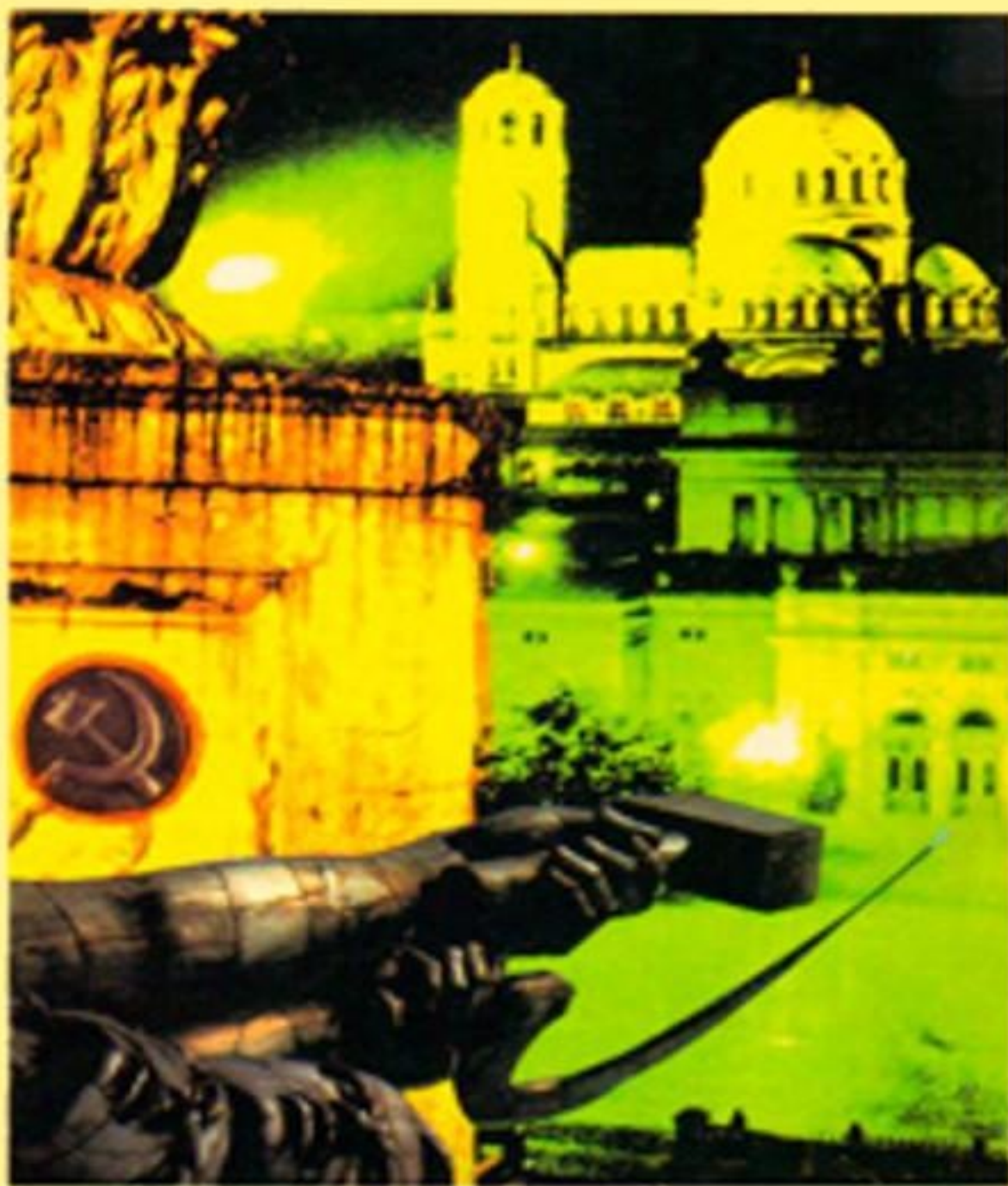


JULIAN BARNES

El puercoespín



Lectulandia

Un expaís socialista va a someter a juicio público a su antiguo presidente y todopoderoso líder Stoya Petkanov, y en su figura se va a juzgar a todos aquellos a quienes ya es imposible sentar en un banquillo y condenar. Peter Solinsky, un joven abogado hijo de un revolucionario de la primera hora, compañero de Petkanov y víctima después de las purgas, es el fiscal asignado al juicio. Cada uno de los contendientes jugará sus cartas en este juicio que pondrá en evidencia el vertiginoso vacío que dejan las utopías fracasadas en las sociedades que las engendraron.

Lectulandia

Julian Barnes

El puercoespín

ePub r1.0

ultrarregistro 08.08.14

Título original: *The porcupine*

Julian Barnes, 1992

Traducción: Francisco Javier Calzada

Diseño de cubierta: Anagrama

Editor digital: ultrarregistro

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A Dimitrina

El anciano estaba de pie, tan cerca de la ventana del sexto piso como se lo permitía el soldado que le vigilaba. Fuera, en la ciudad, reinaba una inusual oscuridad; en el interior, la débil luz de la lámpara del escritorio apenas arrancaba un destello de la montura metálica de sus gruesas gafas. Su apariencia era menos atildada de lo que había esperado el soldado: su traje formaba arrugas en la espalda, y el poco pelo rubio rojizo que le quedaba se alborotaba en mechones. Pero su actitud era de seguridad en sí mismo; había incluso cierta beligerancia en su forma de apoyar firmemente el pie izquierdo contra la línea pintada en el suelo. Con la cabeza ligeramente inclinada, el anciano escuchaba la protesta femenina que estaba desarrollándose en el mismísimo centro de la capital, de esa ciudad que había gobernado durante tanto tiempo. Sonreía para sus adentros.

Se habían congregado en aquella húmeda tarde de diciembre frente a la catedral de San Miguel Arcángel, punto de reunión desde los viejos días de la monarquía. Muchas entraron primero en el templo para encender velas como las que ardían en los candeleros a la altura del hombro: finas y amarillentas velas que tenían tendencia, bien por su mala calidad o por el calor de las llamas próximas, a doblarse por la mitad a medida que se consumían, derramando goterones de cera que salpicaban suavemente al caer en la rebosante bandeja. Luego, armadas con sus instrumentos de protesta, las mujeres salieron a la plaza de la catedral, un lugar que hasta hacía muy poco tenían vedado y que había sido acordonado por tropas al mando de un oficial que vestía un abrigo de cuero sin ninguna divisa que indicara su graduación. La oscuridad era allí todavía más densa, porque en aquella parte de la plaza sólo una de cada seis farolas brindaba su mortecina luz. Muchas mujeres iban ahora por velas más resistentes y blancas. Para ahorrar cerillas, salvo la primera, prendían cada nueva vela con la llama de otra.

Podían verse algunos abrigos de piel sintética, pero la mayoría de las manifestantes se habían ataviado según las instrucciones; más exactamente, no se habían ataviado: parecían recién salidas de la cocina. Delantales sobre un vestido de tela basta estampada, y un grueso suéter encima, el mismo que llevaban para no aterirse en sus apartamentos sin calefacción, y que ahora las protegía del intenso frío reinante en la plaza de la catedral. Y en el bolsón del delantal, o en el bolsillo del

abrigo si iban más arregladas, llevaban todas algún utensilio de cocina de tamaño considerable: un cazo de aluminio, un cucharón de madera, un afilador, o incluso, por si las circunstancias llegaran a exigir algún gesto amenazador, un pesado tenedor de trinchar.

La manifestación comenzó a las seis de la tarde, hora en que tradicionalmente las mujeres se hallaban en la cocina preparando la cena, por más que, últimamente, esta palabra, que designaba la principal comida del día, había pasado a significar un simple guiso caliente, entre caldo y estofado, a base de un par de nabos, un cuello de gallina —si era posible encontrarlo—, unas pocas hojas de verdura, agua y pan duro. Pero esa noche no iban a remover aquel mísero condumio con los cazos y cucharones que llevaban en los bolsillos. Esa noche sacaron sus utensilios y comenzaron a agitarlos en el aire, como saludándose unas a otras con una excitación algo tímida al principio. Hasta que se lanzaron.

Cuando las organizadoras, un grupito de seis mujeres del polígono de la Metalurgia (bloque 328, escalera 4), dejaron atrás el empedrado de la plaza y dieron los primeros pasos por el bulevar, en cuyo asfalto liso relucían con brillo de antracita las cuatro líneas paralelas de los tranvías, se escuchó el primer golpe de un cucharón de aluminio contra un cazo. Durante unos instantes, mientras otras iban sumándose con respetuosa timidez, el ruido mantuvo un compás lento, pausado, como una irreal marcha fúnebre culinaria. Pero cuando el grueso de las manifestantes respondió a aquella invitación, los primeros momentos de solemne orden desaparecieron, y los intervalos de silencio se llenaron con el sonido de nuevos golpes dados por las mujeres que venían detrás, hasta que los aledaños de la catedral, a la que ahora acudían abiertamente los fieles para encontrarse con Dios en silenciosa plegaria, se vieron invadidos por aquel apremiante estruendo doméstico.

Quienes participaban en la manifestación podían distinguir, gracias a la cercanía, las diferentes notas que sonaban: el débil y amortiguado chasquido del aluminio contra el aluminio; el timbre, más agudo y marcial, de la madera contra el aluminio; el sorprendentemente alegre tañido de la madera contra el hierro, que parecía llamar a fajina, y el pesado repiqueteo, como de martillo neumático, del aluminio al golpear contra el hierro. Aumentaba el estrépito a medida que se incorporaban a él más mujeres: un guirigay que nadie en la ciudad había oído antes y que resultaba aún más impresionante por su singularidad y su falta de ritmo: era machacón, opresivo, más hiriente que un grito de dolor. En la primera esquina, un grupo de muchachos, con el antebrazo levantado en un gesto obsceno, prorrumpieron en insultos al paso de las mujeres, pero el fragor hizo que todo lo que consiguieran fuera boquear en vano, sin que sus insultos llegaran más allá del amarillento círculo de luz de la farola a cuyo pie se hallaban.

Las organizadoras habían confiado en congregar a lo sumo unos cuantos

centenares de mujeres del polígono de la Metalurgia. Pero el creciente estrépito que seguía las relucientes curvas de la línea 8 del tranvía procedía de varios miles de manifestantes: de los polígonos de la Juventud, la Esperanza y la Amistad, de los de la Estrella Roja, Gagarin y la Victoria Futura, e incluso de los de Lenin y del Ejército Rojo. Las que llevaban velas, las sostenían en el hueco entre el pulgar y el índice, a la vez que asían con fuerza el cazo o la sartén que habían traído; a cada golpe que daban sobre los cacharros con la cuchara o el cucharón que blandían en la otra mano, la llama de la vela temblaba, derramando un reguero de cera en sus mangas. No llevaban banderas ni gritaban consignas: eso era privativo de los hombres. En vez de ello, ofrecían un concierto de instrumentos metálicos. Y los millares de rostros iluminados por la luz amarillenta de las velas, que saltaban a cada golpe, recordaban un campo de girasoles. Las mujeres salían de la calle Stanov y estaban entrando ya en la plaza del Pueblo, donde los húmedos adoquines semejabán una enorme bandeja llena de brillantes bollos que se burlaran de ellas. Llegaron al macizo Mausoleo, a prueba de bombas, que albergaba el cuerpo embalsamado del Primer Líder, pero la manifestación no se detuvo allí, ni aumentó su volumen sonoro. Cruzó la plaza por delante del Museo Arqueológico, bordeó valientemente la requisada Oficina de Seguridad del Estado, desde donde el anciano atisbaba, sonreía y avanzaba su pie contra la línea blanca, y rodeó luego el elegante palacio neoclásico que hasta hacía poco había sido la sede del Partido Comunista. Varias ventanas de la planta tenían ahora cartones en vez de cristales, y en un ángulo del edificio un intento de incendio, tan entusiasta como falto de medios, había dejado en la fachada un ancho manchón negro que iba del segundo piso al séptimo. Pero las mujeres tampoco se detuvieron allí, excepto algunas, que se pararon un instante a escupir; esta práctica, que se había iniciado cautamente hacía cosa de un año y que, durante un tiempo, se convirtió en una necesidad nacional, hasta el punto de que al final de cada día era menester llamar a los bomberos para que limpiaran los adoquines con el agua de sus mangueras, había empezado ya a perder popularidad. Aun así, fueron bastantes las mujeres que escogieron esa forma de expresar su desprecio por el Partido Socialista (antes Comunista), de manera que las pisadas de las que iban detrás resbalaron en los escupitajos del empedrado.

El firme ruido doméstico, trasunto del desconsuelo nacional y de los estómagos vacíos, pasó por delante del Hotel Sheraton, donde se alojaban los extranjeros ricos; algunos de los huéspedes miraban expectantes por sus ventanas, sosteniendo velas tal como les habían aconsejado, las cuales, por supuesto, eran de mejor calidad que las que ardían en la calle. Cuando comprendieron la causa de la protesta, algunos se retiraron al interior de sus habitaciones, pensando en la comida que habían dejado negligentemente en sus platos a la hora del almuerzo: taquitos de queso fresco del país, un par de aceitunas, media manzana, una bolsita de té usada solamente una

vez... El recuerdo de su irreflexivo derroche les hizo sentir un breve rubor de culpabilidad.

Las mujeres tenían ahora ante sí un breve trayecto hasta llegar al edificio del Parlamento, donde esperaban ser detenidas por los soldados. Pero éstos, intimidados por la cada vez mayor proximidad del estruendo, se habían replegado ya tras las grandes verjas de hierro, cerrándolas y dejando fuera sólo dos hombres, uno en cada garita. Los guardias eran jóvenes reclutas de la provincia oriental, con el pelo recién rapado drásticamente y un limitado bagaje político; mantenían ambos su subfusil en posición horizontal frente al pecho, con la vista fija en algún punto encima de las cabezas de las mujeres, como si estuvieran absortos en la contemplación de un lejano ideal.

A su vez, las mujeres ignoraron a los soldados. No iban en busca de un intercambio de insultos y una provocación que les permitiera saborear el martirio. Hicieron alto a una docena de metros de las garitas y las de detrás se guardaron de empujar peligrosamente hacia adelante. Aquella disciplina contrastaba con la atronadora cacofonía que producían: un ruido martilleante, punzante, machacón, hambriento, que alcanzó su máxima intensidad de volumen cuando las últimas manifestantes se apretujaron en la plaza. El ruido atravesó sin dificultad las verjas ante el edificio del Parlamento, ascendió por la amplia escalinata y franqueó las dobles puertas decoradas. No respetó normas de procedimiento ni reglas de debate cuando resonó en la Cámara de Diputados, imponiéndose a un debate sobre la reforma agraria y forzando al representante del Partido Agrícola de los Campesinos a interrumpir su discurso y regresar a su escaño. Los diputados gozaban de una brillante iluminación gracias a su grupo electrógeno de emergencia, y por primera vez se sintieron embarazados por su visibilidad; siguieron sentados en silencio, mirándose ocasionalmente unos a otros y encogiéndose de hombros mientras la enorme protesta, que no contenía ninguna palabra pero sí todos los argumentos, invadía el lugar en que trabajaban. Fuera, las mujeres golpeaban sus ollas y sartenes con cazos y cucharones: madera contra aluminio, madera contra hierro, aluminio contra hierro, aluminio contra aluminio. Las velas seguían ardiendo, y la cera goteaba ahora caliente en los pulgares que las aferraban, pero el ruido y las temblorosas luces no cejaban. No hubo ninguna concesión a la palabra, porque durante meses, meses y meses no habían escuchado otra cosa que palabras, palabras y palabras: incomibles, indigeribles palabras. Hablaban con el metal, aunque no con el que solía hablar en ocasiones semejantes, el que dejaba una secuela de mártires. Hablaban sin palabras; argüían, bramaban, exigían y razonaban sin palabras; se quejaban y lloraban sin palabras. Estuvieron haciéndolo durante una hora hasta que, a las ocho, como obedeciendo a una señal secretamente pactada, empezaron a abandonar la plaza frontera al edificio del Parlamento. No cesaron, sin embargo, en su estrépito; en lugar de ello, la

estruendosa cacofonía se estremeció como un buey al ponerse de pie sobre sus patas. Y entonces las manifestantes empezaron a dispersarse desde el centro de la ciudad hacia los bloques de apartamentos más allá de los bulevares: de regreso a la Metalurgia y a Gagarin, a la Estrella Roja y a la Victoria Futura. El ruido cencerreó por las avenidas más amplias, tintineó en los callejones, disminuyendo a medida que avanzaba; ocasionalmente, en alguna esquina, parecía golpearse a sí mismo, sobresaltado y metálico, como un par de platillos baratos.

El anciano del sexto piso de la requisada Oficina de Seguridad del Estado estaba ahora ante su escritorio, dando buena cuenta de una chuleta de cerdo y leyendo el matutino *Verdad*. Oyó un ramal del ruido que regresaba hacia donde él estaba desde la sede del Partido Socialista (antes Comunista). Dejó de comer para seguir atento cómo iba acercándose cada vez más estruendoso, cómo alcanzaba su punto culminante y cómo, finalmente, se alejaba debilitándose. La luz de la lámpara del escritorio daba ahora de lleno en el rostro del anciano. El soldado que le vigilaba a tres metros de distancia supuso que a Stoyo Petkanov le hacía sonreír algún chiste del periódico.

Peter Solinsky y su esposa Maria vivían en un pequeño apartamento del polígono de la Amistad (bloque 307, escalera 2), al norte de los bulevares. Cuando le nombraron fiscal general le ofrecieron un alojamiento más amplio, pero él declinó aceptarlo. Al menos de momento: le pareció que sería una falta de tacto admitir cualquier favor del nuevo gobierno mientras estaba acusando a su predecesor de un masivo abuso de privilegios. Maria encontraba absurdo este razonamiento. No le parecía bien que el fiscal general viviera en el sórdido cuchitril de tres habitaciones de un profesor de derecho y diera por sentado que su mujer tomaría el autobús. Además, era casi seguro que en algún momento del pasado la policía secreta había colocado micrófonos en su piso. Y ya estaba harta de que algún individuo con cara de memo estuviera escuchando, desde algún sótano mohoso, sus conversaciones y Dios sabe si incluso espiando las raras veces que la pareja hacía el amor.

Solinsky había ordenado que limpiaran de micrófonos ocultos el apartamento. Los dos hombres con cazadora de cuero asintieron con gesto de expertos cuando desmontaron el teléfono; pero su pequeño descubrimiento no satisfizo a Maria. Comentó que, para empezar, probablemente lo habían pinchado ellos mismos. Y, por supuesto, tenía que haber más: el teléfono era uno de esos artilugios que se supone que puedes encontrar por ti mismo e imaginarte así que estás a salvo. Pero siempre habría alguien interesado en saber de qué hablaba el fiscal general cuando llegaba a casa del despacho. En tal caso —había replicado Peter—, en cualquier nuevo apartamento al que se mudaran habrían instalado, probablemente, la última palabra en equipos de escucha, con lo cual el remedio sería peor que la enfermedad.

Había otra razón, sin embargo, para que Peter Solinsky prefiriera quedarse donde había vivido durante los últimos nueve años. Las ventanas de los apartamentos pares de su bloque daban al norte, a un horizonte de bajas colinas que, según los teóricos militares, habían servido como eficaz línea de defensa contra los dacios cuando la ciudad fue fundada hacía un par de milenios. En la loma más próxima, que Peter podía distinguir justo por encima de una capa de aire densa y de aspecto mantecoso, que se agitaba lentamente, se alzaba la Estatua de la Gratitude Imperecedera al Ejército Rojo Libertador: un heroico soldado de bronce, en actitud de avanzar con decisión el pie izquierdo, con la cabeza noblemente erguida y blandiendo por encima

de ella un fusil con su reluciente bayoneta. Y, alrededor del pedestal, artilleros de bronce en bajorrelieve defendían la posición con resuelta ferocidad.

Solinsky había ido con frecuencia a visitar la estatua de niño, cuando su padre tenía vara alta en el régimen. Era en aquel entonces un chiquillo muy formal, algo regordete en su flamante uniforme de pionero rojo, al que emocionaban siempre las ceremonias del Día de la Liberación, el Aniversario de la Revolución de Octubre o del Día del Ejército Soviético. La banda militar, con sus instrumentos más brillantes aún que la bayoneta de bronce apuntada al cielo, desgranaba su fúnebre música. El embajador de la URSS y el comandante de las fraternas tropas soviéticas depositaban coronas grandes como neumáticos de tractor, y lo hacían a continuación el presidente de la República y el jefe de las Fuerzas Patrióticas de Defensa. Luego, los cuatro retrocedían al mismo tiempo, en apretada línea, con cierta torpeza, como temiendo encontrarse un inesperado escalón a sus espaldas. Cada año Peter se había sentido halagado y un poco más adulto; cada año había creído con mayor convencimiento en la solidaridad entre las naciones socialistas, en su progreso, en su científicamente inevitable victoria.

Hasta hacía pocos años era frecuente que las parejas de recién casados fueran en peregrinación a Alyosha, como lo llamaban, el día de su boda; permanecían un rato de pie bajo el monumento, derramando lágrimas y rosas, emocionados por la profunda conexión momentánea entre lo personal y lo histórico. En los últimos tiempos esta costumbre se había perdido y, salvo en los días concretos de las solemnidades, los únicos visitantes del monumento eran turistas rusos. Tal vez, cuando depositaban unas pocas flores ante el pedestal, se sentían virtuosos al imaginarse la gratitud de las naciones liberadas.

La luz del alba y la del atardecer iluminaban para la ciudad el distante Alyosha. A Peter Solinsky le agradaba sentarse ante su pequeño escritorio junto a la ventana y aguardar hasta vislumbrar el centelleo de la luz en la bayoneta del soldado. Levantaba entonces la vista y pensaba: «Ésa es el arma que mi país ha tenido clavada en sus entrañas durante casi cincuenta años». Ahora su misión era contribuir a arrancarla.

El acusado en la causa criminal número 1 había sido informado de que a las diez mantendría una entrevista preliminar con el fiscal general Solinsky. Stoyo Petkanov, pues, estaba ya despierto a las seis, ultimando su táctica y sus reclamaciones. Era importante no perder la iniciativa en ningún momento.

Como la primera mañana de su confinamiento, por ejemplo. Tras arrestarle, contra toda legalidad, sin formular ningún cargo, le condujeron a la Oficina de Seguridad del Estado, rebautizada ahora con un nombre burgués. Un maduro oficial del ejército le mostró una cama y una mesa de despacho, le hizo notar la línea blanca semicircular trazada en el suelo, ante la ventana, y luego le entregó unos confetis; eso fue, por lo menos, lo que le parecieron, así que los trató como a tales.

—¿Qué es esto? —preguntó al tiempo que arrojaba los papeles de colorines sobre la mesa.

—Son sus cupones de racionamiento.

—¿Quiere decir que van a ser tan amables de permitirme salir y hacer cola?

—El fiscal general Solinsky ha decidido que, puesto que ahora es usted un ciudadano corriente, es lógico que le afecten también las medidas temporales de austeridad impuestas a los demás ciudadanos corrientes.

—Entiendo... Y ¿qué debo hacer exactamente? —preguntó Petkanov, afectando una sumisión senil—. ¿Qué se me permite?

—Aquí tiene sus cupones para queso fresco; éstos son para queso curado, y estos otros para harina —empezó a explicarle el oficial, pasando servicialmente las diferentes hojas—, mantequilla, pan, huevos, carne, aceite para cocinar, jabón en polvo, gasolina...

—No necesitaré gasolina, imagino... —Petkanov esbozó una insinuante sonrisa de complicidad—. ¿Tal vez podría usted...?

Pero el oficial estaba ya poniéndose en guardia.

—No, claro, lo comprendo —prosiguió Petkanov—. Serviría sólo para que añadieran una acusación de intento de soborno a un miembro de las Fuerzas Patrióticas de Defensa, ¿verdad?

El oficial no contestó.

—De todas formas —añadió Petkanov, como alguien interesado por razones

meramente teóricas en conocer las reglas de un juego desconocido—, de todas formas, explíqueme cómo funciona.

—Cada cupón representa el suministro semanal de los productos relacionados en la hoja. El ritmo a que usted consuma esos productos sujetos a racionamiento es cosa suya.

—¿Y las salchichas? Aquí no las veo. Todo el mundo sabe que son mi comida favorita. —Parecía más sorprendido que quejoso.

—No hay cupones para salchichas. Lo cierto es, señor, que no hay salchichas en las tiendas; por consiguiente, sería inútil facilitar cupones para ese producto.

—Muy lógico —convino el anterior presidente. Y empezó a arrancar un cupón de cada hoja coloreada—. Por razones obvias, no necesitaré gasolina. Tráigame todo lo demás —ordenó, y le arrojó al oficial el puñado de papelillos.

Al cabo de una hora se presentó un soldado trayendo una hogaza de pan, 200 gramos de mantequilla, una col pequeña, dos albóndigas, 100 gramos de queso fresco y otros 100 de queso curado, medio litro de aceite de guisar (la ración de un mes), 300 gramos de jabón en polvo (lo mismo) y medio kilo de harina. Petkanov le pidió que lo dejara todo en la mesa y que le trajera un cuchillo, un tenedor y un vaso de agua. Luego, bajo la circunspecta mirada de los dos soldados se comió las albóndigas, las dos clases de queso, la col cruda, el pan y la mantequilla. Al concluir, apartó a un lado el plato, echando una breve ojeada al detergente en polvo, el aceite y la harina, se fue a su estrecha cama metálica y se tumbó en ella.

A media tarde volvió el oficial. Con cierta confusión, como si tuviera que reprochárselo en alguna medida, le dijo al prisionero acostado:

—Me parece que no lo ha entendido. Como le expliqué...

Petkanov se incorporó de un salto, puso sus cortas piernas sobre el crujiente suelo de madera y recorrió los pocos metros que le separaban del oficial. Se plantó muy cerca de él y le clavó el índice con fuerza sobre el uniforme gris verdoso, justo debajo de la clavícula izquierda. Repitió el gesto otra vez. El oficial dio un paso hacia atrás, no tanto por la amenaza de aquel dedo que le asaltaba como por verse por primera vez tan cerca de un rostro que había dominado toda su vida anterior, un rostro que ahora se erguía amenazador ante él.

—Coronel —empezó el anterior presidente—, no tengo la más mínima intención de utilizar mi jabón en polvo. Ni emplearé mi aceite ni mi harina. Imagino que se habrá dado cuenta de que no soy uno de esos desgraciados que viven en los bloques de apartamentos más allá de los bulevares. La gente a la que ha decidido servir ahora puede haber jodido la economía hasta el extremo de que todos tengan que vivir hoy día con esos... confetis. Pero cuando usted me servía *a mí* —y subrayó el pronombre con otro fuerte puntazo—, cuando usted me era leal, y leal a la República Socialista Popular, recordará que había comida en las tiendas. Y a veces había colas, sí, pero no

esta mierda. Así que váyase y en adelante tráigame raciones socialistas. Y puede decirle al fiscal general Solinsky, en primer lugar, que se vaya a tomar por el culo, y luego que, si quiere tenerme a régimen de jabón en polvo durante el resto de la semana, él, personalmente, será responsable de las consecuencias.

El oficial se retiró. En adelante las comidas le llegaron con toda normalidad a Stoyo Petkanov. Le sirvieron yogur siempre que lo pidió. Y en dos ocasiones había comido salchichas. El expresidente bromeaba con sus guardias a propósito del jabón en polvo, y cada vez que le traían la comida se decía a sí mismo que las cosas no estaban irremediablemente perdidas, y que aquella gente corría un riesgo al subestimarlos.

Les había obligado también a traerle su geranio silvestre. Cuando le arrestaron ilegalmente, los soldados no le permitieron llevárselo. Pero todo el mundo sabía que Stoyo Petkanov, fiel al suelo de su nación, dormía con un geranio silvestre debajo de la cama. Era *vox populi*. Así que, al cabo de uno o dos días, capitularon. Había podado la planta con sus tijeras de uñas para que cupiera en el espacio entre el suelo y la cama, que era muy baja, y desde entonces había dormido mejor.

Ahora estaba aguardando la llegada de Solinsky. Se hallaba de pie a dos metros de la ventana, con el pie izquierdo rozando la línea blanca. Algún incompetente había tratado de pintar una semicircunferencia bien hecha en el entarimado de pino, pero debía de haberle temblado el brazo, por efecto del temor o de la bebida, mientras arrastraba la brocha cargada de pintura. ¿Temían realmente que atentaran contra su vida, como aseguraban? De hallarse él en su lugar, un atentado le hubiera parecido de perlas, así que, ¿por qué impedirle que se pusiera donde quisiera? Los primeros días, siempre que le sacaban de su habitación, cruzaba por su mente la misma escena: se detendrían ante alguna sucia puerta metálica en el sótano, le quitarían amablemente las esposas, y le darían un empujón en la espalda diciéndole «¡Corra!», él obedecería instintivamente... y, entonces, la conmoción final. No podía entender por qué no lo habían hecho; y su indecisión le daba un nuevo motivo para despreciarlos.

Oyó el taconazo del soldado que anunciaba la llegada de Solinsky, pero no volvió la cabeza. En cualquier caso, sabía con quién iba a encararse: un joven rechoncho y seboso, de expresión zalamera, enfundado en un traje italiano de tejido brillante; el hijo contrarrevolucionario de un contrarrevolucionario, el hijo cagueta de un cagueta. Durante unos segundos más siguió mirando por la ventana. Finalmente, sin dignarse mirarle, dijo:

—Así que ahora hasta vuestras mujeres protestan.

—Están en su derecho.

—¿Quiénes serán los siguientes? ¿Los niños? ¿Los gitanos? ¿Los deficientes mentales?

—Están en su derecho —repitió Solinsky sin inmutarse.

—Puede que estén en su derecho, pero ¿qué importa eso? Un gobierno incapaz de mantener a sus mujeres en la cocina está jodido, Solinsky, jodido.

—Bueno... ya veremos, ¿no cree?

Petkanov asintió para sí y por fin se volvió.

—De todas formas, ¿cómo estás, Peter? —dijo acercándose al fiscal general con la mano tendida—. Hace muchísimo tiempo que no nos veíamos. Te felicito por... tus recientes éxitos.

No, tenía que reconocer que ya no era un muchacho, ni un tipo regordete: cetrino, enjuto, pulcro, con incipientes entradas en el pelo. De momento se le veía perfectamente dueño de sí. Pero eso podía cambiar.

—No nos hemos visto —replicó Solinsky— desde que me retiraron el carnet del Partido y fui denunciado en *Verdad* como simpatizante del fascismo.

Petkanov soltó una carcajada.

—Pues no parece que te haya ido tan mal. ¿O desearías seguir perteneciendo al Partido? La afiliación sigue abierta, ya sabes.

El fiscal general se sentó a la mesa, con las manos sobre una carpeta de cartulina que tenía ante sí.

—Me dicen que tiene la intención de rechazar que le representen legalmente.

—Así es —contestó Petkanov, que permanecía de pie, juzgando tácticamente ventajosa esa posición.

—Sería aconsejable...

—¿Aconsejable? Me he pasado treinta y tres años haciendo las malditas leyes, Peter; sé lo que significan.

—Sin embargo, el tribunal ha designado a las abogadas del Estado Milanova y Zlatarova para que le aconsejen en su defensa.

—¡Más mujeres! Diles que no molesten.

—Se les ha ordenado comparecer ante el tribunal, y actuarán en consecuencia.

—Ya veremos. Oye... ¿cómo está tu padre, Peter? Creo que no anda muy bien de salud.

—Tiene cáncer, avanzado.

—Lo siento. ¿Le darás un *abrazo* de mi parte la próxima vez que le veas?

—Lo dudo.

El expresidente observó las manos de Solinsky: eran finas, cubiertas de vello negro hasta la parte inferior del nudillo medio; las yemas de sus dedos, huesudos, tamborileaban nerviosamente sobre la pálida cartulina. Deliberadamente, Petkanov insistió.

—Peter... Peter... Tu padre y yo éramos viejos camaradas. Por cierto, ¿qué tal sus abejas?

—¿Las abejas?

—Si no recuerdo mal, tu padre cría abejas, ¿no?

—Bien, ya que lo pregunta, están enfermas también. Muchas han nacido sin alas.

Petkanov soltó un gruñido, como si aquello fuera una muestra de desviacionismo ideológico por parte de las abejas.

—Tu padre y yo luchamos juntos contra los fascistas —añadió.

—Y luego usted le depuró.

—El socialismo no se ha construido sin sacrificios. Tu padre lo entendía así. Hasta que empezó a meter su conciencia por todas partes, como si fuera su polla.

—Debería haber acabado la frase antes.

—¿Qué frase?

—*El socialismo no se ha construido*. Tendría que haberla acabado ahí. Eso habría sido más exacto.

—¿Así que pensáis colgarme? ¿O preferís el pelotón de fusilamiento? Tengo que preguntar a mis distinguidas asesoras legales qué se ha decidido al respecto. ¿O esperáis, acaso, que me arroje yo mismo por esa ventana? ¿Es ésa la razón de que no me permitáis acercarme a ella hasta el momento oportuno?

Cuando vio que Solinsky declinaba responderle, el expresidente se dejó caer pesadamente en la silla enfrente de él.

—¿Con qué leyes me vais a juzgar, Peter? ¿Con las vuestras o con las mías?

—De acuerdo con las tuyas, por supuesto. Conforme a su propia Constitución.

—Y ¿de qué me hallaréis culpable? —preguntó en tono enérgico, pero conciliador.

—*Personalmente*, me parece culpable de muchas cosas. Robo. Malversación de fondos del Estado. Corrupción. Especulación. Delitos monetarios. Extorsión. Complicidad en el asesinato de Simeon Popov.

—De eso no supe nada. En todo caso, tengo entendido que murió de un ataque al corazón.

—Complicidad en tortura. Complicidad en intento de genocidio. Innumerables conspiraciones para pervertir el curso de la justicia... Pero las acusaciones concretas que se formularán las conocerá usted dentro de pocos días.

Petkanov gruñó, como si estuviera sopesando los pros y los contras de un trato.

—Por lo menos no se me acusa de violación. Llegué a pensar que todas esas mujeres estaban protestando por eso: porque, según el fiscal general Solinsky, las había violado a todas. Pero ya veo que se manifestaban sólo porque ahora hay menos víveres en las tiendas de los que hubo en cualquier momento bajo el socialismo.

—No he venido aquí —replicó envaradamente Solinsky— a discutir las dificultades inherentes al paso de una economía dirigida a una economía de mercado.

Petkanov soltó una risita.

—Mi enhorabuena, Peter..., mi enhorabuena.

—¿Por qué?

—Por tu frase. Me ha parecido oír a tu padre. ¿Estás seguro de que no quieres unirte a nuestra rebautizada organización?

—Volveré a hablar con usted próximamente en el tribunal.

Petkanov siguió sonriendo mientras el fiscal reunió los papeles y se fue. Luego se acercó al joven soldado que había estado presente durante la entrevista.

—¿Te ha parecido divertido, muchacho?

—No he oído nada —fue la increíble respuesta del soldado.

—Resulta que existen dificultades inherentes al paso de una economía dirigida a una economía de mercado —repitió el depuesto presidente—. Vamos, que no hay comida en las jodidas tiendas.

¿Le fusilarían? Bien..., no había peligro inminente. Y, probablemente, no lo harían: les faltaban redaños. O, mejor dicho, tenían suficiente buen juicio para no convertirle en un mártir. Era mucho mejor desacreditarle. Pero él no se lo consentiría. Montarían el juicio a su manera, como les conviniera más, mintiendo y haciendo trampas y amañando pruebas, pero quizá aún le quedarán algunos ases guardados en la manga. No se limitaría a representar el papel que le asignaran. En su cabeza tenía un guión distinto.

Nicolae... A él le fusilaron. Y en Navidad. Pero lo hicieron en caliente: le echaron de su palacio, vigilaron la ruta de su helicóptero, siguieron su coche, le llevaron a rastras ante lo que grotescamente llamaron un tribunal popular, le encontraron culpable de haber asesinado a sesenta mil personas, y le fusilaron... Los fusilaron a los dos, a Nicolae y a Elena: ni más ni menos como quien atraviesa con una estaca de madera al vampiro. Es lo que dijo alguien: clavadle, clavadle la estaca al vampiro antes de que se ponga el sol y esté de nuevo en condiciones de volar. Eso había sido: miedo. No la ira del pueblo, o como quisieran llamarlo de cara a los medios de comunicación de Occidente; simplemente, que se les aflojaron las tripas y se mancharon de mierda los calzoncillos. ¡Clavádsela, venga! Estamos en Rumania... ¡Clavádsela, atravesadle el corazón con una estaca! Pero ahora no había un peligro inminente.

Hecho lo cual, lo primero o casi lo primero que se les ocurrió montar en Bucarest, fue... un desfile de modas. Lo había visto por televisión: furcias enseñando las tetas y los muslos, y una diseñadora que se mofaba de la ropa que llevaba Elena, proclamaba a los cuatro vientos que la esposa del Conducator tenía «mal gusto» y despreciaba su manera de vestirse como «típicamente pueblerina». Petkanov recordaba aquella frase y el tono en que fue dicha. Ésas tenemos ahora: hemos vuelto a las andadas, a que las presumidas zorras burguesas campen a sus anchas y se burlen de la forma de vestir del proletariado. ¿Para qué necesita el ser humano las ropas? Sólo para mantenerse caliente y ocultar sus vergüenzas. Siempre ocurría igual cuando algún camarada

empezaba a mostrar tendencias desviacionistas: podías apostar que viajaría a Italia a comprarse un reluciente traje y que regresaría pareciendo un gigoló o un mariconazo. Justo lo que había hecho el camarada fiscal general Solinsky en su visita de amistad a Turín. Sí..., interesante, aquel asuntillo. Por suerte, tenía buena memoria para esa clase de cosas.

Gorbachev... Bastaba ver la gente que le rodeaba para comprender que habría problemas. ¡Aquella impertinente mujer suya, con sus trapos de París y su tarjeta de American Express, rivalizando con Nancy Reagan por el título de esposa capitalista mejor vestida...! Si Gorbachev se mostraba incapaz de mantener a raya a su propia esposa, ¿cómo iba a poder parar la contrarrevolución una vez en marcha? Ni aunque se lo hubiera propuesto. Ahí estaban todos aquellos gigolós que viajaban con él, todos sus consejeros, representantes especiales y portavoces, que ni siquiera podían aguardar a sus viajes oficiales para darse el gustazo de tener a un sastre italiano arrodillado ante sus piernas. El portavoz por antonomasia, no recordaba ahora su nombre, el favorito de los capitalistas, iba siempre de punta en blanco. El que dijo que la doctrina Brezhnev estaba muerta. El que soltó que había sido reemplazada por la doctrina de Frank Sinatra.

Ése fue uno de los momentos en que se dio cuenta de que todo se había ido al carajo. La doctrina Sinatra... A mi manera. Pero sólo había una manera: la verdadera y única vía científica del marxismo-leninismo. Decir que las naciones del Pacto de Varsovia podían hacer las cosas a su manera equivalía a decirles: ya no nos importa el comunismo, cedámoslo todo a los bandidos americanos, ¡a la mierda con todo! Y qué expresión tan acertada: ¡la doctrina Sinatra! ¡Qué manera de hacer la pelota al Tío Sam! Porque... ¿quién era Sinatra, en resumidas cuentas? Un italiano de traje lustroso que siempre estuvo liado con la Mafia. Alguien que tuvo a Nancy Reagan a sus pies. Sí, la cosa tenía sentido. Todo aquel condenado asunto había empezado con Frank Sinatra. Sinatra se tiró a Nancy Reagan en la Casa Blanca...; eso decían, ¿no? Reagan no podía con su mujer. Nancy andaba a la greña con Raisa en cuestiones de moda. Gorbachev tampoco podía con su mujer. Y el portavoz de Gorbachev nos sale con que hemos de seguir todos la doctrina de Frank Sinatra. ¡La doctrina Mickey Mouse, la doctrina Pato Donald...!

Su Departamento de Seguridad Exterior le había mostrado en cierta ocasión un documento remitido por sus fraternos colegas del KGB. Era un informe del FBI sobre la seguridad del presidente de los Estados Unidos, sus niveles de protección, etcétera. A Petkanov se le había quedado grabado un detalle concreto: que el lugar donde el presidente de los Estados Unidos se sentía más seguro, y donde el FBI consideraba que estaba más seguro, era Disneylandia. A ningún asesino norteamericano se le ocurriría pegarle un tiro allí. Sería un sacrilegio, una ofensa a las sacrosantas divinidades Mickey Mouse y Pato Donald. Eso, al menos, aseguraba el informe del

FBI remitido por el KGB al Departamento de Seguridad Exterior de Petkanov por si semejante información pudiera resultarles útil. La anécdota le había confirmado a Petkanov el infantilismo de aquellos yanquis que dentro de poco invadirían su país comprándolo todo. ¡Adelante, pues! Demos la bienvenida al Tío Sam: que venga y que construya aquí otra gran Disneylandia, para que su presidente pueda sentirse seguro en ella mientras escucha tranquilamente los discos de su Frank Sinatra y se ríe de nosotros considerándonos unos campesinos ignorantes que no saben vestirse.

Tenían que verlo, insistió Vera. Los cuatro juntos, Vera, Atanas, Stefan y Dimiter. Era un momento crucial en la historia de su país, el adiós a una infancia terrible y a una adolescencia gris y penosa. Era el fin de las mentiras y de los engaños; había llegado la hora de que se abriera camino la verdad, el comienzo de la madurez. ¿Cómo iban a permanecer ellos al margen?

Además, habían estado juntos desde el comienzo, desde aquel mes reciente y ya lejano cuando todo parecía una juerga, una simple excusa para que los chicos pudieran rondar a Vera y flirtear tranquilamente con ella. Habían acudido a las primeras y nerviosas manifestaciones de protesta, sin saber qué iban a decir ni hasta dónde podrían llegar. Habían escuchado, marchado y vociferado juntos, sintiendo que aquello se transformaba en algo serio y apasionante. Y aterrador también: juntos estaban cuando a aquel amigo de Pavel casi lo aplasta un carro blindado en el bulevar de la Liberación; cuando los soldados que custodiaban el palacio presidencial perdieron los nervios y empezaron a disparar sus fusiles contra las mujeres. En varias ocasiones habían tenido que escapar de las balas corriendo, muertos de miedo, escondiéndose en los soportales, cogidos del brazo para tratar de proteger a Vera. Pero también habían estado presentes cuando todos empezaron a sentirse como si estuvieran echando abajo una vieja puerta desvencijada y carcomida; cuando los soldados les sonreían y hacían la vista gorda y compartían con ellos sus cigarrillos. Y al poco tiempo supieron que estaban ganando porque incluso algunos diputados del Partido Comunista se dejaban ver en las manifestaciones.

—Son ratas que abandonan el barco —había comentado Atanas—. Comadrejas.

Atanas estudiaba idiomas: era un poeta aficionado al alcohol, al que le gustaba alardear de que su escepticismo desinfectaba los espíritus contaminados de los otros tres.

—No podemos depurar la raza humana —le había replicado Vera.

—¿Por qué no?

—Siempre habrá oportunistas. Has de contentarte con procurar que estén de tu parte.

—No los quiero de mi lado.

—Pero no cuentan para nada, Atanas; no importan. Sólo indican de qué parte se

va a inclinar la victoria.

Y al fin, el empujón final a la puerta: Stoyo Petkanov había tenido que marcharse de la noche a la mañana, sin que le permitieran fingir que estaba enfermo ni entregar el poder a su sucesor: fue despedido con malos modos por el Comité Central y enviado a su casa de la provincia nororiental, con una escolta de cinco personas para protegerlo.

Al principio, aquel correveidile suyo, Marinov, había tratado de mantener unido el Partido, dándoselas de conservador reformista; pero a las pocas semanas se había visto desbordado y barrido por su propia maraña de contradicciones. Los hechos empezaron a saltar como los radios de una rueda de bicicleta: el rumor improbable de ayer se convertía en la noticia rancia de mañana. El Partido Comunista votó a favor de suspender su liderazgo en el desarrollo político y económico de la nación, se rebautizó como Partido Socialista y urgió la constitución de un Frente de Salvación Nacional que agrupara a las principales organizaciones políticas; y cuando su propuesta fue rechazada, instó a que se celebraran elecciones lo antes posible. Esto era algo que los partidos de la oposición no deseaban, no tan pronto, al menos, porque sus estructuras eran rudimentarias y los socialistas (antes comunistas) controlaban aún la radio y la televisión estatales, al igual que la mayoría de las editoriales e imprentas. Aun así, la oposición se vio obligada a correr el albur y consiguió suficientes escaños como para poner a los socialistas (antes comunistas) a la defensiva, por más que los socialistas (antes comunistas) consiguieron la mayoría, algo incomprensible para los comentaristas occidentales. Consiguientemente, el gobierno seguía invitando a los partidos de la oposición a formar un frente común para salvar al país, a lo que dichos partidos continuaban respondiendo: «Ni hablar: *vosotros* lo habéis hundido, y a *vosotros* os toca arreglarlo; y si no podéis hacerlo, id a casa». Con lo cual las cosas iban a trompicones, con reformas a medias, entre disputas, insultos, frustraciones, miedo, un mercado negro pujante, subidas de precios y parches y más parches.

No había mucha heroicidad en todo ello; o, por lo menos, no ofrecía ningún parecido con la imagen que algunos se habían forjado: la de un valiente húsar cortando con su sable las ataduras de la esclavitud. Pero era, ciertamente, un proceso heroico, a la manera que puede ser heroico el trabajo. Vera se lo representaba como la acción tenaz y prolongada de aflojar los dedos de un puño fuertemente cerrado durante medio siglo, un puño que aferraba una piña dorada. Al final el puño se abre y suelta la piña: está aplastada, deforme, ajada por el sudor de años; pero incluso así su peso sigue siendo el mismo que cuando el puño aquel se la apropió, y no ha perdido un ápice de su belleza.

El último acto de este proceso —el fin del principio— era el juicio a Petkanov. Vera insistió en que lo presenciaran los cuatro. Puesto que no les iba a ser posible

entrar en la sala, podían seguir su desarrollo por televisión. Seguirlo minuto a minuto, no perderse ni un instante del repentino paso de la nación desde una dilatada adolescencia a la madurez que se le había negado.

—Y ¿qué me decís de los apagones? —objetó Atanas.

Era un problema, realmente. Cada cuatro horas —salvo cuando ocurría cada tres— había un corte de fluido eléctrico que duraba una hora, o a veces dos. Dichos cortes afectaban por turno a diferentes distritos. Vera y Stefan vivían en el mismo distrito eléctrico, así que por esa parte no había nada que hacer. La casa de Atanas estaba más allá de los bulevares, hacia el sur, a unos veinte minutos largos de autobús. Y el distrito de Dimiter se hallaba más próximo: a un cuarto de hora paseando y a unos ocho minutos corriendo. Podían, pues, empezar en casa de Stefan (o en la de Vera, cuando los padres de Stefan se hartaran de ellos), trasladarse a casa de Dimiter como primera alternativa y, en caso de emergencia —si ambos distritos estaban a oscuras— ir en autobús a casa de Atanas.

Pero... ¿y si el apagón se producía en mitad del juicio, justo cuando Petkanov estuviera en mayores apuros, con el fiscal acusándole de haber estafado al país, de mentir y robar, de gobernarlo tiránicamente, de haber recurrido al asesinato? Pues que se perderían casi diez minutos de retransmisión mientras corrían a casa de Dimiter. O, peor aún, veinte minutos en el camino a la de Atanas.

—Cuarenta —precisó Atanas—. Con el racionamiento de gasolina y las huelgas de autobuses, eso es lo que tienes que contar ahora. ¡Cuarenta minutos!

Fue Stefan, el ingeniero, quien encontró la solución. La Dirección Estatal de Electricidad hacía público cada mañana su programa de «interrupciones del servicio», como púdicamente las llamaba, para las próximas treinta y seis horas. Su plan funcionaba del siguiente modo: supongamos que estaban viendo la televisión en casa de Vera, y que había previsto un apagón para determinada hora. Dos de ellos partirían para el apartamento de Dimiter diez o quince minutos antes. Los otros dos se quedarían hasta que desaparecieran las imágenes, e irían luego a reunirse con los primeros. Al final del día, cada equipo informaría al otro de lo ocurrido en los diez minutos, más o menos, que se hubieran perdido. O de los cuarenta minutos en blanco, si habían tenido que trasladarse al sur de los bulevares.

—Espero que le cuelguen —comentó Dimiter el día antes de iniciarse el juicio.

—Que le fusilen —prefirió Atanas—. *Tatatá-tatatá-tatatá.*

—¡Ojalá lleguemos a saber la verdad! —dijo Vera.

—Que le dejen hablar —dijo Stefan—. Que le hagan preguntas concretas que exijan respuestas sencillas, para ver cómo se las arregla con toda esa mierda. ¿Cuánto ha robado usted? ¿Cuándo ordenó que asesinaran a Simeon Popov? ¿Cuál es el número de su cuenta en su banco de Suiza? Que le pregunten cosas así, para que veamos que no responde a ninguna de ellas.

—A mí me gustaría que dieran imágenes del interior de sus palacios —dijo Dimiter—. Y de todas sus amantes.

—No sabemos que tuviera amantes —dijo Vera—. Y, en cualquier caso, eso no es importante.

—Yo querría saber hasta qué punto son peligrosas nuestras centrales nucleares —dijo Stefan.

—Y yo si es cierto que autorizó personalmente al Departamento de Seguridad Exterior para montar el atentado contra el Papa —añadió Dimiter.

—Que le fusilen —insistió Atanas.

—Que informen acerca de las prebendas del Politburó —pidió Dimiter.

—Que nos digan cuánto debemos, cada uno de nosotros —dijo Stefan.

—Tatatá-tatatá-tatatá —repitió Atanas—. Tatatá-tata-tá-tatatá.

La semana anterior a la apertura de la causa criminal número 1 en el Tribunal Supremo, el expresidente Stoyo Petkanov envió una carta abierta a la Asamblea Nacional. Pretendía con ello impulsar decididamente su defensa ante el pueblo y ante el Parlamento, en la prensa y en la televisión, antes de que llegara el momento en que las tendencias fascistas imperantes logaran amordazarle. La carta decía así:

Estimados Representantes de la Nación:

Las circunstancias me mueven a dirigirles esta carta. Determinadas circunstancias reveladoras, a mi juicio, de que algunas personas quieren utilizarme para alcanzar sus propios intereses políticos y sus ambiciones personales. Vaya por delante mi declaración de que jamás me dejaré manejar por ningún grupo político.

Que yo sepa, en la historia moderna sólo un jefe de Estado ha sido juzgado y condenado hasta ahora: el emperador Bokassa, en África (que fue hallado culpable), por conspiración, asesinatos y canibalismo. Yo seré el segundo.

En lo tocante a mi responsabilidad personal, puedo decirles incluso ahora, con plena conciencia y tras haber hecho un detenido balance de mi vida, que asumo plena responsabilidad política de todos mis actos como líder del Partido de este país y jefe del Estado durante treinta y tres años. Si lo bueno supera o no a lo malo, si durante todos estos años hemos caminado en la oscuridad y en la desesperanza, si las madres han podido traer al mundo a sus hijos, si hemos vivido en paz o en el temor, y si nuestro pueblo ha tenido ideales y metas, son cosas que no me corresponde juzgar a mí mismo.

Las respuestas a estas preguntas sólo pueden darlas nuestro pueblo y su historia. Sé que serán jueces severos. Pero a la vez tengo el convencimiento de que también van a ser justos, y que rechazarán categóricamente tanto el nihilismo político como la descalificación total.

Todo lo he hecho en la creencia de que era bueno para mi país. He cometido

errores durante el camino, pero no crímenes contra mi pueblo. Y, por esos errores, estoy dispuesto a aceptar cualquier responsabilidad política.

3 de enero de 1991

De ustedes, respetuosamente,

STOYO PETKANOV

Como muchos de sus coetáneos, Peter Solinsky había crecido dentro del Partido. Fue de niño pionero rojo, se afilió a las Juventudes Socialistas después, y finalmente fue miembro de pleno derecho del Partido, cuyo carnet recibió poco antes de que su padre fuera víctima de una de las habituales purgas de Petkanov y se viera obligado a exiliarse. Hubo al principio amargas palabras entre padre e hijo, puesto que Peter, con toda la autoridad de la juventud, sabía que el Partido estaba siempre por encima del individuo y que esto era aplicable al caso de su padre como al de cualquier otro. El propio Peter había estado durante algún tiempo bajo sospecha; y tenía que reconocer que, en aquellos días de negros nubarrones, su matrimonio con la hija de un héroe de la lucha antifascista le brindó cierta protección. Poco a poco había recuperado el favor del Partido; y en una ocasión incluso le enviaron a Turín formando parte de una misión comercial; hasta le facilitaron cierta cantidad de divisas, diciéndole expresamente que las gastara, lo cual le había hecho sentirse privilegiado. Como es de suponer, no permitieron que Maria le acompañara en aquel viaje.

Frisaba en los cuarenta cuando le nombraron profesor de Derecho en la segunda universidad de la capital. Su apartamento en el bloque 307 del polígono de la Amistad les había parecido entonces lujoso. Tenían un coche pequeño y una casita en los bosques de Ostova; y acceso limitado, pero regular, a las tiendas especiales. Angelina, su hija, era una chica alegre, mimada, y feliz de que la mimaran. ¿Qué le hizo considerar insatisfactorio ese estilo de vida? ¿Qué era lo que le había llevado a convertirse —como le calificaba *Verdad* aquella misma mañana— en un parricida político?

Mirando atrás, suponía que todo habla comenzado con Angelina: con sus ¿por qué? No los inocentes y típicos ¿por qué? de sus cuatro años (¿por qué es domingo?, ¿por qué salimos?, ¿por qué lo llaman taxi?), sino las maduradas y tanteantes preguntas de la chiquilla de diez años. ¿Por qué hay tantos soldados si no estamos en guerra? ¿Por qué hay tantos albaricoqueros en el campo, pero nunca hay albaricoques en las tiendas? ¿Por qué hay niebla sobre la ciudad en verano? ¿Por qué vive tanta gente en los descampados que hay más allá de los bulevares del este? Las preguntas no eran peligrosas, y Peter había podido responderlas con facilidad. Porque están aquí para protegernos. Porque los vendemos en el extranjero para obtener las divisas

fuertes que necesitamos. Porque hay muchas fábricas que trabajan a plena capacidad. Porque a los gitanos les gusta vivir de esa forma...

Angelina se contentaba siempre con sus respuestas. Eso era lo terrible. No es que las certeras preguntas de una chiquilla inocente hicieran tambalear las convicciones de su padre; lo que le resultaba a éste inquietante era la pasiva satisfacción de la niña con respuestas que él sabía que eran, a lo sumo, evasivas plausibles. La ciega aceptación de su hija le turbaba profundamente. Y en las horas de insomnio, cuando se atormentaba en la oscuridad, generalizó al país entero la actitud que veía en Angelina. ¿Podía una nación perder su capacidad de escepticismo, de duda útil? ¿Y si el músculo de la contradicción se le hubiera atrofiado simplemente por falta de ejercicio?

Como un año después, Peter Solinsky descubrió que aquellos temores suyos eran en exceso pesimistas. Si los escépticos y los contrarios al régimen callaban por sistema en su presencia, era, lisa y llanamente, porque no se fiaban de él. Pero sí había en el país gente que deseaba probar de nuevo desde el principio, que prefería los hechos a la ideología, que quería afirmar pequeñas verdades antes de elucubrar grandes doctrinas. Cuando Peter se dio cuenta de que su número era lo bastante alto como para espolear las inquietudes de la medrosa mayoría, sintió como si en su alma se despejara la niebla.

Todo había empezado en una ciudad mediana de la frontera septentrional del país con su más próximo aliado socialista. El límite entre ambos era un río, un río donde desde hacía años no se había pescado un solo pez. Por encima de la ciudad los árboles crecían retorcidos y bajos, con el follaje ralo. Los vientos dominantes empujaban a través del río un aire grasiento y parduzco procedente de otra ciudad mediana situada en el límite meridional del aliado socialista más próximo. Los niños padecían enfermedades pulmonares desde la infancia; las mujeres se envolvían las caras con pañuelos al salir de compras; los consultorios médicos estaban llenos de pulmones quemados y ojos dañados. Hasta que un día un grupo de mujeres hizo llegar su protesta a la capital. Y como en aquellos días dio la casualidad de que el aliado socialista más próximo atravesaba un bache temporal de popularidad por su actitud poco fraterna hacia una de sus minorías étnicas, la carta de las mujeres al ministro de Sanidad se convirtió en una gacetilla en *Verdad*, a la que se refirió luego con simpatía un miembro del Politburó.

Fue así como la pequeña protesta se transformó en un movimiento local y luego en un Partido Verde, al que se le permitió existir en gracia a Gorbachev, con severas instrucciones de no meterse en nada que no fueran los asuntos ambientales, preferiblemente aquellos que pudieran incomodar al aliado socialista más próximo. A raíz de lo cual se sumaron al nuevo movimiento unas tres mil personas, que empezaron a tirar de las tenaces y enojosas raíces de las causas y de los efectos: de la

secretaría regional a la secretaría provincial, y de ésta al Comité Central del Partido, al ministro adjunto, al ministro, al Politburó y, finalmente, a los caprichos del presidente; en otras palabras: del árbol muerto al plan quincenal vivo. Para cuando el Comité Central se dio cuenta del peligro y declaró la afiliación a los Verdes incompatible con el socialismo y el comunismo, a Peter Solinsky y a miles de personas como él les preocupaba más el carnet de su nuevo partido que el del viejo. Era demasiado tarde para emprender una purga; demasiado tarde para impedir que Ilia Banov, el astuto y telegénico excomunista convertido en líder de los Verdes, obtuviera popularidad a escala nacional; demasiado tarde para evitar las elecciones impuestas a los países socialistas por Gorbachev; demasiado tarde, como explicó Stoyo Petkanov a los once miembros del Politburó en sesión de emergencia, para impedir que reventara aquel maldito forúnculo.

Lo que pensaba privadamente Maria Solinska acerca del Partido Verde —y sus opiniones tendían a ser cada vez más privadas— era que lo formaban un hatajo de guardabosques cretinos, gamberros anarquistas y simpatizantes del fascismo; que al tal Ilia Banov deberían haberle facturado treinta años atrás en un avión para la España de Franco; y que Peter, su marido, que tanto había luchado por conseguir un buen trabajo y un apartamento decente, y que había logrado librarse de la maligna sombra de su desviacionista padre en gran parte gracias a ella, o estaba perdiendo el escaso buen sentido político que había tenido alguna vez, o pasando el equivalente masculino a la menopausia, y muy posiblemente ambas cosas al mismo tiempo.

Guardó silencio cuando algunos conocidos denostaron las creencias que habían defendido lealmente pocos meses antes; observó la furiosa alegría de la muchedumbre, y en cada bulevar de la ciudad olfateó la sed de venganza como si fuera sudor rancio. Y todo esto hizo que se refugiara cada vez más en su vida con Angelina. En ocasiones, cuando contemplaba su sencillo aprendizaje de cosas ciertas como las matemáticas y la música, envidiaba a su hija y hubiera deseado empezar como ella. Pero sin duda no pasaría mucho tiempo sin que tuviera que aprender también las nuevas certezas políticas, las nuevas ortodoxias que se apresurarían a enseñarle en la escuela.

Con todo, en la mañana de la primera sesión de la causa criminal número 1, cuando su marido se acercó a despedirse con un beso, algo se conmovió en su interior y le hizo olvidar las bruscas traiciones y los lentos desengaños de los últimos tiempos. Así que Maria Solinska le devolvió el beso a Peter y, con una actitud afectuosa que no mostraba desde hacía algún tiempo, enderezó los extremos de la bufanda que él se había metido de cualquier manera entre sus solapas vueltas.

—Sé prudente —le dijo cuando se marchaba.

—¿Prudente? Claro que lo seré. Mira —replicó él, dejando su portafolios y enseñándole las manos—: me he puesto mis guantes de piel de puercoespín.

La causa criminal número 1 fue presentada ante el Tribunal Supremo el 10 de enero. Los espectadores que se agolpaban a las puertas del edificio vieron llegar al anterior jefe del Estado con una escolta militar: una figura fornida, de corta estatura, enfundada en una gabardina abotonada hasta el cuello. Llevaba sus habituales gruesas gafas ligeramente tintadas, y al salir del Chaika se quitó el sombrero, dejando ver de nuevo aquella testa familiar reproducida en tantísimos sellos de correos de la nación: el cráneo encajado entre los hombros, la nariz afilada e inquisitiva, la frente calva y el pelo rebelde y de color rubio rojizo por encima de las orejas. Dedicó a la multitud un saludo con la mano y una sonrisa. Luego las cámaras le perdieron hasta que reapareció en la sala. En algún lugar del pasadizo había dejado su sombrero y su gabardina: vestía ahora un traje oscuro pasado de moda, camisa blanca y corbata verde con rayas diagonales de color gris. Se detuvo y miró a su alrededor como el futbolista que examina un estadio desconocido. Cuando pareció que estaba a punto de avanzar, cambió de opinión y fue hacia uno de los soldados que estaban de guardia. Examinó el pasador de condecoraciones que lucía y luego, de un modo maquinal, ajustó paternalmente la guerrera del soldado. Sonrió para sí, y siguió adelante.

[—¡Si será comediante!

—Calla, Atanas.]

La sala había sido construida en ese estilo que se ha dado en llamar brutalismo, que estuvo de moda a principios de los setenta, aunque aquí atenuado: maderas claras, ángulos suavizados, asientos casi confortables... Podría haber sido la sala de ensayos de un teatro, o un pequeño auditorio musical concebido para la interpretación de estridentes quintetos de viento, de no ser por la iluminación, desacertada colaboración de tubos fluorescentes y sencillas lámparas de pantalla. Las luces no privilegiaban ninguna zona ni se focalizaban en ningún punto: su efecto era plano, democrático, imparcial.

Mostraron a Petkanov el camino del banquillo, donde se quedó de pie unos momentos observando a su alrededor las dos filas de escritorios de los abogados, la pequeña galería pública y el estrado en que tomarían asiento el presidente del tribunal y sus dos asesores; observó atentamente a los guardias, los ujieres, las cámaras de televisión, el apiñado grupo de informadores... Había tantos periodistas, que a algunos los habían acomodado en la tribuna del jurado, donde parecía haberles invadido una repentina timidez: estaban enfrascados en el examen de sus blancos cuadernos de notas.

Finalmente, el anterior jefe del Estado tomó asiento en el pequeño sillón de madera que habían dispuesto para él. Detrás, y por lo tanto siempre en campo cuando las cámaras enfocaban a Petkanov, se hallaba de pie una simple funcionaria de prisiones. La fiscalía había dispuesto este pequeño toque escénico, y sugerido expresamente que se eligiera a una mujer: en la medida de lo posible debía evitarse

que los militares aparecieran en la pantalla. Veán: es un juicio más, una causa en la que un criminal comparece ante la justicia civil; y entérense: ya no es el monstruo que nos tenía a todos aterrorizados: es sólo un anciano custodiado por mujeres.

El presidente del tribunal y sus colegas entraron en la sala: tres hombres maduros que vestían traje oscuro, camisa blanca y corbata negra, entre los que podía identificarse al presidente por su toga negra suelta. Se declaró abierto el juicio, y el fiscal general fue invitado a leer los cargos. Peter Solinsky, que estaba ya de pie, dirigió una mirada a Stoyo Petkanov, esperando que también él se levantara. Pero el expresidente se quedó donde estaba, con la cabeza levemente ladeada y el aspecto de un hombre poderoso confortablemente sentado en el palco real, esperando a que se levantara el telón. La funcionaria que le custodiaba se inclinó hacia él y le murmuró algo, que él fingió no oír.

Solinsky observó sin inmutarse aquellas reticencias. Tranquilo, como la cosa más normal del mundo, abordó su papel. Primero inspiró tan honda y largamente como le fue posible hacerlo sin llamar la atención. Le habían enseñado que el control de la respiración es vital en la práctica forense. Sólo los atletas, los cantantes de ópera y los abogados comprenden la trascendencia que tiene respirar bien.

[—Oblígale a levantar el culo del asiento, Solinsky, ¡vamos!, haz que levante el culo.

—¡Chist!]

—Stoyo Petkanov: comparece usted ante el Tribunal Supremo de la Nación acusado de los siguientes delitos. Uno, fraude mediando documentos, conforme al artículo 127 (3) del Código Penal. Dos, abuso de autoridad en el ejercicio de sus funciones oficiales, conforme al artículo 212 (4) del Código Penal. Y tres...

[—Asesinato en masa.

—Genocidio.

—De arruinar al país.]

—... Prevaricación, conforme al artículo 332 (8) del Código Penal.

[—¿Qué es prevaricación?

—Mala gestión.

—Querrá decir que gestionó mal los campos de prisioneros...

—O que torturaba a la gente como Dios manda...

—¡Chist, chist!]

—¿Cómo se declara usted?

Petkanov permaneció exactamente en la misma posición, sólo que ahora se insinuaba en su rostro una leve sonrisa. La funcionaria de prisiones se inclinó nuevamente hacia él, pero la detuvo con un chasquido de los dedos.

Solinsky se volvió al presidente del tribunal en demanda de ayuda.

—Responda el acusado a la pregunta —dijo aquél—. ¿Cómo se declara?

Petkanov se limitó a erguir un poco más la cabeza, dedicando la misma expresión desdeñosa al estrado de los jueces.

El presidente del tribunal miró hacia el banquillo de la defensa. La abogada del Estado Milanova, una mujer morena de mediana edad, de aspecto severo, se había puesto ya de pie:

—La defensa ha recibido instrucciones de no alegar nada —anunció.

Los tres jueces intercambiaron impresiones brevemente, y luego el presidente del tribunal declaró:

—De conformidad con el artículo 465, el tribunal interpreta el silencio como una declaración de inocencia. Prosiga.

Solinsky empezó de nuevo.

—¿Se llama usted Stoyo Petkanov?

Dio la impresión de que el anterior jefe del Estado meditaba la respuesta unos instantes. Luego, con una tosecilla, como dando a entender que el movimiento que seguiría era por propia iniciativa, se puso en pie. Pero, aun así, no ofreció ningún indicio de que fuera a hablar. El fiscal general, por consiguiente, repitió la pregunta:

—¿Se llama usted Stoyo Petkanov?

El acusado no prestó la menor atención al fiscal de brillante traje italiano y, en vez de ello, se volvió al presidente del tribunal.

—Deseo hacer una declaración previa.

—Responda primero a la pregunta del fiscal general.

El Segundo Líder volvió la mirada a Solinsky, como si advirtiera su presencia por primera vez y le invitara a repetir la pregunta igual que si fuera un escolar.

—¿Se llama usted Stoyo Petkanov?

—Lo sabes perfectamente. Luché junto a tu padre contra los fascistas. Te envié a Italia para que te compraras allí el traje que llevas. Aprobé tu nombramiento de profesor de Derecho. Sabes perfectamente quién soy. Quiero hacer una declaración.

—A condición de que sea breve —replicó el presidente del tribunal.

Petkanov asintió para sí, aprovechando la venia pero haciendo caso omiso de la petición del juez. Echó un vistazo alrededor de la sala como si acabara de darse cuenta del lugar en que estaba, se acomodó las gafas un poco más arriba de la nariz, apoyó los puños sobre la superficie acolchada de la barandilla de madera que tenía enfrente y, con el tono de alguien acostumbrado a la correcta organización de un evento público, preguntó:

—¿Qué cámara me enfoca?

[—¡Cabrón de mierda! ¡Pedir que le escuchen!

—A nosotros no nos la pegas, Stoyo, ya no nos la pegas.

—Espero que te caigas muerto delante de nosotros. En vivo y en directo.

—Tranquilo, Atanas. Tú si que la palmarás si sigues así.]

—Haga su declaración.

Petkanov asintió de nuevo, más como si hubiera consultado consigo mismo que en respuesta a la nueva venia otorgada.

—No reconozco la autoridad de este tribunal. Carece de poder para enjuiciarme. Fui arrestado ilegalmente, confinado ilegalmente, interrogado ilegalmente, y ahora me encuentro ante un tribunal ilegalmente constituido. Sin embargo —y al llegar a este punto se permitió una pausa y una rápida sonrisa, consciente de que aquel «sin embargo» había evitado que el presidente del tribunal le cortara—, sin embargo, responderé a sus preguntas a condición de que sean relevantes.

Hizo una nueva pausa, lo suficiente para que el fiscal general dudara de si había concluido o no su declaración, y prosiguió luego:

—Y responderé a sus preguntas por una sencilla razón. He estado aquí antes. No precisamente en esta misma sala, por supuesto. Pero hace más de cincuenta años, mucho antes de convertirme en el timonel de esta nación. Ayudaba a organizar en Velpen, con otros camaradas, la lucha antifascista. Protestábamos contra el encarcelamiento de unos ferroviarios. Era una protesta democrática y pacífica pero, naturalmente, fue disuelta a la fuerza por la policía burguesa al servicio de la patronal. Me golpearon, como a todos mis camaradas. Cuando estábamos en la cárcel, discutimos de qué modo debíamos proceder. Algunos camaradas decían que deberíamos negarnos a responder al tribunal basándonos en que habíamos sido arrestados y encarcelados ilegalmente, y en que la policía estaba amañando pruebas contra nosotros. Pero los convencí de que era más vital advertir a la nación acerca de los peligros del fascismo y de los preparativos de guerra que hacían las potencias imperialistas. Y eso es lo que hicimos. Como saben, fuimos condenados a trabajos forzados por nuestra defensa del proletariado.

—Ahora —prosiguió—, miro a mi alrededor y este tribunal me resulta familiar. He estado aquí antes. Y, por lo tanto, una vez más consiento en responder a sus preguntas, con tal que sean relevantes.

—¿Se llama usted Stoyo Petkanov? —repitió el fiscal, con un énfasis de cansancio, como si no fuera culpa suya que la justicia le obligara a plantear cada pregunta por cuadruplicado.

—Sí, en efecto; ya hemos establecido ese punto.

—Así, puesto que es usted Stoyo Petkanov, recordará sin duda que su condena por el tribunal de Velpen el 21 de octubre de 1935 fue por daños a la propiedad, robo de una barra de hierro, y asalto criminal con el citado objeto robado a un miembro de la policía nacional.

Cuando la cámara volvió a enfocar a Petkanov, Atanas dio una profunda chupada a su cigarrillo y exhaló luego el humo haciéndolo pasar por entre los labios ahuecados como para pronunciar una «u». El humo fue a dar a la pantalla y se

extendió por ella antes de disiparse. Era mejor que escupir, pensó Atanas. Te escupo a la cara con humo.

El nombre de Peter Solinsky no había encabezado la lista de los propuestos para el cargo de fiscal general. Su experiencia era predominantemente académica y sólo relativa en Derecho penal. Pero después de su primera entrevista comprendió que le había ido bien. Otros candidatos más calificados que él habían jugado a políticos, habían sugerido condiciones; algunos, tras consultar a sus respectivas familias, habían descubierto la existencia de compromisos previos. Pero Solinsky se presentó aspirando abiertamente al puesto; aportó ideas concretas acerca del planteamiento de los cargos, y se atrevió a sugerir que sus años de militancia en el Partido tal vez podrían suponer cierta ventaja a la hora de pillar a Petkanov. «Manden a un zorro para cazar a un lobo», había citado, y el ministro sonrió. En aquel flaco profesor de ojos inquietos había visto el pragmatismo y la agresividad que creía necesarios para un fiscal general.

El nombramiento no fue una sorpresa para Peter. Toda su vida, al examinarla, le parecía componerse de largos períodos de cautela seguidos de momentos de determinación, e incluso de temeridad, en los cuales lograba lo que quería. Había sido un muchacho respetuoso, buen estudiante; la obediencia a los deseos de sus padres le llevó incluso a prometerse, cuando cumplió los veinte años, con Pavlina, la hija de sus vecinos. Pero a los tres meses la dejó plantada por Maria, e insistió en casarse con ella inmediatamente, con tan repentino celo y obstinación, que sus padres no pudieron menos que mirar de soslayo la tripa de la chica. Y se desconcertaron mucho cuando los meses siguientes no confirmaron sus sospechas.

Después de esto, durante muchos años, había sido un miembro leal del Partido y un buen marido... ¿O debía decir un buen miembro del Partido y un marido leal? En ocasiones, estas dos virtudes parecían confusamente próximas en su mente. Luego, una noche, había anunciado que se había afiliado al Partido Verde, en un momento en que, como Maria subrayó agudamente, militaban en él muy pocos profesores de Derecho casados con hijas de héroes de la lucha contra el fascismo. Peor aún, Peter no se había limitado a asistir a hurtadillas a unos pocos mítines: había devuelto su carnet del Partido junto con una carta abiertamente provocativa que pocos años antes habría dado pie a que se presentaran en su domicilio, a horas intempestivas, unos hombres con cazadoras de cuero.

Y ahora, en opinión de su mujer, estaba dejándose llevar nuevamente por su vanidad. Sus colegas se limitaron a ver en su nombramiento un envidiable ascenso profesional, revelador de que el cortés y cerrado abogado alentaba un secreto afán por el estrellato televisivo. Pero esa gente veía sólo la vida externa de Solinsky, y tendía a suponer que su existencia interior debía de estar igualmente bien ordenada. En realidad, oscilaba constantemente entre distintos niveles de ansiedad, y sus intermitentes arranques de determinación ayudaban a aliviar la tortura y la presión que le angustiaban interiormente. Si las naciones pueden comportarse como los individuos, él era un individuo que se comportaba como una nación: soportando décadas de nerviosa sumisión y estallando luego en una revuelta, ansioso de una retórica fresca y de una renovada imagen de sí mismo.

Al asumir la acusación del anterior jefe del Estado, Peter Solinsky se estaba embarcando en su forma más pública de autodefinición. Para los comentaristas de la prensa y de la televisión representaba el nuevo orden contra el viejo, el futuro contra el pasado, la virtud contra el vicio; y él mismo, cuando hablaba a los medios de comunicación, solía aludir a la conciencia nacional, al deber moral, a su propósito de rescatar la flor de la verdad de entre las garras de la mentira. Pero en el fondo de su corazón albergaba sentimientos que no se atrevía a examinar muy de cerca. Tenían que ver con la limpieza, personal más que simbólica; con el hecho de saber que su padre se estaba muriendo, y con el deseo de alcanzar por la fuerza una madurez personal que el simple paso del tiempo no le estaba dando.

Hubo necesidad de un gran debate público para llegar a la conclusión de que era conveniente el nombramiento de un fiscal general. Muchos se habían pronunciado en contra de un juicio. ¿Acaso no era mejor para el país hacer borrón y cuenta nueva del pasado y centrar todas las energías en la reconstrucción? Sería también lo más prudente —añadían—, porque nadie podía afirmar que Petkanov fuera el único culpable en el país. ¿Hasta qué nivel de la escala de la Nomenklatura, del Partido, de la policía, secreta o no, de los informadores civiles, de la judicatura y del ejército debería extenderse la culpabilidad? Si debía hacerse justicia —opinaban algunos—, tendría que ser una justicia plena, un cabal ajuste de cuentas, puesto que el castigo selecto de unos pocos, y no digamos ya de un solo individuo, era obviamente una injusticia. Más aún: ¿hasta qué punto podía distinguirse la «plena justicia» de la pura y simple venganza?

Otros preconizaban lo que definían como un «juicio moral»; pero, puesto que ninguna nación en la historia del mundo había montado un juicio de este tipo antes, no estaba claro en qué podría consistir ni qué clase de pruebas deberían ser aducidas en él. Además, ¿quién tenía derecho a juzgar moralmente? La mera irrogación de ese derecho, ¿no implicaba una conciencia errónea y ensoberbecida de la propia capacidad? A buen seguro, Dios era el único capaz de presidir un juicio moral. Los

humanos harían mejor preocupándose de quién robó qué y a quién se lo robó.

Todas las soluciones eran malas, pero la peor de todas era no hacer nada y, para colmo, hacerlo despacio. Debían actuar, como fuera, pero rápidamente. En consecuencia, un Comité Parlamentario al efecto nombró una Oficina Especial de Investigación, en el buen entendimiento de que, si bien todas las investigaciones que se le encomendaran deberían efectuarse con una diligencia y una exhaustividad mayores de lo habitual, el sumario contra Stoyo Petkanov tendría que quedar listo para ser presentado ante el tribunal a principios de enero. Hubo gran insistencia en que se siguieran los procedimientos jurídicos correctos. Habían pasado ya los días en que la fiscalía elaboraba una gran acusación genérica, susceptible de ser interpretada por el tribunal como comprensiva de cualquier comportamiento que el Estado quisiera castigar. La Oficina Especial de Investigación recibió instrucciones de determinar exactamente qué había hecho Petkanov que infringiera sus propias leyes, de reunir pruebas dignas de crédito y de decidir entonces los cargos. Esto suponía un cambio radical de la actitud tradicional.

La Oficina Especial advirtió en seguida que era difícil obtener pruebas claras de actos delictivos. Poco se había escrito; la mayor parte de lo escrito se había destruido; y quienes lo habían destruido sufrían comprensibles ataques de amnesia. El carácter unitario del Estado que acababa de colapsarse planteaba un problema todavía más amplio. El artículo 1 de la Constitución de 1971 había institucionalizado el liderazgo del Partido. Desde aquel momento, Partido y Estado se confundieron, y había dejado de existir cualquier separación clara entre organización política y sistema legislativo. En principio, lo que se consideraba políticamente necesario era, por definición, legal.

Tras un tenaz trabajo, la Oficina Especial acopió suficientes pruebas como para recomendar que se fuera adelante con tres cargos. El primero, fraude mediando documentos, se refería a la percepción indebida de derechos de autor por parte del anterior presidente por sus escritos y discursos. El segundo, abuso de autoridad en el ejercicio de sus funciones, abarcaba una extensa relación de prebendas que se decían dadas y recibidas por el anterior presidente, y contribuía a demostrar la amplitud de la corrupción bajo el sistema comunista. El tercero, prevaricación, concernía al pago de beneficios sociales indebidos al anterior presidente del Comité de Protección del Medio Ambiente. La Oficina Especial sentía a este respecto cierto apuro, porque la otra persona implicada era una figura marginal y actualmente delicada de salud; pero se convino que dos acusaciones solamente eran insuficientes para tan histórico juicio. La Oficina Especial recomendó también que, puesto que las circunstancias del caso eran excepcionales, se permitiera a la acusación presentar pruebas que eventualmente fueran halladas a mitad de juicio, y añadir nuevos cargos en caso necesario durante el proceso. A pesar de las muchas críticas, hubo consenso en adoptar estas salvedades.

Puesto que Petkanov declinó cooperar con las abogadas Milanova y Zlatarova, designadas por el Estado para su defensa, se decidió que las habituales normas de cortesía profesional entre el ministerio fiscal y la defensa se harían extensivas al propio acusado en persona. Así, cuando el tribunal aplazaba la sesión, Peter Solinsky se encaminaba al sexto piso del Ministerio de Justicia (antigua Oficina de Seguridad del Estado) para entregar a Petkanov los cinco diarios de difusión nacional y los dejaba sobre su mesa. Cada mañana Petkanov tomaba del montón el matutino *Verdad*, portavoz del Partido Socialista (anteriormente Comunista), y ni siquiera tocaba *La Nación*, *El Pueblo*, *Libertad* y *Tiempos Libres*.

—¿No le interesa conocer las opiniones del Diablo? —le preguntó en broma Solinsky cierta tarde, al encontrar a Petkanov abismado en la lectura del evangelio del Partido.

—¿El Diablo?

—Los periodistas de nuestra prensa libre.

—Libre... ¡libre! ¡Qué manía tenéis con esa palabra! ¿Es que os pone dura la polla? Pues nada, hombre: ¡libertad, libertad! Y veamos si se te abulta la bragueta, Solinsky.

—Ahora no está usted en el tribunal. No tiene espectadores. Sólo un soldado en el papel de sordomudo.

—¡Libertad! —repitió enfáticamente Petkanov—. La libertad consiste en someterse a la voluntad de la mayoría.

Solinsky no respondió en seguida. Había oído aquella frase antes, y le había aterrado. Finalmente murmuró:

—¿De verdad cree usted eso?

—Cualquier otra cosa que llaméis libertad es sólo el privilegio de una élite social.

—¿Como las tiendas especiales para los miembros del Partido? ¿Se ajustan a la voluntad de la mayoría?

Petkanov tiró el periódico sobre la mesa.

—Todos los periodistas son unos cabrones. Puestos a elegir, prefiero los míos.

Al fiscal general aquellas entrevistas le resultaban frustrantes, pero útiles. Necesitaba estudiar a su oponente, comprenderle, descubrir la forma de predecir sus

reacciones más imprevisibles. Por eso prosiguió, en un tono de pedante racionalidad:

—Bueno..., siempre hay diferencias de categoría, ya sabe. Tal vez debería usted leer los editoriales de *Tiempos Libres* sobre su juicio. No adoptan la postura más obvia.

—Puedo ahorrarme ese trabajo y echarme yo mismo un cubo de mierda sobre la cabeza.

—No quiere esforzarse en comprender, ¿verdad?

—Mira, Solinsky, no tienes ni idea de lo que me aburre esta discusión. Consideramos todos los aspectos hace décadas, y llegamos a las conclusiones correctas. Hasta tu padre estuvo de acuerdo, después de dar vueltas como un trompo durante varios meses. Por cierto: ¿le has saludado de mi parte?

—¿No significa nada para usted el concepto de «prensa libre»?

Petkanov bostezó teatralmente, como si el fiscal general estuviera defendiendo la hipótesis de una tierra plana.

—Es una contradicción —replicó—. Todos los periódicos pertenecen a algún partido, a algún interés. Ya sea a los capitalistas o al pueblo. Me sorprende que no lo hayas notado.

—Pero hay periódicos cuyos propietarios son los mismos periodistas que los escriben.

—Que representan al peor partido de todos: el del egoísmo. Una pura expresión del individualismo burgués.

—E incluso hay periodistas, aunque le sorprenda saberlo, que cambian de opinión sobre los temas. Que tienen la libertad de sacar sus propias conclusiones, de estudiarlas, de reconsiderarlas y de modificar sus puntos de vista.

—Cabrones chaqueteros, querrás decir —corrigió Petkanov—. Cabrones neuróticos.

Había habido una revolución; de eso no cabía duda. Pero jamás se empleaba esta palabra, ni matizada con adjetivos como «de terciopelo» o «pacífica». El país tenía pleno sentido de la historia, pero a la vez se mostraba muy cauteloso con la retórica. Las grandes expectativas de los últimos años rechazaban ser traducidas en palabras altisonantes. Por eso, en vez de hablar de revolución, el pueblo hablaba de cambio, y la historia reciente se dividía ahora en tres sencillas partes: antes del cambio, durante el cambio, y después del cambio. No había más que mirar lo que había ocurrido a lo largo de la historia: reforma, contrarreforma, revolución, contrarrevolución, fascismo, antifascismo, comunismo, anticomunismo... Como por alguna ley física, los grandes movimientos parecían provocar una fuerza igual y de signo opuesto. Así que la gente hablaba cautamente de cambio, y esta leve evasiva les hacía sentirse algo más seguros: resultaba difícil imaginar algo llamado contracambio o anticambio y, por lo mismo, parecía también evitable la realidad correspondiente a ese nombre.

Entre tanto, despacio, discretamente, en toda la ciudad se iban derribando monumentos. Ya antes, por supuesto, había habido remociones parciales. En cierto momento, a una insinuación de Moscú, habían desaparecido todos los Stalin de bronce. Se los habían llevado de sus pedestales de noche, para depositarlos en un solar abandonado próximo al apartadero de la estación central donde los alinearon contra un alto muro como si estuvieran esperando al pelotón de fusilamiento. Durante unas pocas semanas mantuvieron dos soldados de guardia, hasta que se vio claramente que no existía ningún deseo popular de profanar las efigies. Levantaron, pues, a su alrededor una cerca de alambre de espino y dejaron que se defendieran por sí mismas; ya se encargarían de mantenerlas despiertas toda la noche los silbidos y resoplidos de los buenos trenes. Cada primavera, las ortigas crecían más altas, y las enredaderas trepaban dando una vuelta más por las botas y las piernas del Señor de la Guerra. No faltaron intrusos que, en alguna ocasión, se colaron en el solar provistos de cincel y martillo, decididos a encaramarse a una de las estatuas más pequeñas para llevarse medio bigote de recuerdo; pero la borrachera o la mala calidad del cincel los hicieron fracasar siempre. Las estatuas permanecieron, pues, junto al apartadero de clasificación, brillando bajo la lluvia e invictas como un recuerdo.

Pero Stalin tenía compañía. La de Brezhnev, que en vida gustó de adoptar poses de bronce y de granito, y que ahora continuaba felizmente su existencia en forma de estatua. La de Lenin, con su gorra de obrero y el brazo en alto, enardecido, aferrando en sus dedos el sagrado texto. Y junto a él, el Primer Líder de la nación que, como símbolo perenne de lealtad y sumisión política, medía cosa de un metro menos que los gigantes de la Unión Soviética. Ahora, pues, venían a unirse a ellos las efigies de Stoyo Petkanov, que lo representaban de diversa guisa: como caudillo partisano, con sandalias de piel de cerdo y blusón campesino; como comandante militar, con las estalinistas botas hasta las rodillas y entorchados de general; como estadista mundial, enfundado en un terno con chaqueta cruzada y luciendo en el ojal la Orden de Lenin. Esta íntima y selecta comparsa, algunos de cuyos más recientes representantes aparecían brutalmente mutilados por la acción torpe de alguna grúa, se apiñaba en permanente exilio, discutiendo en silencio de política.

Recientemente se había hablado de enviar a Alyosha a hacerles compañía. A Alyosha, que durante casi cuatro décadas había permanecido erguido en aquella loma hacia el norte, con su bayoneta centelleando fraternalmente. Había sido una donación del pueblo soviético; de ahí que hubiera surgido una corriente de opinión favorable a devolvérselo a los donantes. Que se vuelva a Kiev, o a Kalinin, o a donde sea: después de tanto tiempo debe de sentir añoranza de su tierra, y su gran madre de bronce debe de estar echándole mucho de menos.

Pero los gestos simbólicos pueden resultar caros. Había costado bastante poco sacar de su mausoleo el embalsamado cuerpo del Primer Líder, en una noche ya

olvidada cuando sólo una de cada seis farolas iluminaba la plaza. Pero... ¿repatriar a Alyosha...? Costaría miles de dólares americanos, un dinero que estaría mejor empleado en comprar petróleo o en corregir las fugas radiactivas del reactor nuclear de la provincia oriental. Por eso preferían algunos un destierro local menos duro: facturarle al apartadero de la estación central en compañía de sus jefes metálicos. Allí los dominará a todos, porque era la estatua más alta del país. Y la idea de que aquellos vanidosos líderes se sentirían incómodos por la llegada de tan enorme compañero podría ser una pequeña y barata *venganza*...

Otros pensaban que Alyosha debía permanecer en su colina. Al fin y al cabo, era un hecho indiscutible que el ejército soviético había liberado al país de los fascistas, y que soldados rusos habían muerto y habían sido enterrados allí. Sin olvidar que entonces, y durante bastante tiempo después, muchos habían sentido gratitud hacia Alyosha y sus camaradas. ¿Por qué no dejarlo donde estaba? Uno no tiene que estar de acuerdo con todos y cada uno de los monumentos. Ya a nadie se le ocurre destruir las Pirámides por un sentimiento retrospectivo de culpabilidad respecto a los sufrimientos de los esclavos egipcios.

Una mañana, a las nueve y media, Peter Solinsky se hallaba de pie junto a la mesa de su despacho, dirigiendo un silencioso interrogatorio a un ángulo de la estantería situada a unos cuatro metros de él. Era su forma de prepararse para la tarea diaria. Estaba a mitad de una pregunta que violentaba un tanto las normas legales, porque tenía menos de pregunta que de hipótesis sobre los hechos, con una implícita denuncia moral, cuando sonó irritantemente el teléfono para anunciar la llegada de un visitante. Solinsky dio un momento de respiro a la estantería, que estaba trasudando y enjugándose el ceño en actitud culpable, y dirigió su atención a Georgi Ganin, comandante en jefe de las Fuerzas Patrióticas de Seguridad (antiguo Departamento de Seguridad Interior).

Ganin vestía ahora de paisano, para dar a entender que su trabajo era una ocupación civil, en absoluto amenazadora. Pero hacía solamente un par de años, en el día en que fue catapultado a la fama, llevaba su corpulenta humanidad embutida en un uniforme de teniente, y las insignias de sus hombreras le proclamaban miembro de la Comandancia Militar Provincial del Noroeste. Había sido enviado con una veintena de soldados para controlar la que confiadamente fue descrita como una manifestación sin importancia en Sliven, la capital regional.

Y en verdad era poco nutrida: trescientos Verdes locales y unos cuantos de la oposición reunidos en una plaza adoquinada y en pendiente, que pateaban el suelo y batían palmas más para entrar en calor que por cualquier otro motivo. Frente a las oficinas del Partido se alzaba una ancha barricada de nieve sucia que en circunstancias normales hubiera bastado como protección. Pero se conjugaron dos factores para hacer aquella ocasión diferente. El primero fue la intervención del Comando Devinski, una organización estudiantil que aún no había merecido la apertura de un dossier por parte de Seguridad. Esto no era nada del otro jueves, porque en los últimos tiempos resultaba difícil obtener información sobre la actitud de los estudiantes y, por otra parte, el tal Comando Devinski estaba catalogado hasta la fecha como una asociación literaria, llamada así en memoria de Ivan Devinski, un poeta de la región que, a pesar de sus tendencias decadentistas y formalistas, se había comportado como un patriota y había muerto heroicamente durante la invasión fascista de 1941. El segundo factor fue la presencia casual de un equipo de la

televisión sueca: su coche, alquilado, había sufrido una avería el día anterior y ahora se veían retenidos en la ciudad sin otra cosa que filmar que un reportaje sobre una aburrida manifestación provinciana.

Pero, si los servicios de seguridad hubieran investigado al Comando Devinski, habrían podido averiguar que el poeta destacó en tiempos por su ironía y su talante provocador; y que en 1929, un «leal soneto» suyo titulado «Gracias, Majestad» le había valido tres años de inmediato destierro en París. Los componentes del comando estudiantil se identificaban a sí mismos tocándose con las boinas rojas del uniforme de los jóvenes pioneros, con la diferencia de que, como éstos eran chavales de diez años, para encasquetarse los del comando aquellas boinas no tenían más solución que estirarlas cómicamente o sujetárselas en plan de guasa a la coronilla con un pasador para el pelo prestado por alguna amiga. Los demás manifestantes, al igual que las fuerzas de seguridad, jamás habían oído hablar del Comando Devinski y mostraban su irritación por la presencia de aquellos gamberros, que tomaban por comunistas infiltrados. Sus sospechas se vieron confirmadas cuando los del comando desplegaron una pancarta en la que se leía: NOSOTROS, ESTUDIANTES, OBREROS Y CAMPESINOS LEALES, DAMOS NUESTRO APOYO AL GOBIERNO.

Abriéndose camino a empujones hasta el frente de la manifestación, los del comando se situaron junto a la barricada de nieve sucia y empezaron a corear: ¡QUE VIVA, QUE VIVA EL PARTIDO! ¡QUE VIVA, QUE VIVA EL GOBIERNO! ¡QUE VIVA, QUE VIVA EL PARTIDO! ¡QUE VIVA, QUE VIVA EL GOBIERNO! ¡QUEREMOS A STOYO PETKANOV! ¡QUE VIVA, QUE VIVA EL PARTIDO!

Al cabo de un par de minutos se abrieron las cristaleras del balcón central, y apareció en él el jefe local del Partido, deseoso de presenciar con sus propios ojos semejante manifestación de apoyo, tan insólita en aquellas fechas contrarrevolucionarias. Y al punto los estudiantes ampliaron su repertorio de cánticos. Con los puños patrióticamente alzados, aquella leal tropa de boinas rojas aclamó al sonriente capitoste de Sliven:

«¡QUÉ BUENOS SOIS, QUE NOS SUBÍS LOS PRECIOS!»

«¡QUÉ BUENOS SOIS, QUE NOS IMPONÉIS EL RACIONAMIENTO!»

«¡DADNOS IDEOLOGÍA EN VEZ DE PAN!»

Los estudiantes estaban bien entrenados y tenían un chorro de voz. Con los puños golpeando una y otra vez el aire y sin la menor duda, empalmaban una consigna con otra:

«¡GRACIAS POR SUBIRNOS LOS PRECIOS!»

«¡MÁS MEDIOS PARA LA POLICÍA DE SEGURIDAD!»

«¡VIVA EL PARTIDO!»

«¡VIVA STOYO PETKANOV!»

«¡VIVA EL RACIONAMIENTO DE COMESTIBLES!»

«¡DADNOS IDEOLOGÍA EN VEZ DE PAN!»

De repente, como si se hubieran puesto de acuerdo en silencio, el resto de los manifestantes decidieron sumarse, y el grito de «¡VIVA EL RACIONAMIENTO DE COMESTIBLES!» empezó a resonar furiosamente en toda la plaza. El jefe local del Partido cerró las cristaleras y la manifestación adquirió de súbito una punta de histerismo cuya peligrosidad era obvia para Ganin. Sus hombres estaban formados a un lado del edificio y ahora atrajeron la atención de los miembros del Comando Devinski. Por tres veces el pelotón de estudiantes avanzó unas decenas de metros hacia donde se hallaban los soldados, cantando:

«¡GRACIAS POR VUESTRAS BALAS!»

«¡GRACIAS POR CONVERTIRNOS EN MÁRTIRES!»

«¡GRACIAS POR VUESTRAS BALAS!»

«¡GRACIAS POR CONVERTIRNOS EN MÁRTIRES!»

No pasó inadvertido que los Verdes y los demás grupos de la oposición prefirieron no corear estas consignas, aguardando a que el comando volviera a sumárseles en su anterior demanda de subidas de precios y racionamiento de comestibles. Para entonces, el equipo de la televisión sueca estaba ya en posición y filmando.

En aquel momento se acercó a Ganin un individuo desconocido con abrigo de cuero, que había salido apresuradamente por una puerta lateral de la sede del Partido. Tras identificarse con un nombre y su rango en los servicios de seguridad, le transmitió órdenes directas del jefe local del Partido: debía hacer fuego por encima de las cabezas de los manifestantes y, si aun así no lograba dispersarlos, disparar a sus pies. Una vez comunicado el mensaje, el hombre volvió a entrar en el edificio, pero no sin que antes fuera advertida su presencia por los estudiantes. «¡DEJAD QUE NOS ALISTEMOS EN LAS FUERZAS DE SEGURIDAD!», rugieron, y luego, otra vez: «¡GRACIAS POR VUESTRAS BALAS! ¡DEJAD QUE NOS ALISTEMOS EN LAS FUERZAS DE SEGURIDAD!»

Ganin hizo avanzar a sus hombres una veintena de metros. Los del comando se acercaron a su encuentro. El teniente trató de aparentar seguridad cuando ordenó a los soldados apuntar sus armas por encima de las cabezas de la multitud, pero había varias cosas que le preocupaban. En primer lugar, la fuente de la que emanaban las órdenes recibidas. En segundo, el temor a que hubiera en su pelotón algún idiota que decidiera por su cuenta apuntar más abajo. Y, finalmente, el saber que cada soldado disponía de un único cargador para su arma: también en el ejército había motivos para gritar un ¡VIVAN LOS RACIONAMIENTOS!

Con el brazo alzado para detener el avance de sus hombres, Ganin se aproximó al comando. Al mismo tiempo, del grupo de estudiantes se destacó un joven que lucía dos boinas de pionero rojo tapándole las orejas. La televisión sueca filmó el decisivo encuentro de ambos: el barbudo estudiante con rojas orejeras y el fornido y rubicundo

oficial del ejército, cuyos resoplidos se convertían en una nube de vaho ante su cara por efecto del frío reinante. El cámara se atrevió a acercarse todavía más, pero su técnico de sonido se acordó de pronto de que tenía familia aguardándole en Karlstad. Este rasgo de prudencia le vino de perlas al joven teniente: de haberse grabado la conversación que siguió, tal vez no hubiera tenido luego una carrera tan meteórica.

—¿Van ustedes a matarnos a todos, camarada oficial?

—Váyanse. Si se dispersan, no dispararemos.

—Pero ¡es que esto nos gusta! Hoy no tenemos clase. Estábamos disfrutando muchísimo en este intercambio de puntos de vista con el jefe del Partido Krumov. Debería usted preguntarle a ese fiel oficial de seguridad por qué coño ha decidido su estimado jefe poner fin a una discusión tan provechosa.

Ganin tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír.

—Les ordeno que se dispersen.

Pero el estudiante, en lugar de obedecer, se le acercó para cogerlo amistosamente del brazo.

—Dígame, camarada oficial: ¿a cuántos de nosotros le han ordenado que mate? ¿Veinte? ¿Treinta? ¿Que se nos cargue a todos?

—Francamente —replicó Ganin—, eso no es posible. No tenemos suficientes balas. Los racionamientos, ya sabe.

El estudiante prorrumpió en una risotada y besó inesperadamente a Ganin en ambas mejillas. El rubicundo teniente le devolvió la carcajada, que el objetivo del cámara sueco recogió en un primerísimo plano.

—Veamos... —propuso Ganin en tono confidencial—. Seguro que puede ocurrírsenos algo.

—¡Por supuesto que sí, camarada oficial! —asintió su interlocutor, que se separó de él y, volviéndose, gritó a sus compañeros—: «¡MÁS BALAS PARA LOS SOLDADOS!»

Mientras el Comando Devinski se acercaba hacia ellos, agitando alegremente sus boinas rojas y coreando alternativamente ¡ABAJO LOS RACIONAMIENTOS! y ¡MÁS BALAS PARA LOS SOLDADOS!, Ganin, que no las tenía todas consigo, ordenó con un gesto a sus hombres que bajaran las armas. Y así lo hicieron éstos, no muy convencidos, y sin dar muestras de sentirse mucho más aliviados cuando cada estudiante agarró a su soldado para abrazarlo efusivamente. Pero las imágenes resultaron de un dramatismo espléndido, y la falta de sonido permitió a los espectadores imaginar un diálogo que por fuerza debía ser mucho más noble. En aquel mismo instante, Ganin se transformó, de un joven oficial indeciso, cuando no cobarde, en un símbolo de la decencia, y en propaganda del poder de la negociación y la vía intermedia. Por otra parte, aquel breve y silencioso intercambio de vahos humeantes en el empedrado escenario de una plaza y ante una barricada de nieve sucia fue interpretado ampliamente como señal de que el ejército, si se le obligaba a elegir entre el pueblo y

el Partido, prestaría su apoyo al pueblo.

En los meses siguientes la carrera ascendente de Ganin fue tan rápida, que a su esposa, Nina, apenas le daba tiempo para coserle una nueva estrella en el uniforme antes de que otra más hiciera inservible el arreglo. Descansó cuando le vio dejarlo por ropas de paisano; pero su satisfacción fue prematura. Las frecuentes comidas oficiales a que Ganin debía asistir la obligaron también a ensancharle de cuando en cuando los trajes. Y allí estaba ahora él, en el despacho de Solinsky, convertido en un corpulento funcionario civil, con el rostro encendido por haber tenido que subir las escaleras a pie y con el botón de la chaqueta a punto de saltársele a pesar del doble hilo que Nina había utilizado al coserlo. Con gesto torpe le tendió una carpeta al fiscal general.

—Usted dirá —le animó Solinsky.

—Camarada fiscal...

—Señor fiscal, si le parece —corrigió Solinsky sonriendo—, mi teniente general.

—Señor fiscal, pues... En nombre de las Fuerzas Patrióticas de Seguridad, deseo darle ánimos en su tarea. Tenga usted por cierto que su diligencia será debidamente recompensada.

Solinsky volvió a sonreír. Haría falta tiempo para que desaparecieran las antiguas fórmulas de cortesía.

—¿Qué hay en esa carpeta? —preguntó.

—Confiamos que el acusado será hallado culpable de todos los cargos.

—Sí, claro.

—Un veredicto así convendría mucho a las Fuerzas Patrióticas de Seguridad en su actual proceso de reestructuración.

—Eso dependerá del tribunal.

—Y de las pruebas.

—General...

—Comprendo, señor. Le traigo un informe preliminar sobre el caso de Anna Petkanova. Desgraciadamente, los expedientes originales han sido destruidos.

—No me sorprende.

—No, señor. Pero, a pesar de esa destrucción, se han salvado, por patriotismo, muchos documentos. Aunque no siempre es fácil acceder a ellos e identificarlos.

—¿Documentos?

—Sí. Como verá usted mismo, se trata de pruebas preliminares acerca de la implicación del Departamento de Seguridad Interior en el caso de Anna Petkanova.

Aquello no tenía demasiado interés para Solinsky.

—En todas partes cuecen habas —replicó. Porque, la verdad, había pocas cosas en la vida pública de la nación durante los últimos cincuenta años que, sometidas a escrutinio, no proporcionaran pruebas preliminares de que el Departamento de

Seguridad Interior estuvo implicado en ellas.

—En efecto, señor. —Ganin seguía tendiéndole la carpeta—. ¿Desea usted que le mantengamos informado del asunto?

—Si le parece oportuno...

Solinsky aceptó la carpeta casi sin darse cuenta. Estaba pensando en otra cosa. «Si le parece oportuno...» ¡Bueno! ¡Con qué facilidad empleaba él también las antiguas fórmulas! *Si le parece oportuno...* ¿Y por qué había dicho *En todas partes cuecen habas*? Él no hablaba así habitualmente. Era la forma de hablar del inculpado en la causa criminal número 1. Tal vez se le estaba contagiando... Tenía que acostumbrarse a decir *Sí* y *No*, y *Es una bobada* y *Váyase...*

—Queremos expresarle nuestro deseo de que tenga usted éxito en sacar adelante la acusación, señor fiscal.

—Bien, se lo agradezco. —Váyase, habría sido mejor. Vestid de civil a un soldado, y doblaréis la longitud de sus frases—. Gracias. —¿Por qué no Váyase?

Vera atravesó la plaza de San Basilio Mártir, que en el curso de los pasados cuarenta años había sido la plaza de Stalingrado, la plaza Brezhnev e incluso, efímeramente, en un intento de soslayar el problema, la plaza de los Héroeos del Socialismo. Ahora, desde hacía ya meses, se había quedado sin nombre. Los desmochados postes metálicos que llevaban las placas con los rótulos estaban ahora vacíos, al igual que los dormidos castaños. Unos y otros aguardaban la primavera: los árboles para volver a llenarse de hojas, y los postes para lucir nuevas placas. Y entonces la ciudad tendría de nuevo una plaza de San Basilio Mártir.

Vera se sabía guapa. Estaba orgullosa de sus marcados pómulos y sus grandes ojos castaños; le agradaban sus piernas y era consciente de que la favorecían mucho los llamativos colores de sus ropas. Pero cuando cruzaba los jardines de la plaza de San Basilio, como hacía cada mañana a las diez, se sentía misteriosamente transformada en un adefesio. Tras la verja que limitaba los jardines por el oeste se apiñaban siempre a esa hora un centenar de hombres. Y ni uno solo de ellos la miraba. O, si alguno lo hacía, apartaba inmediatamente la vista, sin molestarse en echar un vistazo a sus piernas ni en observar con una sonrisa el chillón pañuelo de seda que lucía alrededor del cuello.

Antes del cambio, debía solicitarse autorización oficial para cualquier reunión pública de más de ocho personas, y la vigilancia del cumplimiento de esta ley podía entrañar un procedimiento sumamente expeditivo, consistente en que aparecieran de pronto unos individuos con cazadoras de cuero y tomaran nota de los nombres y las direcciones de los participantes. Con posterioridad al cambio, escenas como ésta, de grupos arremolinados en plena calle, se habían vuelto frecuentes. De entre los que pasaban, algunos se sumaban sin pensárselo al corro, al igual que se ponían automáticamente a hacer cola frente a la puerta de cualquier tienda que la tuviera formada, con la ilusoria esperanza de conseguir algunos huevos o medio kilo de zanahorias. Lo raro del corro en cuestión era que estaba compuesto exclusivamente de hombres, y en su mayoría entre los dieciocho y los treinta años: en otras palabras, de la clase de hombres que *siempre* se fijaban en ella. Pero éstos, en vez de hacerlo, daban muestras de hallarse en un estado de ordenada excitación: como abejas ocupadas en alguna faena difícilmente perceptible, iban siendo absorbidos uno a uno

desde el exterior del corro hacia el centro y, a los pocos minutos, salían expulsados desde el centro hacia fuera. Algunos daban la impresión de haber conseguido lo que deseaban, y se encaminaban sin vacilar hacia la puerta de Poniente; el resto vagaban indecisos, sin rumbo.

«Pornografía», fue la primera explicación de Vera. Ya se sabe: grupos de hombres ávidamente congregados alrededor de un cajón del revés, sobre el que van pasando las hojas de alguna revista mal impresa. O en ocasiones alrededor de una botella de licor extranjero y unos cuantos vasos; aunque, normalmente, la botella procedía de las basuras de un hotel para turistas foráneos, y había sido rellenada con algún aguardiente casero. Pero también podía tratarse de mercado negro; en cuyo caso, los afortunados que se dirigían hacia la puerta de Poniente irían en busca del género de contrabando. Si no era nada por el estilo, sin duda sería algo relacionado con la religión, con el partido monárquico, con la astrología, la numerología o el juego, o con la secta Moon. Los fervorosos partícipes en reuniones de este tipo rara vez se sentían interesados por las nuevas estructuras democráticas, la contaminación ambiental o los problemas de la reforma agraria. Se trataba siempre de algo ilegal, o de una huida de la realidad o, en el mejor de los casos, de un podrido individualismo. Y *encima*, no se fijaban en ella.

La abuela de Stefan se negaba a presenciar el juicio por la televisión, y al principio los estudiantes se sintieron incómodos sabiendo que la tenían cerca. Permanecía en la cocina, a unos metros de ellos, sentada bajo un marquito con un retrato en color de Lenin que nadie se había atrevido a sugerirle que quitara de allí. Era una mujer baja, rolliza, con las comisuras de los labios pronunciadamente caídas por la falta de varios dientes; el gorro de punto que siempre llevaba puesto, incluso dentro de casa, contribuía a acentuar la redondez de su figura. Hablaba poco ahora, tal vez porque había llegado a la conclusión de que la mayoría de las preguntas no precisan respuesta. Un gesto con la cabeza, un encogimiento de hombros..., que te pasara una fuente en la mesa..., de vez en cuando una sonrisa...: y ya podías contentarte con eso. En especial cuando tenía que vérselas con Stefan y sus jóvenes amigos. ¡Qué charlatanes eran! No había más que verlos sentados frente al televisor, alborotando, interrumpiéndose el uno al otro, incapaces de prestar atención a la pantalla más de un minuto. Chillándose como una bandada de tordos... Y cerebros de pajarito, también.

La chica se mostraba bastante educada con ella, pero los otros dos, y especialmente aquel descarado al que llamaban Atanas... Ahí estaba de nuevo, husmeando por toda la habitación, fijando sus ojillos de pájaro en un punto situado por encima de su cabeza...

—Eh, abuela... Y ése ¿quién es? ¿Su primer marido?

Otra pregunta más que no hacía falta que contestara.

—Mira, Dimiter. ¿Te has fijado en esa foto del novio de la abuela?

Y el segundo tordo de la bandada aparecía por la cocina y se dedicaba a examinar el retrato mucho más tiempo del necesario.

—No parece muy simpático, abuela.

—Y se le ve demasiado mayor para usted.

—Yo que usted, le daría calabazas, abuela. Seguro que es un latoso.

Nada de todo eso requería respuesta por su parte.

La tarde anterior, al anochecer, se había echado una bufanda de lana por encima de su gorro de punto, había descolgado el retrato de la pared y se había marchado del apartamento sin decir adonde iba. Luego tomó un tranvía hasta la plaza de la Lucha Antifascista, cuyo nombre seguía usando ella a pesar de cómo quisieran llamarla

ahora los insolentes conductores del autobús. Una vez allí, le compró tres claveles rojos a un campesino que al principio trató de cobrarle el doble de su precio diciéndose que, puesto que iba al mitin, por fuerza debía de ser comunista y, por lo tanto, la causa de todos sus problemas; pero un excepcional arranque dialéctico de la abuela puso al hombre de vuelta y media y le obligó a rebajar el precio hasta la cotización normal del mercado. Después, junto a unos cuantos centenares de leales al régimen caído, había permanecido de pie en la plaza mientras algunos individuos, que obviamente no eran miembros del Partido, patrullaban sin disimulo por el lugar donde se habían congregado los asistentes al mitin. ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que volvieran a ilegalizar el Partido, forzándolo a vivir en la clandestinidad? ¿Sería antes de que resurgieran los fascistas y los jóvenes rebuscaran en los desvanes las descoloridas camisas verdes de sus abuelos de la Guardia de Hierro? Preveía el inevitable retorno de la opresión de la clase trabajadora, el recurso al paro y a la inflación como armas políticas. Pero, mirando más allá, contemplaba también el momento en que hombres y mujeres volverían a levantarse y a sacudirse el yugo, para recuperar su dignidad debida y completar de nuevo desde el principio el glorioso ciclo de la revolución. Ella no viviría para verlo, naturalmente, pero no albergaba la más mínima duda al respecto.

Peter Solinsky tuvo que aguardar al fin de semana para encontrar un hueco y dedicarlo a hojear el dossier que le entregara el jefe de Seguridad: Anna Petkanova 1937-1972. Era curioso: a aquel nombre siempre le seguían las fechas, hasta el punto de que se las sabía de memoria. Nombre y fechas impresos en sellos de correos, grabados en placas conmemorativas y en programas de conciertos, y en la estatua erigida frente al Palacio de Cultura Anna Petkanova. La única hija del presidente Stoyo Petkanov. Guía de las juventudes. Ministra de Cultura. Fotografías de una Anna Petkanova mofletuda, con uniforme de joven pionero, tocada con la boina roja; o como aplicada estudiante de química con el ojo pegado al microscopio; o como joven —y rellenita— embajadora cultural, recibida con ramos de flores al regreso de sus viajes al extranjero. Un ejemplo para todas las mujeres de la nación. El auténtico espíritu del socialismo y del comunismo, la personificación de su futuro. La joven ministra examinando los planos del nuevo Palacio de Cultura, bautizado ahora en su memoria. La ministra, con algunos kilos de más, recibiendo flores de los grupos de danzas populares, o siguiendo con atención los conciertos sinfónicos desde el palco presidencial. La señora ministra, ya positivamente gorda, escuchando con actitud crítica y con un cigarrillo en la mano los debates de la Unión de Escritores. Anna Petkanova, de poderosa humanidad, soltera, fumadora empedernida, curtida en banquetes, fallecida a la edad de treinta y cinco años. Llorada por la nación. Los mejores cardiólogos del país habían sido incapaces de salvarla, ni aun con las más modernas técnicas. Su envejecido padre a la salida del crematorio presenciando, con la cabeza descubierta y en posición de firmes sobre un manto de nieve, el instante en que se esparcen sus cenizas. Y la placa en el muro, repitiendo: Anna Petkanova 1937-1972.

«Realmente —pensó Solinsky al revisar aquel informe de Ganin— todo esto es pacotilla». No le sorprendió que el Departamento de Seguridad Interior tuviera un dossier sobre la hija del presidente, que cierto alto funcionario del Ministerio de Cultura enviara mensualmente informes confidenciales al respecto, ni que las relaciones de la ministra con aquel gimnasta que obtuvo una medalla de plata en los Juegos Balcánicos hubieran sido objeto de estrecha vigilancia. El gimnasta aquel, si mal no recordaba, había dado un escándalo emborrachándose en un banquete a las

pocas semanas de la muerte de Anna Petkanova, y poco después se le había permitido emigrar: la frase hecha para significar que lo despertaban a uno de madrugada y lo conducían al aeropuerto sin darle tiempo a coger ni una muda.

Stoyo Petkanov había declarado una semana de luto nacional por su hija. Estaban ambos muy unidos. Tras su nombramiento como ministra de Cultura, había aparecido cada vez más acompañando a su padre, en lugar de su madre, que estaba delicada de salud y por lo visto prefería permanecer en alguna de sus residencias del campo. Se rumoreó que Petkanov había estado dando vueltas a la idea de que su hija le sucediera en el cargo. Y se rumoreó asimismo que la hija del presidente había engordado tanto porque en alguno de sus viajes al extranjero se había vuelto adicta a las hamburguesas americanas, hasta el punto de que, tras infructuosos intentos de instruir a los cocineros presidenciales en su preparación, había optado por hacer que se las enviaran por avión. Hamburguesas congeladas a granel, cortesía de la valija diplomática.

Todos estos rumores aparecían más o menos confirmados en el dossier del teniente general Ganin; así como el curioso detalle de que la esposa del presidente, en sus últimos años, visitaba secretamente la pequeña iglesia de madera de su pueblo natal, y que su enfermedad era en gran parte consecuencia del vodka. Pero todo esto era ya historia. Anna Petkanova 1937-1972 estaba muerta. También su madre. Stoyo Petkanov tenía que rendir cuentas a la nación por diversos cargos, pero entre ellos no figuraba el de tener una esposa borrachina y beata. ¿Y el gimnasta? Que Solinsky supiera, había vivido algún tiempo en París, donde no prosperó su carrera, y luego aceptó un trabajo de entrenador en alguna ciudad del Medio Oeste estadounidense. Le parecía haber oído que cierta noche, borracho de nuevo, había sufrido un mortal accidente de tráfico al ir a cruzar una calle al paso de un camión. ¿O la noticia se refería a otra persona?

En cualquier caso, hacía ya mucho tiempo de todo esto. El fiscal general dejó a un lado la carpeta y alzó la vista desde su escritorio. El sol empezaba a ponerse, y sus últimos rayos se reflejaban en la bayoneta de la Estatua de la Gratitud Imperecedera al Ejército Rojo Libertador. Sí, claro..., allí había visto por primera vez a Anna Petkanova. Cierta primero de mayo la aplicada estudiante de química, la que observaba tan arrebatadoramente por el microscopio, había acompañado a su padre en el acto de depositar las coronas. Recordaba su cara redonda, su rostro serio, algo zorruno, con el pelo recogido en una gruesa trenza por encima de la cabeza. Claro que entonces le había parecido el colmo de la belleza femenina y hubiera dado la vida por ella.

El juicio tenía una cosa en común con la mayoría de los celebrados en los últimos cuarenta años: el presidente del tribunal, el fiscal general, la defensa y el acusado — éste más que nadie— eran conscientes de que las altas instancias sólo encontrarían aceptable un veredicto de culpabilidad. Pero, dejando aparte esta concluyente certeza, no había condicionamientos ni una tradición legal que seguir. En los viejos tiempos monárquicos algún que otro gabinete ministerial había sido acusado de indignidad, y a un par de primeros ministros les habían desposeído de su cargo por el expeditivo recurso democrático de asesinarlos; pero no había precedentes sobre sentar en el banquillo a un líder depuesto para someterle a un juicio público y abierto. Y, aunque las acusaciones aducidas de hecho estaban estrictamente medidas para reducir al mínimo la posibilidad de que la defensa pudiera desmontar las pruebas, el presidente del tribunal y sus dos asesores se sentían implícitamente autorizados, y aun obligados por un deber nacional, a permitir una gran amplitud procesal. Las reglas sobre las pruebas y las condiciones de admisibilidad fueron interpretadas generosamente; los testigos podían ser llamados de nuevo en cualquier momento; se autorizó a los letrados a introducir hipótesis difícilmente plausibles dentro de las habituales normas legales. Reinaba, pues, en la sala una atmósfera más parecida a la de un mercado que a la de una iglesia.

A Stoyo Petkanov, antiguo tratante de caballos, todo aquello no le importaba. En cualquier caso, rara vez se interesó por las minucias del procedimiento. Era partidario de una defensa genérica y, mejor aún, de un contraataque todavía más amplio. El fiscal general gozaba de idénticas atribuciones para extenderse en sus contrainterrogatorios y en sus especulaciones; y todo lo que tenían que hacer los magistrados era velar por que este representante del nuevo gobierno no apareciera demasiado claramente humillado por el anterior presidente.

—¿Adjudicó usted, el 25 de junio de 1976, o dio instrucciones para que le fuera adjudicada, o permitió la adjudicación, al citado Milan Todorov, de una vivienda de tres habitaciones en el bloque Oro del polígono Amanecer?

Petkanov no respondió en seguida. En vez de ello, su rostro adoptó una expresión de divertida exasperación.

—¡Y yo qué sé! ¿Recuerda usted lo que hizo hace quince años entre sorbo y

sorbo de café? Usted dirá.

—Ya se lo estoy diciendo. Le estoy diciendo que usted dio o permitió que fuera dada esa orden, contraviniendo de lleno las normas relativas al comportamiento de los funcionarios del Estado en el tema de la vivienda.

Petkanov gruñó, un sonido que normalmente preludiaba un ataque.

—¿Tiene usted un buen piso? —le preguntó inesperadamente al fiscal general. Y, al ver que Solinsky hacía una pausa para meditar su respuesta, lo azuzó—: ¡Vamos! Eso debe saberlo por fuerza... ¿Tiene usted un buen piso?

[—Tengo una mierda de piso. Mejor dicho: tengo el veinte por ciento de una mierda de piso.]

Solinsky había dudado, en realidad, porque no pensaba que su apartamento fuera nada del otro mundo. Le constaba que Maria se sentía muy a disgusto en él. Por otra parte, se le hacía cuesta arriba la idea de denostar abiertamente el lugar donde vives. Por ello respondió finalmente:

—Sí, tengo un buen piso.

—Muy bien. Felicidades. Y usted, ¿tiene usted un buen piso? —preguntó al estenógrafo de la sala tribunal, que le miró alarmado—. ¿Y usted, señor presidente del tribunal? Porque supongo que su cargo llevará anejo un buen apartamento... ¿Y usted? ¿Y usted? —Sus preguntas iban dirigidas a los jueces consultores, a las abogadas de la defensa Milanova y Zlatarova, al oficial que mandaba la guardia... En ningún caso aguardó la respuesta. Iba señalando por toda la sala; a éste, a aquél, a aquel otro—: ¿Y usted? ¿Y usted? ¿Y usted?

—¡Basta ya! —ordenó finalmente el presidente del tribunal—. Esto no es el Politburó. No estamos aquí para ser arengados como títeres.

—¡Pues entonces no se comporten como títeres! ¿A qué vienen esas acusaciones ridículas? ¿A quién le importa si hace quince años se le permitió a un pobre diablo vivir en un piso de dos habitaciones en lugar de una sola? Si esto es todo lo que son capaces de encontrar para acusarme, no será gran cosa lo que habré hecho mal en mis treinta y tres años como timonel de la patria.

[—Ha vuelto a llamarse a sí mismo «timonel»... Me dan ganas de vomitar.

Pero, en vez de hacerlo, Atanas escupió humo sobre la imagen de Stoyo Petkanov.]

—¿Preferiría usted verse acusado de saquear y robar el país, de un vandálico pillaje económico? —se sintió autorizado a sugerir Solinsky.

—Yo no tengo ninguna cuenta en Suiza.

[—Pues entonces la tendrá en alguna otra parte.]

—Responda a la pregunta.

—Jamás he sacado nada de este país. Habla usted de saqueo y pillaje... Bajo el socialismo nos beneficiábamos de un rico abastecimiento de materias primas por

parte de nuestros camaradas soviéticos. Ahora invitan ustedes a los americanos y a los alemanes a que acudan a saquear y robar.

—A invertir.

—¡Ja! Gastan una pequeña cantidad en nuestro país para obtener beneficios mucho mayores. Así funcionan el capitalismo y el imperialismo, y quienes se lo consienten no sólo son traidores, sino también unos cretinos en economía.

—Gracias por su clase. Pero aún no nos ha dicho de qué preferiría ser acusado. ¿Qué delitos está dispuesto a admitir?

—¡Con qué facilidad habla usted de delitos! Reconozco haber cometido errores. Como millones de mis conciudadanos, trabajé y erré. Trabajamos y cometimos errores, e hicimos que el país progresara. No cabe elegir unos hechos aislados e imputárselos al jefe del Estado fuera del contexto de la época, de las circunstancias. No me estoy defendiendo sólo a mí mismo, sino también a los millones de patriotas que trabajaron abnegadamente todos esos años.

—Entonces, ¿estaría dispuesto a hablarle a este tribunal de esos «errores» que se digna admitir, y que según parece no alcanzan, a su juicio, la condición de delitos?

—Sí —respondió Petkanov, dejando sorprendido al fiscal, que dudaba ya de que el acusado fuera capaz de decir una palabra tan simple—. Soy responsable de la crisis precursora del 12 de octubre, y deseo que se arroje luz sobre mi parte de responsabilidad. Y pienso que, tal vez —prosiguió con su mejor tono de estadista—, que tal vez debería ser juzgado por la deuda exterior de la nación.

—¡Bueno! Por lo menos es usted responsable de algo. Recuerda algo y se sabe también responsable de ello. Y ¿cuál cree usted que pudiera ser la sentencia adecuada para quien, en un último intento de retener el poder, hizo que se disparara la deuda exterior de la nación hasta el punto de que equivale ahora a dos años de salario por cada hombre, cada mujer y cada niño del país?

—En gran parte es culpa de ustedes —replicó tranquilamente Petkanov—, puesto que, según creo, la tasa de inflación actual está sobre el cuarenta y cinco por ciento, mientras que bajo el socialismo la inflación no existía, dado que empleábamos métodos científicos para combatirla. Naturalmente, en los días que precedieron al 12 de octubre celebré consultas con los principales expertos en materia económica del Partido y de la nación, en cuyos informes por escrito me apoyé, pero soy el primero en desear que se aclare cuál fue mi parte de responsabilidad. Y que luego, por descontado —prosiguió con una complacencia todavía más evidente—, el pueblo me juzgue por ella.

—Señor fiscal general —cortó el presidente del tribunal—, me parece que es hora de volver a temas más inmediatos.

—Perfectamente, señoría. Veamos, señor Petkanov: ¿es o no cierto que el 25 de junio de 1976 adjudicó usted, o dio instrucciones para que le fuera adjudicada, o

permitió la adjudicación, al citado Milan Todorov, de una vivienda de tres habitaciones en el bloque Oro del polígono Amanecer?

Petkanov volvió a sentarse y agitó la mano en un ademán de fastidio.

—¿Tiene usted un buen piso? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular—. ¿Y usted? ¿Y usted? ¿Y usted? —Se dio la vuelta en su duro sillón y, dirigiéndose a la maternal funcionaría de prisiones que permanecía de pie a sus espaldas, le preguntó —: ¿Y usted?

[—Pues yo tengo un apartamento miserable —dijo Dimiter—. La quinta parte de un apartamento de mierda.

—Y ¿qué esperas? Le debes dos años de salario al presidente Bush. Aún tienes suerte de no vivir con los gitanos.

—Trabajamos y cometimos errores. Trabajamos y nos equivocamos.

—De verdad que la jodimos.]

Maria Solinska tuvo que esperar una hora frente al bloque 1 del polígono de la Amistad hasta que llegó el autobús. No, yo no tengo un buen piso, pensaba. Quiero un apartamento más espacioso para Angelina, donde no se nos vaya la luz cada dos horas, donde no haya cortes de agua como el de esta misma mañana. Daba la impresión de que la ciudad entera se venía abajo. La mayoría de los automóviles no podían circular a causa de las restricciones de gasolina. Y hasta los transformados para funcionar con gas permanecían cubiertos con plásticos, puesto que se había limitado el consumo de gas a usos domésticos. Los autobuses funcionaban cuando la compañía recibía alguna cisterna de combustible, si los mecánicos podían ponerlos en marcha, y si los sinvergüenzas que los conducían se dignaban presentarse al trabajo, entre trato y trato de compraventa de dólares en el mercado negro.

Había cumplido cuarenta y cinco años. Se consideraba atractiva aún, aunque eso no podía deducirlo con certeza de la intermitente fogosidad de Peter. Durante el cambio, todos habían estado demasiado ocupados, o se sentían demasiado cansados, para hacer el amor: era otra cosa que se venía abajo. Y después, cuando volvieron a hacerlo, los atenazó el temor a las consecuencias. Durante el último año estadístico, el número de nacidos vivos había sido superado tanto por el de abortos como por el de defunciones. ¿Qué mejor dato para conocer la situación de un país?

A decir verdad, no se le podía pedir a la esposa del fiscal general que tomara el autobús para ir a la oficina y que viajara en él emparedada entre rollizas posaderas campesinas. Siempre había trabajado de firme, y no lo había hecho mal, a su juicio. Su padre fue un héroe de la lucha contra el fascismo. Y su abuelo uno de los primeros miembros del Partido, al que se había afiliado antes que el propio Petkanov. No había llegado a conocerle, y durante años la familia apenas si se refirió a él; pero, cuando llegó aquella carta de Moscú, pudieron sentirse de nuevo orgullosos de él. Le había mostrado a Peter el certificado, pero él se negó a compartir su satisfacción y comentó malhumorado que dos errores no constituían un acierto. Una respuesta típica de su actual actitud, taciturna, presuntuosa en su encumbramiento.

Se casó con él a los veinte años. Muy poco después el padre de Peter cometió alguna estupidez; la gente dijo que había salido bien librado con el exilio. Y luego Peter, casi a la misma edad que entonces su padre, había abandonado el Partido,

estúpida, provocadoramente, sin ni siquiera pedirle consejo. Tenía una vena de inestabilidad en su carácter, un afán de meterse en problemas, como se los había buscado su padre... ¡Hasta que tuvo la ocurrencia de ofrecerse para llevar la acusación contra Stoyo Petkanov! ¡Un profesor de mediana edad jugando a ser héroe! Lastimoso. Si fracasaba, sería una humillación para él; pero, incluso aunque consiguiera una sentencia condenatoria, la mitad de la gente le odiaría y la otra mitad diría que debería haber hecho más.

El teniente general Ganin se presentó, como en la anterior ocasión, apretando contra el pecho una carpeta de cartulina. Tal vez había despertado de esta guisa, y la única manera de librarse de ella era ir a entregársela al fiscal general.

—Esperamos, señor, que el juicio esté desarrollándose tal y como usted deseaba.

—Gracias. ¿De qué se trata?

Solinsky tendió el brazo y cogió sin más la carpeta, animando al jefe de seguridad a que se explicara.

—Sí. Es un informe de nuestras investigaciones a propósito de los trabajos realizados en la División Técnica Especial de la calle Reskov. Principalmente del período que va de 1963 a 1980, fecha en que la citada división fue trasladada al sector nororiental. Muchos de los informes de cuando estaba en la calle Reskov se han conservado intactos.

—¿Por orgullo profesional?

—¡Quién sabe, señor fiscal! —exclamó el general; se le notaba algo envarado y tenso, más como un tenientillo de provincias que como una figura clave en la reestructuración del país.

—A propósito de otro tema, general...

—¿Señor?

—¿Sabe usted, por casualidad...? No es que sea importante... Me preguntaba si sabría usted qué ha sido de aquel estudiante, de aquel barbudo que le besó en la plaza nevada.

—Kovachev. ¡Claro que sí! Organiza la cola de la oficina de visados del consulado de Estados Unidos.

—¿Quiere decir que trabaja en el consulado americano?

—No, ¡qué va! ¿No los ha visto usted..., todos esos hombres que se reúnen en la plaza de San Basilio Mártir? Hacen cola para el consulado de Estados Unidos.

—No comprendo.

—Les da no sé qué aguardar en la calle, frente al edificio. Tal vez se avergüenzan, o temen que la gente desapruebe su actitud, o que se meterán en líos... Algo por el estilo. Así que tienen montada su propia cola en el parque, junto a la puerta de Poniente. Kovachev lo organiza. Te dan un número, y cada mañana te presentas a ver

si has llegado a la cabeza de la cola; si aún no estás en ella, vuelves al día siguiente. Nadie hace trampas. Todos le obedecen. Es un organizador nato.

—Le necesitamos de nuestro lado.

—No vendrá. Ya lo he intentado. Me envió una postal cuando conseguí éstas. — Con un gesto automático, Ganin se tocó el hombro, como si su esposa le hubiera cosido dos estrellas doradas en su traje civil—. Decía simplemente: *Dadnos generales, no pan*.

Peter Solinsky sonrió. El tal Kovachev parecía todo un carácter. Al revés que su orondo general.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó.

—Sugería —respondió Ganin recuperando su envaramiento— que tal vez le interesaría conocer nuestro resumen de las investigaciones realizadas en la calle Reskov, en cuanto se refiere a los logros conseguidos en el campo de la inducción de enfermedades simuladas.

—¿En concreto?

—Concretamente, en la inducción de los síntomas de paro cardíaco mediante drogas administradas por vía oral o intravenosa.

—¿Algo más?

—¿Cómo...?

—¿Como pruebas de que este trabajo de investigación se haya aplicado en algún caso concreto?

—No, señor. Por lo menos, no en este dossier.

—Bien, general... Gracias.

—Gracias a usted, señor fiscal.

Habían malgastado otra larga tarde sin sacar nada en limpio. Era como estrujar una esponja: la mayor parte de las veces la esponja estaba seca, pero en las raras ocasiones en que no lo estaba, el agua se te escurría entre los dedos. Ejemplos perfectamente documentados de la descomunal avaricia del expresidente, de su descarada codicia, su cleptomanía y desenfrenadas malversaciones, parecían desvanecerse al presentarlos abiertamente en el tribunal ante los ojos de varios millones de espectadores. ¿Aquella finca en la provincia noroccidental? Un regalo de cumpleaños ofrecido por la nación agradecida en el vigésimo aniversario de su nombramiento como jefe del Estado, pero en todo caso sólo a título vitalicio, no patrimonial; además, rara vez iba allí, y si lo hacía era sólo para agasajar a dignatarios extranjeros y promover así la causa del socialismo y del comunismo. ¿La casa a orillas del Mar Negro? Se la donaron la Asociación de Escritores y la Editorial Lenin en reconocimiento de su contribución a la literatura y por haber renunciado a la mitad de los derechos de autor de sus *Obras selectas, discursos, escritos y documentos* (32 volúmenes, 1982). ¿Y el pabellón de caza en las colinas del Oeste? El Partido Comunista, en conmemoración del cuadragésimo aniversario de la solicitud de su carnet por parte del presidente, había votado generosamente... Y así una y otra vez.

A medida que avanzaba el proceso, Petkanov se mostraba más imprevisible, no al revés. El fiscal general no podía saber, al inicio de cada sesión, si el acusado iba a replicarle en tono francamente agresivo, con jovialidad, filosofía barata, sensiblería, o si mantendría un testarudo silencio, y mucho menos cuándo o por qué decidiría pasar de un humor a otro. ¿Se trataba de una curiosa estratagema táctica, o era indicio de una personalidad íntimamente indecisa? Mientras se dirigía en su automóvil al Ministerio de Justicia, con su legajo de declaraciones superficialmente inculpativas para el acusado, Peter Solinsky se decía que su plan de familiarizarse con la personalidad de Petkanov para poder anticiparse a sus movimientos había hecho escasos progresos. ¿Llegaría alguna vez a conocer a aquel individuo?

Como si el expresidente hubiera escogido su humor del día a propósito para fastidiarle, cuando Solinsky llegó al sexto piso le encontró de lo más optimista. Y ¿por qué no iba a ser la personificación de la jovialidad? A fin de cuentas, ¿quién era Stoyo Petkanov, sino una persona normal, con un carácter normal, que llevaba una

vida normal?

—¿Sabes, Peter? Estaba recordando mi juventud. De niño solía ir de excursión con la Unión de la Juventud Comunista. Recuerdo la primera vez que subimos al monte Rykosh. Era a finales de octubre, y ya había nevado, pero el manto de nubes impedía que se viera desde la ciudad la cima del monte.

—Ahora no puede verse en todo el año —comentó Solinsky—. Por la contaminación. Todo eso es lo que hemos ganado.

—Estuvimos subiendo toda la mañana. —La interrupción no inmutó a un Petkanov ya embalado en su relato—. El terreno era áspero, pedregoso, y la senda no se distinguía siempre con claridad. En varias ocasiones tuvimos que cruzar el río de piedras. Lo llaman..., con un término geológico, no recuerdo ahora. Al rato entramos en una nube y no podíamos ver a pocos pasos de distancia por dónde íbamos; suerte que el sendero estaba bien marcado, que otros habían pasado por allí antes que nosotros.

»Estábamos ya comenzando a sentir hambre y un poco desanimados, aunque ninguno de mis compañeros se quejaba, con las botas empapadas y los músculos doloridos, cuando de pronto salimos de la nube. Y allí, por encima de la capa de nubes, brillaba el sol, el cielo estaba azul, la nieve comenzaba a fundirse y el aire era puro. Entonces, espontáneamente, sin que nadie lo hubiera planeado, entonamos a coro “Caminando por el sendero rojo”, y así nos animamos mutuamente a alcanzar la cumbre, cogidos de los brazos y caminando juntos.

Petkanov observó a su visitante. Durante décadas, aquella anécdota había provocado murmullos aprobatorios y lágrimas furtivas; pero en Solinsky sólo pudo ver una hosca beligerancia.

—¡Ahórreme sus analogías baratas! —le espetó el fiscal general. ¡Santo Dios! Las había estado oyendo toda su vida: parábolas, exhortaciones, moralejas cortadas a medida, retazos de sabiduría popular... Citó uno que le vino por casualidad a la memoria—: *Para plantar un árbol, hay que cavar primero un hoyo.*

—Muy cierto —asintió condescendiente Petkanov—. ¿Has visto plantar alguna vez un árbol sin haber hecho un hoyo?

—No, probablemente no. Pero, en cambio, he visto demasiados hoyos abiertos en los que se han olvidado de plantar los malditos árboles.

—Peter, muchacho... Te equivocas si crees que soy tonto. Sé que el pueblo vive gracias a esas que tú llamas analogías baratas.

—Me alegra oírsele decir. Siempre supimos que, en el fondo, usted despreciaba al pueblo, que nunca confió en él. Por eso lo tuvo siempre bajo sospecha.

—¡Ay, Peter, Peter...! Puede que estés familiarizado con mi voz, pero deberías prestar atención a lo que realmente estoy diciendo. Aunque sólo fuera para servirte de ello en tu poderoso papel de fiscal general.

—¿Si?

—Sí. Lo que yo decía es que sé que el pueblo vive gracias a *lo que tú llamas* analogías baratas. No soy yo quien lo desprecia por eso, sino tú. A tu padre, mi viejo amigo, le dio durante algún tiempo por teorizar. ¿Sigue teorizando ahora sobre sus abejas? Tú mismo eres un intelectual; cualquiera puede verlo. Yo soy sólo un hombre del pueblo.

—Un hombre del pueblo cuyos discursos y documentos selectos suman treinta y dos tomos.

—Un hombre del pueblo muy trabajador, si quieres. Pero sé cómo hablarles, y escucharlos.

Solinsky ni siquiera inició una protesta. Estaba empezando a sentir cierto cansancio. Que el viejo siguiera con su cháchara; ya no estaban en el tribunal. No creía ni una palabra de cuanto decía Petkanov, y dudaba de que lo creyera el propio expresidente. ¿Habría algún término de retórica para caracterizar esta clase de desequilibrada conversación en la cual coinciden, de una parte, un indulgente monólogo y de otra un despreciativo silencio?

—Lo que significa —concluyó Petkanov— que sé muy bien lo que quiere el pueblo. ¿Qué te parece a ti que quiere, Peter? ¿Sabrías decírmelo?

—Me da la impresión de que usted se ha erigido hoy en experto en la materia.

—Sí, ciertamente, soy el experto. ¿Que qué quiere el pueblo? Quiere estabilidad y esperanza. Eso es lo que le damos. Puede que no todo haya sido perfecto, pero con el socialismo la gente podía soñar que algún día llegaría esa perfección. Vosotros... vosotros sólo le habéis dado inestabilidad y desesperanza. Una ola de delitos. El mercado negro. Pornografía. Prostitución. Mujeres desequilibradas que vuelven a farfullar sandeces delante de los curas. Y un sedicente príncipe heredero que se ofrece a sí mismo como salvador de la patria. ¿Os sentís muy orgullosos de estos logros?

—Siempre hubo delitos. Mintió usted ocultándolos.

—Venden pornografía en las escalinatas del Mausoleo del Primer Líder. ¿Lo encuentras divertido? ¿Te parece sensato? ¿Crees que es un progreso?

—Bueno, felizmente él no está ya dentro para leerla.

—¿Crees que es un progreso? Vamos, Peter, responde.

—Lo encuentro —replicó Solinsky, que a pesar del cansancio conservaba intacta su belicosidad forense—, lo encuentro muy apropiado —Petkanov le clavó una mirada asesina—; quiero decir que el Primer Líder fue un especialista en pornografía.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—¡Pues claro que sí! La comparación es muy justa. Decía usted que le dieron esperanza al pueblo. No, lo que le dieron ustedes fue fantasía. Grandes tetas y penes descomunales, y todos a joder unos con otros interminablemente... Eso es lo que vendía su Primer Líder, o su equivalente político, por lo menos. Su socialismo era

una fantasía así. Más de una, de hecho. Por lo menos ahora hay algo de verdad en lo que venden junto al Mausoleo. Algo de verdad en toda esa basura.

—¿Quién se está permitiendo analogías baratas, Peter? Me encanta oír cómo defiende la pornografía el fiscal general. Sin duda estarás igualmente orgulloso de la inflación, del mercado negro, y de las putas que invaden las calles...

—Tenemos problemas —admitió Solinsky—. Estamos en un período de transición. Hay que hacer reajustes penosos. Para empezar, hemos de comprender las realidades de la vida económica. Debemos producir lo que la gente quiere comprar. Sólo después alcanzaremos la prosperidad.

Petkanov cacareó encantado:

—Pornografía, querido Peter. Tetas y pollas. Tetas y pollas también para ti.

—¿Sabes qué pienso?

—Piensas que deberíamos dejar de seguirlo, Dimiter.

—Sí, pero ahora sé por qué razón lo pienso.

—Pásame la cerveza, por favor.

—Es algo así... Nos han educado, ¿no?, en la escuela, y con la prensa y la televisión, y nuestros padres, o algunos padres por lo menos, para que creyéramos que el socialismo era la respuesta a todo. Quiero decir, que el socialismo era justo, científico, que todos los viejos sistemas se habían experimentado y fracasaban, y que sólo éste, bajo el que teníamos la suerte de vivir, sólo éste era el único... correcto.

—Eso no lo pensábamos ninguno, Dimiter; por lo menos no en serio.

—Tal vez no, pero es lo que suponíamos que los otros pensaban, ¿no?, hasta que comprendimos, hasta que averiguamos que la mayoría estaba suponiendo también. Y entonces nos dimos cuenta de que el socialismo no era una verdad política indiscutible, y que todas las cosas tienen dos caras.

—Eso lo mamamos desde críos.

—Sí, ya entonces aprendimos que era cosa de elegir entre dos.

—Muy gracioso, Atanas.

—Lo que estoy tratando de decir es que, viendo el juicio día tras día, oyendo al fiscal, oyendo a la defensa, esperando a que los jueces decidan, siento que todo esto... le está yendo demasiado bien.

—¡Porque las acusaciones son tan insignificantes!

—No, no, en absoluto. Porque todo este tinglado carece de realidad. Porque llega un momento en el que ya las cosas no tienen dos caras: hay una solamente. Todo cuanto sale de su boca es mentira, es hipocresía, es basura irrelevante. Ni siquiera debería escuchársele.

—¿Habría que ir, entonces, a un juicio moral?

—No, tampoco. Tendríamos que haber dicho: éste es un asunto que no admite dos caras. El mero hecho de *celebrar* un juicio implica que se le concede un crédito falso; equivale a admitir que incluso en este caso, incluso en el peor de los casos, la historia puede tener otra cara. Y no es así. Punto. En algunas cuestiones no hay más que una cara. Y sanseacabó.

—¡Bravo, Dimiter! Pásale una cerveza. Permanecieron un rato en silencio. Luego dijo Vera: —Nos veremos mañana en casa de Stefan. A la hora de siempre.

—Mi teniente general, alguien podría pensar que está usted haciendo todo lo posible para conseguirle al expresidente un veredicto de inocencia.

—¿Cómo dice, señor fiscal? —El jefe de las Fuerzas Patrióticas de Seguridad se quedó pasmado.

—Bueno..., viene usted siempre a verme cuando estoy preparando mis interrogatorios.

—Volveré más tarde.

—No, no. Dígame.

—Notas concernientes a la Policía Central de los años 1970 a 1975.

—No sabía ni que hubiera existido ese cuerpo.

—Hubo muchas muestras de descontento en ese período... No, mejor dicho: hubo muchas muestras de descontento durante la primera mitad de ese período por la actuación y las ambiciones de la ministra de Cultura.

Solinsky se permitió una sonrisa. Realmente, aquel soldado se había transformado con excesivo éxito en un burócrata.

—No me irá a decir que las fuerzas de seguridad desaprobaban algunas sinfonías de Prokofiev...

—No... Bueno, no exactamente; aunque, ahora que usted lo dice, hubo muchas críticas a propósito del programa del II Congreso Internacional de Jazz.

—Creía que el Partido estaba a favor del jazz como auténtica voz de un pueblo oprimido por el capitalismo internacional.

—Y así era. Se pronunció más de una vez en este sentido. Pero el particular individualismo de un concreto intérprete oprimido, unido al personal interés de la ministra de Cultura por su bienestar, fue considerado perjudicial para el futuro del socialismo.

—Comprendo. —Tal vez hubiera una pizca de sentido del humor en aquel gordinflón—. ¿Sin excepción?

—Sin excepción. Las ambiciones personales de la ministra de Cultura parecieron peligrosas y antisocialistas. Su gusto por bienes personales importados se tachó de decadente y antisocialista.

—¿Importaba también músicos personales?

—También. Y las ambiciones y deseos del propio presidente con respecto a su hija, según estas notas preliminares para un informe final que aún no ha visto la luz, fueron considerados lesivos para los intereses del Estado.

—¿Lo eran? —Solinsky empezaba a sentirse interesado. Aquello tenía poco que ver con la causa criminal número 1, pero era ciertamente interesante—. ¿Me está usted diciendo que el Departamento de Seguridad Interior la asesinó?

—No.

—¡Qué lástima!

—No tengo pruebas para afirmarlo.

—Pero... ¿y si encontrara usted esas pruebas?

—Se las comunicaría a usted, naturalmente.

—Dígame, general... ¿Hasta qué punto afirmarí­a usted que estaba controlado en aquellos tiempos el Departamento de Seguridad Interior?

Ganin reflexionó unos momentos antes de responder:

—Yo diría que, poco más o menos, como siempre. Quiero decir que siempre lo estuvo. En algunas áreas, el control y la obligación de informar eran estrictos. En otras, las operaciones eran aprobadas genéricamente, y no se exigían informes detallados. Y en determinadas áreas especiales el Departamento de Seguridad Interior actuaba según su propio criterio acerca de lo más conveniente para los intereses de la seguridad del Estado.

—¿Lo cual incluía cargarse a la gente?

—Por supuesto. No a muchos, que sepamos. Y, en todo caso, no desde hace algunos años.

—Por falta de pruebas, claro.

—Exacto.

Solinsky asintió gravemente. Informes destruidos. Pruebas borradas. Cuerpos eliminados hacía mucho tiempo en el crematorio. Todos sabían lo que había sucedido, lo supieron mientras sucedía. Sin embargo, cuando las personas como él trataban de elaborar una serie de acusaciones contra el hombre que lo había dirigido, era como si nada de todo aquello hubiera ocurrido. O como si lo ocurrido fuera en cierto modo normal y, por lo tanto, casi disculpable. La conspiración de la normalidad, incluso en el reino de la locura.

Porque, como todos estaban al tanto de lo que ocurría, todos lo habían aprobado tácitamente. ¿O eso era demasiado rebuscado? Atribuir la culpabilidad a todos era otra moderna conspiración popular. No, la gente no había hablado fundamentalmente por temor. Un temor muy justificable. Y una parte de su tarea, ahora y todos los días, en la televisión, era contribuir a erradicar el temor, a dar al pueblo la seguridad de que jamás tendrían que volver a rendirse ante el miedo.

Stoyo Petkanov se reía entre dientes cuando se subió al Zil estacionado al pie de la escalinata del Tribunal del Pueblo. No había montado en uno de esos automóviles desde hacía años. Él siempre utilizaba un Mercedes, por lo menos en los últimos tiempos. El Chaika que habían puesto a su disposición hasta entonces estaba bastante bien, aunque tenía la suspensión algo dura. Pero aquella mañana, con una excusa tonta, le enviaban un viejo cacharro de los años sesenta. Bueno, podría soportar eso y más. Aunque le hubieran obligado a subir a un jeep seguiría estando de buen humor. Había tenido otro día excelente. A aquel flaco intelectual de ojos saltones al que habían encargado conducir la acusación contra él debía de estar cayéndole el pelo ahora. El viejo zorro los tenía a todos en danza.

Se retrepó en aquel asiento extraño y empezó a compartir sus reflexiones con los dos soldados de escolta.

—Lo que ocurre con un viejo zorro —empezó— es que...

Fuera, en el bulevar, un tranvía se paró bruscamente con un chirriante y agudo estruendo metálico. La comitiva tuvo que detenerse también. ¡Ja!, todo se les está viniendo abajo. Ni siquiera saben conducir los autobuses. Se fijó en la multitud situada detrás de un zigzag de vallas mal puestas. Están dejando que se acerquen más de lo que solían, pensó: más, por lo menos, que cuando él viajaba en su Mercedes.

Petkanov advirtió que algunos jóvenes gamberros detrás de la valla más próxima lo increpaban agitando el puño. Me lo debéis todo a mí —les respondió en silencio—: construí el hospital en que nacisteis, construí vuestra escuela, le di a vuestro padre una pensión, salvé al país de una invasión, y ahí estáis, escoria de mierda, atreviéndos a enseñarme las uñas a mí. Pero ahora estaban haciendo algo más que eso. Dos de las vallas habían sido empujadas a un lado y algunos exaltados corrían hacia el coche. Mierda. Mierda. ¡Los muy cabrones! Comadreja traidora. Por eso le habían puesto hoy el Zil... Así habían decidido que sucediera, en plena calle... Y de pronto sintió que su rostro iba a dar contra la gastada alfombrilla roja del piso del coche y que un soldado le retenía allí hundido, sujetándole con todo su peso. Oyó un atronador martilleo metálico y, de pronto, notó el rasponazo de la alfombrilla en su cara al arrancar el Zil a toda velocidad y realizar un violento giro chirriando para sortear al tranvía parado. Le mantuvieron pegado al suelo hasta que estuvieron de

vuelta en el aparcamiento subterráneo del Ministerio de Justicia (antigua Oficina de Seguridad del Estado).

—¡Joder! —exclamó el soldado al retirarse de encima de él—. ¡El abuelo se ha cagado de miedo!

Soltó una risotada y el chófer y el otro soldado se sumaron a ella.

—Ahora le toca a él cagarse —comentó el chófer.

Continuaron vejándole todo el camino hasta el sexto piso, haciéndole dar un rodeo, exhibiéndole cuando se cruzaban con alguien y tratando de inventar una burla diferente en cada nueva frase: «El tío se ha manchado los pantalones», «Es hora del orinalito para el presidente». Y cada comentario, por tonto que fuera, hacía que arreciaran sus risas. Finalmente llegaron a su habitación y le dejaron solo para que se aseara.

Media hora después se presentó Solinsky.

—Le pido disculpas por este momentáneo fallo de seguridad.

—Habéis desaprovechado la ocasión. A estas horas deberíais estar mostrando mi cadáver a los medios informativos de América.

Podía imaginarse los falsos titulares. Se acordaba de los cadáveres yacentes de los Ceausescu. Perseguidos y fusilados a toda prisa tras un juicio secreto. ¡Clavadles la estaca a los vampiros, aprisa, aprisa! El cuerpo de Nicolae, el mismo que había abrazado en tantas ceremonias oficiales, yaciendo sin vida. Con el cuello de la camisa y la corbata impecables y con una leve sonrisa irónica en los labios que él, Stoyo Petkanov, había besado tantas veces en el aeropuerto. Tenía los ojos abiertos; recordaba perfectamente ese detalle. Ceausescu estaba muerto, y la televisión rumana exhibía su cuerpo, pero tenía los ojos abiertos. ¿No hubo nadie que se atreviera a cerrárselos?

—No es lo que usted piensa —le dijo Solinsky—. Eran sólo unos cuantos muchachos que querían golpear el techo del coche. No llevaban ni una sola arma.

—La próxima vez. La próxima vez les dejarás que se salgan con la suya.

El expresidente guardó silencio. A Solinsky le habían contado ya el incidente de los pantalones. Por primera vez casi parecía encogido y avergonzado: un simple anciano sentado a la mesa con un yogur a medio consumir delante de él.

—¡Me querían! —exclamó inesperadamente—. Mi pueblo me quería.

Solinsky dudó si pasarlo por alto. Pero... ¿por qué callarse? ¿Porque el tirano se había cagado de miedo? Era en todo momento el fiscal general; no debía olvidarlo. Por eso le replicó, despacio y recalcando cada palabra:

—Le odiaban. Le temían y le odiaban.

—Eso sería muy simple —replicó Petkanov—. Muy conveniente para ustedes. Es su mentira.

—Le odiaban.

—Me manifestaron su amor. Muchas veces.

—Si se pone usted a golpear a la gente con una vara y les ordena que digan que le aman, y les golpea una y otra vez, tarde o temprano le dirán lo que quiere usted oír.

—No es así. Me querían —replicó Petkanov—. Me llamaban el Padre del Pueblo. Les dediqué mi vida, y me mostraron su gratitud.

—*Usted* se atribuyó a sí mismo ese título de Padre del Pueblo. Su policía de seguridad se ocupó de alzarle pancartas, eso fue todo. Pero le odiaban.

Fingiendo ignorar la presencia de Solinsky, el anterior jefe del Estado se puso en pie, fue hacia su cama y se tendió en ella. Y, como hablando para sí, para el techo, para Solinsky, para el soldado que se hacía el sordomudo, repitió:

—Me querían. Eso es lo que no podéis soportar. Lo que nunca reconoceréis. Recordadlo.

Luego cerró los ojos.

Tumbado en el lecho parecía haber recuperado su fortaleza y su obstinación. Los músculos, relajados, marcaban arrugas en la piel, pero sus huesos se notaban como más duros, más salientes. Cuando Peter Solinsky le echó el último vistazo antes de irse, vio debajo de la cama un cuenco de arcilla con una planta que extendía sus tallos por el suelo. Así que el rumor era cierto... Stoyo Petkanov dormía realmente con un geranio silvestre debajo de la cama, creyendo supersticiosamente que le traería salud y larga vida... Era tan sólo un capricho bobo del dictador, pero en aquel momento aterró al fiscal general. Salud y larga vida... A Petkanov le gustaba proclamar que su padre y su abuelo habían muerto centenarios. ¿Qué podrían hacer con él en los próximos veinticinco años? Peter tuvo una repentina y nauseabunda visión de la futura rehabilitación del presidente. Imaginó una serie de televisión, *Stoyo Petkanov: mi vida y mi época*, protagonizada por un sonriente nonagenario. Y se vio a sí mismo en el papel de malo de la película.

El anterior jefe del Estado empezó a roncar. Hasta en esto era imprevisible. Sus ronquidos no eran debilidad en él, ni siquiera comedia; al contrario, parecían mandarle a uno a paseo, casi imperiosamente. Obedeciendo, el fiscal general abandonó la habitación.

Sus compañeros le habían decepcionado. Escapando unos, muriendo o enfermando otros... Como buen campesino, él despreciaba la enfermedad. Los otros se habían vuelto blandos, viejos. ¿Cómo decían aquellos versos que aprendió en Varkova...? ¡Buena prueba de resistencia la de allá! Trabajo duro, palizas de los vigilantes, y el constante temor a una visita de los fascistas con sus camisas verdes y armas automáticas. Un comando de la Guardia de Hierro había dado muerte a seis camaradas en sus celdas, mientras los funcionarios de la prisión jugaban a cartas. Quien ha hecho su aprendizaje en la dura escuela de Varkova, solía decir orgullosamente Petkanov, jamás será traidor a la causa del socialismo y del

comunismo. Y ¿qué le había susurrado un camarada en la primera semana de su estancia allí, mientras hacían ejercicio en el patio?

*Lo que devuelve el eco de la pared
es la podredumbre de la piedra, no de las almas.*

Había conservado esa fe. Su país había sido un modelo del socialismo, el aliado más leal de la Unión Soviética hasta que empezaron las traiciones y las debilidades. ¡Y qué fuertes se habían mostrado hasta hacía muy poco, qué unidos! ¡Qué respeto y temor habían inspirado al mundo! La firme y decisiva acción fraternal de 1968 había asombrado a todos. La América fascista estaba siendo humillada por entonces en su aventura imperialista en el Vietnam, el socialismo estaba ganándole terreno en todas partes: en África, en Asia, en Europa... Eran tiempos de grandes esperanzas, cuando los líderes formaban orgullosamente juntos hombro con hombro.

Pero ahora... Erich que se escapaba a Moscú, que se escondía como una rata en la embajada de Chile, a la espera de un avión que le llevara a Corea del Norte. Kadar muerto tras la traición de haber abierto su frontera: nunca puedes fiarte de un húngaro. Husak muerto también, roído por un cáncer, farfullando que aceptaba los últimos ritos de un cura con sotana, vencido por el emborronacuartillas ese al que hubiera debido encerrar de por vida. Y no digamos Jaruzelski, pasándose de bando y afirmando que ahora creía en el capitalismo. Ceausescu, al menos, cayó luchando, si es que a huir y caer ante un pelotón de fusilamiento puede llamársele luchar. Siempre fue un cabeza loca Nicolae, un francotirador al que le gustaba jugar con dos barajas y que no quiso sumarse a la fraternal iniciativa de 1968; pero al menos tenía agallas y trató de dominar la situación hasta el final.

Pero el peor de todos era el pobre loco que ocupaba ahora el Kremlin, el de la cagada de pájaro en la calva... Menudo duelo publicitario mantenía con Reagan... Te regalo unos cuantos SS-20 más, si quieres, pero... ¿me sacas en la cubierta de la revista *Time*? El hombre del año... ¡La mujer del año!, pensó Petkanov. Los rusos no estaban ahora ni para dirigir un tenderete de vodka. Bastaba ver su intentona de golpe de Estado... Fue lastimoso que Gorbachev se dejara coger. Y lastimoso también que los leales no hicieran lo más obvio: cargarse la radio y la televisión, cargarse los periódicos, cargarse el edificio del Parlamento y neutralizar a las figuras peligrosas. Pero dejaron que el fascista de Yeltsin se convirtiera en un héroe. ¿Adónde habían ido a parar todas las lecciones de historia, si ni siquiera los rusos sabían organizar un golpe?

Y el siguiente tenía que ser él. Lo había estado viendo venir, la posibilidad al menos, ya desde que en 1983 el COMECON subió los precios del petróleo. Luego Gorbachev empezó a corretear por Occidente en busca de dólares y buena voluntad.

Y ahora todo se había jodido. Gorbachev, jodido... a punto de irse de profesor a los Estados Unidos, según se decía, para recibir su propina: Muchísimas gracias, señor Presidente. La Unión Soviética hecha añicos, al carajo, y al carajo también la República Democrática Alemana; Checoslovaquia se partía como una zanahoria, Yugoslavia estaba jodida hasta el tuétano. Bastaba ver lo que le había ocurrido a la República Democrática Alemana. Los capitalistas entraron a saco, lo arruinaron todo declarándolo ineficaz, dejaron a todo el mundo sin trabajo, se apropiaron de las hermosas casas antiguas para segunda residencia, adaptaron todas y cada una de las leyes a la legislación capitalista, y así le fue: a la mierda la República Democrática Alemana. Los del Este, ciudadanos de cuarta clase, despreciados, sin empleo, objeto de burla por sus pequeños utilitarios. Habitantes de un zoo.

Y el siguiente tenía que ser él. «Lo que devuelve el eco de la pared / es la podredumbre de la piedra, no de las almas». Conocía ya la prisión —fue donde empezó todo—, pero allí no se le pudrió el alma entonces. Ni se le pudriría ahora. Jamás se arrastraría en busca de un cura para morir como Husak, ni correría a refugiarse en el Kremlin como Erich. El nuevo gobierno de fascistas amantes de las plantas se había empeñado en llevarle a juicio. Sabían muy bien lo que necesitaban: un viejo decrépito que reconociera sus crímenes, que reconociera ser culpable de cualquier cosa a cambio de que le dejaran vivir. Y ése fue exactamente el papel que interpretó en los interrogatorios preliminares. Se negó a cooperar, dijo que no reconocía su autoridad, denunció su justicia burguesa, pero repitió hasta la saciedad que su único deseo era que le permitieran retirarse al campo para vivir allí en paz sus últimos años. Actuó así un día y otro día, hasta que estuvieron absolutamente seguros de una cosa: que deseaban vivamente llevarlo ante un tribunal. Exactamente lo que él había planeado.

No le importaba en absoluto lo que pudiera ocurrirle a su vida, pero sí lo que pudiera ser de su fe. Estaban vendiendo pornografía junto al Mausoleo del Primer Líder. Los curas lo mangoneaban todo. Los capitalistas husmeaban por todo el país como perros en celo. El príncipe heredero, como hablan empezado a llamarlo de nuevo los periódicos, estaba visitando los palacios de su familia, diciendo, por supuesto, que no volvería como rey, sino como un hombre de empresa para ayudar a su país si se le permitía hacerlo. Y luego envió a su mujer por delante, y cuando ésta acudía a presenciar un partido de fútbol, nadie miraba el juego. ¿Y toda aquella cháchara acerca de si el pueblo deseaba o no un referéndum sobre el retorno de la monarquía, como si la cuestión no hubiera quedado zanjada hacía años? Los trucos de siempre. ¿Por qué no publicaban los periódicos aquella fotografía de los tres tíos del príncipe heredero vistiendo el uniforme de la Guardia de Hierro?

Y el siguiente tenía que ser él, Stoyo Petkanov, el Segundo Líder, el timonel de la patria, el defensor del socialismo. Aquel mierda de Gorbachev lo jodió todo, todo. Se

presentó aquí en visita real, soltando dos palabritas y haciendo una pausa para que todo el mundo aplaudiera. Y para comunicarnos, a la vez, que desgraciadamente no podría seguir aceptando nuestra moneda como pago de su petróleo. Sólo divisas fuertes. Ni siquiera pareció advertir la ironía de aquella situación: el presidente del Comité Central del Partido Comunista de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas ¡pidiéndole dólares americanos al líder de su más fiel aliado socialista! Cuando le dije que el país tenía poquísimos dólares, Gorbachev replicó que la fórmula para conseguirlos era reestructurar el país con mayor apertura.

Petkanov se sentía muy orgulloso de lo que sucedió a continuación:

—Camarada presidente —le había dicho—, tengo una propuesta propia, una reestructuración que sugerirle. Mi país atraviesa ahora ciertas dificultades momentáneas, cuyas causas usted y yo conocemos. Nuestras dos naciones se han esforzado siempre en caminar estrechamente unidas por la senda del socialismo. Fuimos su leal aliado cuando hubo que hacer frente a las fuerzas contrarrevolucionarias en 1968. Ahora viene usted a anunciarnos que nuestra moneda ya no le resultará válida, que hay que establecer una nueva separación entre nuestros dos países... Yo no veo la necesidad de esto y, si me lo permite, le diré que tampoco me parece una actitud fraterna. Tengo al respecto una idea distinta, una visión diferente del futuro. Propongo que, en lugar de que nuestras dos naciones vayan cada una por su propio camino rojo a la hora de atravesar este pedregal que nos ha salido al paso en la ascensión a la gran cumbre, propongo, digo, que nos unamos aún más.

Pudo ver que sus palabras suscitaban vivo interés en Gorbachev.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó el ruso.

—Abogo por la plena integración política de nuestros respectivos Estados.

A Gorbachev lo pilló por sorpresa; en los protocolos preliminares no se había abordado este tema. No sabía cómo manejar la situación. Había venido a decirle al Segundo Líder cómo debía proceder en su propio país, tras haber decidido de antemano que iba a vérselas con algún camarada imbécil de la vieja escuela, incapaz de entender hacia dónde iba el mundo. Pero *él*, Stoyo Petkanov, era el único que tenía un plan, y aquello no le había hecho demasiada gracia al ruso.

—Explíquese —le había dicho Gorbachev.

¡Vaya si se explicó! Le habló del continuado y leal esfuerzo hecho por su nación para el triunfo del socialismo, la solidaridad internacional y la paz. Se refirió a la histórica lucha de su pueblo y a sus constantes aspiraciones. Expuso francamente las contradicciones que podrían surgir, y que podrían minar los intereses de la construcción social si se pasaban por alto y si el Partido y el Estado no emprendían una acción decidida para solventarlas. De pasada, pero en el centro de su reflexión, evocó su epifanía de adolescente en el monte Rykosha. Y, para concluir, habló con apasionamiento del futuro, de sus retos y oportunidades.

—Si no le entiendo mal —había dicho finalmente su interlocutor—, está usted proponiendo que su país se incorpore a la URSS como decimosexta república de la Unión Soviética.

—Exactamente.

En consideración al lamentable incidente ocurrido a las puertas del tribunal, se ofreció a la defensa aplazar las sesiones un día. Las abogadas del Estado Milanova y Zlatarova, con las que el expresidente había empezado inesperadamente a consultar temas menores, se mostraron a favor de ese aplazamiento; pero Petkanov las desautorizó. A la mañana siguiente, pues, cuando el fiscal general comenzó a acosarle de nuevo a propósito de su notoria avaricia, su talante era amable, rebosando inocencia por todos los poros.

—Soy un hombre corriente —respondió—. Me basta con poco. En todos mis años al frente de la nación, jamás he pedido gran cosa para mí.

[—Los locos piden mucho, pero es más loco quien se lo concede.]

—Mis gustos son sencillos. Tengo pocas necesidades.

[—¿Qué puedes necesitar, cuando eres dueño de todo el país?

—Más que dueño del país: dueño de nosotros también. De nosotros.]

—No tengo dinero atesorado en Suiza.

[—Entonces debe de tenerlo en alguna otra parte.]

—Cuando en mi propiedad aparecieron objetos de oro tracios, los entregué voluntariamente al Museo Arqueológico Nacional.

[—Eso es que prefiere la plata.]

—No soy como esos presidentes imperialistas de Estados Unidos, que se presentan ante sus compatriotas como gente corriente y dejan luego el puesto cargados de riquezas.

[—¡Venga ya!]

—He recibido muchos galardones internacionales, pero siempre los he aceptado en nombre del Partido y del Estado. A menudo he contribuido con mi propio dinero al sostenimiento de los orfanatos de la nación. Cuando la Editorial Lenin insistió en que aceptara los derechos de autor por mis libros, ya que, si no, los escritores no se animarían a hacer lo mismo, entregué siempre la mitad a los orfanatos. Y esto no siempre se hizo público.

[—Nosotros somos los huérfanos.]

—Mi difunta esposa jamás vistió modelos de París.

[—Pues debería haberlo hecho para disimular que era una bola de sebo.

—¡Raisa! ¡Raisa!]

—Y, ya que hablamos de eso, mis trajes me los hacían con tejidos procedentes de una cooperativa municipal próxima al pueblo donde nací.

Solinsky ya no pudo más. Al comienzo de la sesión matinal tal vez estaba predispuesto a dejar que las cosas siguieran tranquilamente su curso. Pero su tolerancia disminuía por momentos, y el ataque de cansancio que sentía le provocaba incluso náuseas.

—No hablamos de sus trajes —le cortó con tono perentorio y sarcástico—. Y no nos interesa oír que usted se cree a sí mismo un dechado de virtudes. Estamos investigando su corrupción. Investigando la forma en que usted sangró sistemáticamente a este país hasta su muerte.

El presidente del tribunal comenzaba a sentirse cansado también.

—Sea usted más concreto —le instó—. Éste no es el lugar adecuado para formular meras denuncias. Deje eso a los que peroran en las plazas públicas.

—Sí, señoría.

—Pero... ¿qué es corrupción? —Petkanov volvió a tomar el tema, suavemente, como si el irritado exabrupto de Solinsky hubiera sido una simple sugerencia—. ¿Por qué no hablar de trajes? —Estaba de pie, con las manos apoyadas en la baranda acolchada del banquillo; semejaba una figura compacta, con la cabeza hundida entre los hombros y sólo la nariz inquisitiva alzada para olfatear la atmósfera de la sala. Era, ese día, el único que daba muestras de tener energía; el único capaz de conducir la sesión—. ¿No estará la corrupción en el ojo de la denuncia? Permítanme poner un ejemplo. —Hizo una pausa, a sabiendas de que su oferta de información concreta, en claro contraste con sus habituales negativas y fallos de memoria, suscitaría la atención de todos—. Tomemos al señor fiscal general... Recuerdo aquella ocasión que le enviamos a Italia. A mediados de los setenta, ¿verdad? Usted era entonces, o decía serlo por lo menos, un miembro leal del Partido, buen comunista, socialista auténtico. Como recordará, sin duda, le enviamos a Turín, formando parte de una delegación comercial. Y pusimos a su disposición cierta cantidad de divisas, el fruto del trabajo de sus compatriotas. Era un privilegio, pero se lo dimos.

Solinsky miró hacia el estrado. No sabía por dónde iba a salirle Petkanov; o, por lo menos, esperaba que no saliera por donde él temía. Pero... ¿por qué no intervenía el presidente del tribunal? ¿No se trataba también ahora de una mera denuncia? Los tres magistrados, sin embargo, permanecían complacientemente al paio, mostrando un inmoderado interés por lo que se disponía a relatar Petkanov.

—Y ahora —prosiguió éste— el tribunal podría preguntar: ¿en qué emplea un buen comunista las divisas que le proporciona el sudor de los obreros y de los campesinos de su patria? ¿En adquirir libros socialistas de nuestros hermanos italianos, libros merecedores de estudio? ¿En hacer algún donativo a un orfanato

local? ¿Ahorrará lo que pueda y lo traerá consigo para devolvérselo al Partido? No, no, ¡nada de eso! Gastó parte de esas divisas en comprarse un hermoso traje italiano, para poder presumir de elegancia ante sus camaradas al regresar a la patria. Otra parte se la gastó en whisky. Y el resto... —Petkanov volvió a hacer una pausa, como un veterano actor ducho en todos los viejos trucos del oficio—, el resto se lo gastó en llevar a una mujer de allá a un caro restaurante. Díganme ustedes, simplemente, ¿eso es corrupción?

Aguardó, con la nariz desafiante, con la montura de las gafas destellando bajo los focos de la televisión; y justo antes de que a alguno se le fuera a ocurrir responderle, prosiguió:

—No hará falta decir que la mujer acompañó luego al fiscal general a su habitación del hotel, y que pasó allí toda la noche.

[—¡Guau!

—¡Dale fuerte! ¡Dale!

—¡Pobre Solinsky! ¡Despelléjale el culo!]

El fiscal se había puesto en pie, el presidente del tribunal intercambiaba consultas con sus asesores, pero Stoyo Petkanov seguía vociferando a su adversario:

—No lo niegues. He visto las fotografías. Tenía muy buen tipo; te felicito. He visto las fotografías. Díganme: ¿eso es corrupción? He visto las fotos.

El presidente del tribunal se apresuró a levantar la sesión; el realizador de televisión hizo un *fading* con el sonido, dando instrucciones a la cámara 1 de que fijara el objetivo en el rostro alarmado del fiscal; *los estudiantes permanecieron momentáneamente en silencio*; en la cocina, la abuela de Stefan, imperturbable, dejó escapar una risita mientras la televisión seguía encendida en una sala de estar ya vacía; y Peter Solinsky, al regresar a casa, furioso y con la sensación de haber sido traicionado, se encontró con un colchón y unas mantas en el suelo de su estudio. Dormiría allí, con el distante Alyosha como única compañía, hasta la finalización del juicio.

¡Menudo hipócrita había resultado ser aquel mariconazo de la cagada de pájaro en la calva! ¡Qué manera de traicionar al socialismo! Cuando Gorbachev regresó de su ronda de consultas urgentes, que consistió en informar a sus más viejos e íntimos aliados de que los mandaría a la mierda si no le apoquinaban buenos y calentitos dólares del Tío Sam, él le había ofrecido el pacto más atrevido de toda la historia política de la nación.

«Camarada presidente —le había dicho—, le propongo la integración plena de nuestros dos países». ¡Vaya golazo! En el preciso instante en que los traficantes de rumores y los lacayos de la prensa capitalista arreciaban en sus mentiras acerca del inminente colapso del socialismo..., justo en ese momento poder restregarles por las narices: ved, el socialismo crece y se desarrolla; ahí tenéis dos grandes naciones socialistas que unen sus destinos; ¡ahí tenéis al decimosexto miembro de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas! ¡Qué cara habrían puesto los calumniadores!

Pero Gorbachev había declinado su propuesta sin ni siquiera tener la cortesía de estudiarla. Diez años antes le había hecho el mismo ofrecimiento a Brezhnev, y por lo menos Leonid estuvo pensándose unos meses antes de contestarle que, por desgracia, lo veía inviable. Gorbachev, en cambio, se había mostrado despreciativo. «No es eso lo que nosotros entendemos por reestructuración», fue su respuesta, y aún se atrevió a sugerir que el revolucionario plan de Petkanov no tenía otro objetivo que evitar el pago de su factura del petróleo.

Ahora estaba a la vista de todos lo que aquel loco presuntuoso entendía por reestructuración. Significaba la rendición de la URSS —la que edificó Lenin y defendieron Stalin y Brezhnev—, significaba dejar que todo se fuera a la mierda. Quería decir que las repúblicas se fueran al carajo cuando les diera la gana. Retirar al Ejército Rojo de sus acantonamientos amistosos en el exterior. Aparecer en la portada de la revista *Time*. Entendía por ello ponerse a apalear dólares como una puta en el vestíbulo del Hotel Sheraton; lamerle el culo a Reagan y lamérselo luego también a Bush. Y cuando las repúblicas le dijeron que tururú, cuando permitió que la Unión Soviética y la causa del socialismo internacional fueran humilladas por aquellos diminutos países bálticos de mierda, cuando tuvo su ultimísima oportunidad de defender la Unión, de salvar al Partido y la Revolución, de enviar allá los malditos

tanques, ¡claro que sí...!, ¿cómo reaccionó? Como una abuelita tonta de capirote que ve que las patatas que ha comprado se le están escapando por un agujero de su bolsa de malla: «¡Oh!, se ha salido una, pobre de mí... Pero no importa: quedan muchas dentro. ¡Y ahora otra...! Sigue sin importar: sin duda la pobre patatita quería escapar. ¡Ay, qué lata, otra...! Pero no me voy a preocupar por una triste patata. Además, hoy no tengo hambre». Y cuando la vieja idiota llega a casa, se encuentra con la bolsa vacía. Aunque, claro, eso carece también de importancia, porque el abuelito no ha sido capaz de levantarle la voz en muchos años. «He perdido todas las patatas —le dice—. Tomaremos otra vez agua caliente de cena». «¡Pero si es lo mismo que cenamos ayer!», se queja el abuelito. «Acabará gustándote —le replica ella mientras abre el grifo—. Además, la mayoría de las patatas estaban podridas».

Así de hipócrita había resultado ser el fulano del Kremlin. Ni que decir tiene que Petkanov no pretendía que su propuesta de integración política fuera llevada a efecto al instante, sin discusión, sin considerar antes la totalidad de los factores económicos. Su oferta había sido, en aquel momento por lo menos, básicamente una expresión de solidaridad, buena voluntad y determinación. Y, sin embargo, Gorbachev había reaccionado como si no tuviera otro objetivo que conseguir un beneficio económico a corto plazo, como si aquel atrevido plan respondiera tan sólo al deseo de obtener la cancelación de la deuda exterior de su país.

Y ¿qué había ocurrido entre tanto? Que Gorbachev andaba ocupadísimo vendiendo la República Democrática a la República Federal. *Vendiendo* el Este al Oeste. Dieciséis millones de ciudadanos socialistas en la mayor subasta de esclavos de la historia de la humanidad, con sus tierras y hogares, su ganado y sus empresas. ¿Por qué no protestó nadie por *eso*? En los últimos días del mandato de Erich, algunos descontentos y jóvenes alborotadores se quejaban de las necesarias restricciones del derecho a viajar. Pero ¿se quejó alguien del hecho de que los vendieran como cerdos en una feria de ganado? Dieciséis millones de ciudadanos de la República Democrática Alemana a cambio de 34.000 millones de marcos: éste fue el trato que Gorbachev hizo con Kohl, en uno de los más viles y negros hechos de la historia del socialismo. Y luego, finalmente, Gorbachev le sacó a Kohl 7.000 millones de marcos más, y regresó a casa satisfechísimo, como la abuelita idiota del cuento. ¡Cuarenta y un mil millones de marcos era en la actualidad el precio de la traición, las treinta monedas de plata del socialismo! Y se lo consintieron. El ejército, el KGB, el Politburó...: entre todos no fueron capaces de organizar más que una chapucera parodia de golpe de Estado. Le dejaron hacer, le dejaron tirarlo todo por la borda. «Lo que devuelve el eco de la pared / es la podredumbre de la piedra, ¡no de las almas!» Pero la peste que llegaba de la Madre Rusia en los últimos tiempos era el hedor de almas podridas.

—¿Os gustaría oír un chiste? —preguntó Atanas.

—¡Precisamente lo que nos estaba haciendo falta!

—¿Sí?

—¡Sí, hombre! Confío que me pasarás otra cerveza antes de contarlo...

—Lo tuyo es que tienes la pereza de alguien que lleva colgados del cuello dos años de la deuda nacional.

—Adelante, Atanas.

—Ocurre en las llanuras, y se refiere a tres hombres que llamaré Ghele, Voute y Gyore. Es muy adecuado para los tipos que no son capaces de levantarse a buscar su propia cerveza. Cierta día, estos tres honrados campesinos estaban holgazaneando a orillas del Iskur y charlando entre sí, como suele hacer la gente en estas historias.

—Dinos, Ghele —preguntó uno de los otros—: si fueras rey y tuvieras todos los poderes del rey, ¿qué es lo que más te gustaría hacer?

Ghele se lo pensó un rato, y finalmente respondió:

—Bien, ¡ésta sí que es buena! Creo que me prepararía unas gachas y pondría en ellas todo el tocino que me apeteciera. Y pienso que no necesitaría nada más.

—¿Y tú qué dices, Voute?

Voute reflexionó unos instantes más que Ghele, y al cabo dijo:

—Sé lo que me gustaría hacer. Me metería entre la paja y me estaría allí tumbado todo el tiempo que me diera la gana.

—¿Y tú, Gyore? —preguntaron los otros dos—. ¿Qué querrías hacer si fueras rey y tuvieras todos los poderes de un rey?

Bueno, Gyore empezó a darle vueltas al asunto y a meditar su respuesta más detenidamente aún que sus compañeros. Se rascó la cabeza, dio un paseíto por la orilla del río, se puso a mascar un tallo de hierba, y pensó, pensó, frunciendo cada vez más el ceño. Al final contestó:

—¡Al diablo con vosotros! Habéis escogido ya las mejores cosas. Ya no me queda nada a mí.

—¿Qué es eso, Atanas? ¿Un chiste del período posterior al cambio, de los tiempos oscuros del comunismo, o de la etapa anterior de la monarquía fascista?

—Es un chiste para todas las épocas y para todo el pueblo. Anda, dame la cerveza.

—¿Sí, general?

—Señor fiscal... Quisiera expresarle ante todo...

—Déjelo. No se preocupe, general. Dígame.

—La documentación clave, señor. Para empezar.

Solinsky abrió la carpeta. El primer papel estaba encabezado simplemente por la palabra MEMORÁNDUM, y llevaba fecha del 16 de noviembre de 1971. No tenía el membrete de ningún ministerio del gobierno ni de ningún departamento de seguridad: era sólo un escrito de media página, mecanografiado, con dos firmas debajo. Y ni siquiera firmas: iniciales. El fiscal general lo leyó despacio, saltándose automáticamente la jerga oficial a medida que le salía al paso. Ésta era una de las pocas habilidades que adquirías con el socialismo: saber filtrar las distorsiones burocráticas del lenguaje.

El memorándum se refería conjuntamente a los problemas de la disidencia interna y de la calumniosa propaganda exterior. Había exiliados en el extranjero que, pagados por los americanos, se dedicaban a difundir por las emisoras de radio mentiras a propósito del Partido y del gobierno. Y había gentes débiles y fácilmente influenciables que escuchaban en sus casas tales mentiras y luego trataban de propalarlas. Conforme al código penal, difamar al Estado era una forma de sabotaje, y debía ser castigada como tal. Fue en este punto donde la interpretación de Solinsky se cortó. Los saboteadores —leyó— debían ser «disuadidos por todos los medios necesarios».

—¿«Por todos los medios»?

—Es la fórmula más fuerte —replicó Ganin—. Mucho más fuerte que «por los medios adecuados».

—Ya. —Tal vez al general se le estaba desarrollando cierto sentido del humor—. Pero, dígame: ¿de dónde procede este documento?

—Del edificio que antes ocupó el Departamento de Seguridad Interior en el bulevar Lenin. Pero examine las firmas; vale la pena.

Había dos; sólo iniciales: KS y SP. Esto es, Kalin Stanov, jefe del Departamento de Seguridad Interior por entonces, que apareció posteriormente desnucado en el hueco de una escalera, y Stoyo Petkanov, presidente de la República, presidente del

Comité Central, comandante en jefe de las Fuerzas Patrióticas de Defensa.

—¿Stanov? ¿Petkanov?

El general asintió.

—¿Dónde ha aparecido?

—Ya le digo, en el edificio del bulevar Lenin.

—¡Lástima que Stanov esté muerto!

—Sí, señor.

—¿Se han encontrado más documentos con la firma de Petkanov?

—Hasta ahora no hemos descubierto ningún otro.

—¿Algún indicio sobre el sentido de ese «por todos los medios necesarios»?

—Como le decía, señor fiscal...

—¿Alguna prueba de casos concretos, una autorización específica, instrucciones del propio presidente, informes remitidos a él sobre lo ocurrido a esos... a esos presuntos saboteadores?

—De momento, no.

—Entonces... ¿cómo se imagina usted que eso puede serme de utilidad? —Corrió hacia atrás su asiento y clavó en el jefe de seguridad unos ojos severos, brillantes como aceitunas negras—. Las pruebas han de ajustarse a derecho. Y yo soy un abogado, un *profesor* de leyes —añadió subrayando las palabras.

Pero lo cierto era que en aquellos momentos no se sentía particularmente como tal. Años atrás, un amigo suyo había seducido a una joven campesina mediante unas cuantas dádivas y algunas promesas que no estaba dispuesto a cumplir. La chica, que era de familia muy íntegra, accedió finalmente a acompañarlo al bosque. Encontraron un lugar tranquilo y se pusieron a hacer el amor. La muchacha parecía estar disfrutando con aquella experiencia pero, justo en el momento en que se acercaba al instante de supremo placer, abrió de pronto los ojos y exclamó: «¡Mi padre es un hombre muy honrado!» El amigo de Solinsky le decía que habla tenido que recurrir a todo su autodomínio para no echarse a reír.

—Permítame que le hable un instante como si no fuera usted un profesor de leyes —dijo Ganin. Sentado allí, al otro lado de la mesa, frente al rostro enjuto del fiscal, parecía más macizo que de costumbre—. Como ya le dije, puede usted estar seguro de que las Fuerzas Patrióticas de Seguridad le agradecerán mucho su labor en la causa criminal número 1, a pesar..., a pesar de las recientes revelaciones, un tanto embarazosas. Por el bien de la nación, es importante celebrar este juicio. E importa igualmente que el acusado sea declarado culpable.

—Si es culpable —replicó automáticamente Solinsky. «Mi padre es un hombre muy honrado».

—Somos conscientes, además, de que los cargos por los que se le juzga no son aquellos por los que debería ser juzgado, sino los más a propósito para obtener un

veredicto de culpabilidad.

—Es lo normal.

—Por otra parte, nos consta que muchos otros altos cargos del Partido y criminales declarados no han sido llevados a juicio, por lo que el expresidente ostenta, como si dijéramos, la representación de todos ellos ante el tribunal.

—Si fuera el único, podríamos tratarlo con guantes de seda.

—Exactamente. Por consiguiente, señor, lo que debe tener usted presente..., y estoy seguro de que ya lo sabe, es que la nación espera de este juicio algo más que un veredicto técnico de culpabilidad por una malversación de poca monta. Que es, con el debido respeto, el objetivo que usted persigue por ahora. La nación confía en que se demuestre que el acusado es el peor criminal de nuestra historia. Y la misión de usted debe ser demostrarlo.

—Por desgracia, general, el Código Penal no tipifica semejante delito. Pero, hablemos claro: usted quiere decirme algo.

—Mi tarea, según la entiendo, consiste sólo en facilitarle información.

—Muy bien, general. Hágame, entonces, el favor de resumirme la información que, según usted, me está dando. —El tono de Solinsky era frío, pero estaba excitado. Se sentía a punto de incurrir en alguna clamorosa y apetecible iniquidad. Como si se hubiera encaramado a una estatua de bronce de Stalin y se dispusiera a atacar el bigote con el cincel y el martillo.

—Se lo diré de esta manera. Durante los últimos años sesenta, el Departamento de Seguridad Interior llegó al convencimiento de que la ministra de Cultura ejercía una peligrosa influencia antisocialista y que la intención de su padre de nombrarla oficialmente su sucesora era perjudicial para los intereses más altos del Estado. La Sección Técnica Especial de la calle Reskov trabajaba entonces en la inducción de síntomas que pudieran simular un paro cardíaco. El 16 de noviembre de 1971, el presidente y el jefe del Departamento de Seguridad Interior, el difunto general Kalin Stanov, autorizaron el empleo de todos los medios necesarios contra los difamadores, saboteadores y enemigos del Estado. Tres meses después, Anna Petkanova fallecía a consecuencia de un paro cardíaco, sin que nuestros mejores especialistas del corazón fueran capaces de salvarla.

—Gracias, general. —Solinsky estaba impresionado por la brutal tentación que le ofrecía Ganin—. Puedo decirle que no tiene usted madera de abogado.

—Gracias a usted, señor fiscal. Por mi parte, le aseguro que no aspiro a serlo.

Ganin se marchó. Mi padre es un hombre muy honrado, repitió Solinsky; mi padre es un hombre muy honrado.

En la trigésima cuarta sesión de la vista ante el Tribunal Supremo de la causa criminal número 1, las abogadas del Estado Milanova y Zlatarova solicitaron las declaraciones de los siguientes testigos:

Comandante Ogniana Atanasova, de la Seguridad del Estado, enfermera personal del expresidente. Testificó que todos los bienes terrenales del anterior líder consistían en una sola manta. «Puedo decirles, bajo mi entera responsabilidad, que Stoyo Petkanov jamás ha sido manirroto con su dinero —declaró—. Yo solía cambiar los cuellos de sus camisas, zurcir sus calcetines y arreglarle las corbatas pasadas de moda».

Ex adjunto al primer ministro Pavel Marinov. Declaró que en la Conferencia de Partidos Comunistas y de los Trabajadores, celebrada en Moscú en 1960, el presidente Mao auguró al presidente Petkanov que sería otro gran estadista: «Tiene usted una gran energía —le dijo Mao—, y le nombraré primer ministro de la República Socialista Internacional».

Ex primer ministro Georgi Kalinov. Testificó que era un mito eso de que cualquier miembro de la Nomenklatura fuera un depredador. Él mismo, en aquel preciso momento, poseía en moneda del país el equivalente a veinte dólares americanos, y estaba tratando de decidir si invertirlos en el proceso de privatización o emplearlos en comprarse un par de zapatos nuevos. Explicó que la gente le consideraba una persona acaudalada porque poseía tres automóviles, los cuales había adquirido a un precio simbólico al Departamento de Protección y Seguridad, cuerpo que prestaba sus servicios a las personalidades del Partido y a los altos cargos del Estado. Pero no se consideraba propietario de ellos, puesto que el Departamento de Protección y Seguridad había dictado instrucciones explícitas de que dichos automóviles no podrían ser revendidos. A preguntas de la abogada defensora Zlatarova sobre si las mismas cláusulas prohibiendo la reventa se habrían aplicado a los dieciocho vehículos de motor cuya propiedad imputaba el fiscal al acusado, el ex primer ministro Kalinov respondió estar seguro de que así hubiera sido.

4. Ventsislav Boichev, miembro que fue del Politburó. Declaró que los dólares entregados a su hijo por el anterior presidente tenían un propósito educativo, puesto que estaban destinados a despertar el interés del joven por la tecnología. Interrogado

por la razón de que su hijo gastara aquel dinero en la compra de una Kawasaki y una BMW, el señor Boichev replicó que su fin había sido fortalecer la capacidad defensiva de la nación, puesto que el motociclismo era aún un deporte paramilitar. En cuanto a la pregunta de por qué su hijo no había adquirido modelos populares de fabricación soviética, el señor Boichev excusó responder, alegando que él no tenía permiso de conducción y, por lo mismo, no era competente para especular sobre la materia. Quiso añadir, con todo, que personalmente lamentaba que el cambio no se hubiera producido antes, en 1968, y que gustosamente se dejaría crucificar en una estrella roja por el bien de su patria.

5. Velcho Ganev, ministro de Hacienda de Petkanov. Declaró estar persuadido de que los pagos por gastos de representación eran absolutamente legales. El procedimiento de asignación, sin embargo, era «alto secreto». Preguntado por la razón de que se hubieran destruido los justificantes de los beneficiarios de este privilegio, el señor Ganev respondió que los tales justificantes eran recibos, y no nóminas. Según su interpretación de la ley, mientras que las nóminas debían conservarse durante cincuenta años, esta exigencia no era aplicable a los recibos.

En el trigésimo séptimo día del juicio, en la plaza pública situada frente al Tribunal del Pueblo, bajo una acacia sin follaje, pero de cuyas ramas habían colgado falsas hojas y flores, la Sociedad Devinski de la segunda universidad de la capital organizó una subasta humorística de objetos propiedad del expresidente. Los que pujaban tenían que identificarse por su nombre antes de presentar las ofertas, y entre los asistentes se contaron Erich Honecker, Saddam Hussein, el emperador Bokassa, George Bush, Mahatma Gandhi, el Comité Central del Partido Comunista Albanés en pleno, Josef Stalin y varios postores de ambos sexos que pretendían ser el o la amante secreta(o) de Stoyo Petkanov. Las posturas sólo se admitían en divisas fuertes. La manta del cantarada Petkanov, descrita como su «única posesión terrenal» por el subastador, fue adjudicada a Erich Honecker por 55 millones de dólares. Dos pares de calcetines zurcidos, más una camisa de franela con un cuello nuevo cosido personalmente por la comandante Ogniana Atanasova de la Seguridad del Estado, alcanzaron los 27 millones de dólares. El par de sandalias de piel de cerdo que calzaba el camarada Petkanov cuando estableció su primer contacto con los combatientes de la resistencia, que actuarían a sus órdenes en la lucha antifascista, fue adjudicado por 35 millones de dólares al representante oficial del Museo Mitológico Nacional. Unos pantalones con una gran mancha marrón en la culera, que llevó puestos asimismo el camarada Petkanov durante la lucha antifascista, no encontraron postor. El emperador Bokassa adquirió por diez centavos los genitales del expresidente, y anunció que se los comería para cenar. Los talones bancarios representativos de las posturas rematantes fueron a parar a la boca de una gran efigie del Segundo Líder que presidió la almoneda. Posteriormente, la efigie, que se balanceaba feliz colgada por el cuello de una rama de la acacia, manifestó a los periodistas que se sentía muy satisfecha del resultado de la subasta y que ya había donado todo el dinero a los huérfanos, con el deseo de que se dedicaran al deporte paramilitar del motociclismo.

En el trigésimo noveno día del juicio, Vesselin Dimitrov, que previamente se había excusado de comparecer alegando una indeterminada enfermedad nerviosa, fue el último de un grupo de siete actores llamados a testificar. Declaró que su padre, vicesecretario regional de una provincia del sur, había acudido a un miembro del

séquito personal del presidente para rogarle que expusiera al camarada Petkanov, cuyo mecenazgo por las artes era bien conocido, el caso de su hijo, un leal comunista y buen profesional del Teatro Nacional del Pueblo, quien por aquel entonces tenía dificultad en encontrar vivienda. A las dos semanas quedó desocupado un apartamento de tres habitaciones en el polígono Amanecer, y el actor pudo mudarse a él.

—¿Por qué se afilió usted al Partido Comunista, en primer lugar?

—Porque todos lo habían hecho en mi familia. Era la forma de hacer carrera.

—¿Qué les dijo usted a sus conocidos cuando supo que le habían adjudicado el apartamento?

—Que había tenido mucha suerte. Había quedado desocupado de pronto. Les comenté que a veces las cosas salen bien.

—El precio fue rebajado sustancialmente. ¿Cómo se explica?

—Me dijeron que estaba subvencionado por una ayuda al arte.

—Y ¿cómo devolvió usted el favor?

—No comprendo.

—¿Qué dio usted a cambio de conseguir un apartamento de tres habitaciones por la décima parte de su valor, sin ni siquiera haber tenido que aguardar el plazo normal de diez, quince o veinte años?

—No fue así. Jamás devolví nada.

—¿Acaso no montó usted y actuó en las espontáneas celebraciones mímicas con que fue recibido el acusado al salir de su palacio el día que cumplió sesenta y cinco años?

—Sí, pero fue una decisión voluntaria.

—¿Actuó usted en representaciones privadas para el presidente y los altos cargos de la Nomenklatura?

—En efecto, pero siempre por una decisión voluntaria.

—¿No informó a un contacto del Departamento de Seguridad Interior acerca de determinados miembros del Teatro Nacional del Pueblo?

—No.

—¿Está usted completamente seguro? Le advierto que esos archivos se han conservado.

—No.

—¿Quiere decir que no está seguro?

—Que no lo hice.

—Apenas le oigo. ¿Querría usted hablar un poco más alto?

—No lo hice.

—Señoría, solicito que, en base a su propio testimonio, el señor Dimitrov sea acusado formalmente de corrupción, malversación y perjurio.

—Esa solicitud, señor fiscal general, como ya le he explicado en las seis ocasiones anteriores, no es competencia de este tribunal y, por lo mismo, queda rechazada.

[—¡Por el amor de Dios!

Atanas lanzó un chorro de humo, esta vez empañando la cara del fiscal general.

—Dejémoslo ya.

—Es puro teatro. Están actuando todos. Es una maldita comedia.

—Actores, apartamentos, motos, gastos en almuerzos, cuellos de camisa...

—¿Stefan?

—No, yo quiero verlo. Tenemos que verlo.

—Tenemos que verlo: es nuestra historia.

—Pero es un LATAZO.

—La historia lo es a menudo cuando ocurre. Resulta interesante después.

—Estás hecha una filósofa, Vera. ¡Y una tirana!

—Gracias. Pero algún día yo seré una abuela con pañoleta y tú un viejo loco de esos que se les cae la baba en la cerveza, y vendrán nuestros nietos a preguntarnos: «Abuelitos: ¿vivíais vosotros cuando juzgaron al monstruo? Sabemos que sois muy, muy viejos... ¿Podéis contárnoslo?» Y seremos capaces de hacerlo.

—De hablarles de actores y de motos, querrás decir.

—También de eso. Y de explicarles que se reía de nosotros. Es lo que siempre ha hecho, lo que sigue haciendo: reírse de nosotros. Contarles por qué acabó todo siendo un asunto de actores y de motos.

—¡Tirana!

—¡Chist! Mirad.

Y ése ¿quién es? ¿Otro actor?

Un banquero, que saldrá a decir que todo el dinero que había en la cuenta del presidente estaba allí por error.

Un fabricante de mantas, que nos contará que sólo le hicieron una manta en toda su vida.

—¡Callaos, chicos! Mirad.]

Aquella noche Peter Solinsky, que se encontraba muy incómodo durmiendo en el suelo de su estudio, se levantó, fue a la sala y descubrió, en un marco recién colgado en la pared, el famoso certificado de rehabilitación. Una prueba más del distanciamiento entre él y Maria.

El abuelo de Maria, Roumen Mechkov, había sido, como siempre decían, un leal comunista y un luchador activo contra el fascismo. A comienzos de la década de los treinta, cuando la Guardia de Hierro arreció en sus violentas purgas, tuvo que exiliarse a Moscú en compañía de otros dirigentes del Partido. Siguió siendo allí un buen comunista y un activo luchador antifascista, hasta que, en un momento indeterminado de 1937, se transformó en un desviacionista trotskista, un infiltrado de Hitler y un agitador contrarrevolucionario, y muy posiblemente las tres cosas a un tiempo. Nadie se había atrevido a hacer preguntas sobre su desaparición. A Roumen Mechkov no se le mencionaba en las historias oficiales del Partido local, y por espacio de cincuenta años su familia apenas si se atrevió a pronunciar en un susurro su nombre.

Cuando Maria anunció su intención de escribir al Tribunal Supremo de la URSS, Peter se opuso a la idea. Cualquier descubrimiento que pudiera hacer, por fuerza le resultaría penoso. Por otra parte, no devolvería la vida al abuelo que no había llegado a conocer. Pero lo que en realidad quería decir, aunque sin expresarlo claramente, era que a su juicio sólo cabían dos posibilidades: o que Mechkov hubiera hecho traición a la gran causa en que había creído, o que hubiera sido una víctima inocente de la misma causa. ¿Qué preferirías que fuera tu abuelo, Maria: un renegado criminal o un loco crédulo?

Maria hizo caso omiso del consejo de su marido, envió por correo su solicitud y al cabo de casi un año recibió una contestación, fechada el 11 de diciembre de 1989, de A. T. Ukolov, miembro del Tribunal Supremo de la URSS. Tras exhaustiva investigación, estaba en condiciones de informar a la demandante que su abuelo, Roumen Alexei Mechkov, había sido arrestado el 22 de julio de 1937 bajo la acusación de «pertenencia a una organización terrorista trotskista y, en su virtud, de conspirar para la comisión de actos de terrorismo contra los líderes del Komintern y sabotear a la URSS». Sometido a interrogatorio en el Departamento Regional de

Stalingrado (hoy Volgogrado) del Comisariado Popular para Asuntos Internos, Mechkov había sido sentenciado el 17 de enero de 1938 a morir ante un pelotón de fusilamiento, sentencia que se cumplió aquel mismo día. Una revisión del caso, llevada a cabo en 1955, había concluido que no hubo pruebas contra Mechkov, aparte de ciertas contradictorias y genéricas declaraciones de otras personas involucradas en la misma causa. A. T. Ukolov lamentaba que no existiera ninguna indicación sobre el lugar en que estaba su tumba, así como que en los archivos no se hubieran conservado fotografías o documentos personales. Podía, sin embargo, confirmar que el susodicho Roumen Alexei Mechkov había sido un activo y leal comunista, cuya rehabilitación fue acordada el 14 de enero de 1956. Junto con la carta, A. T. Ukolov incluía un certificado al efecto.

Y ahora lo cuelgas en la pared, pensó Peter. Una prueba de que el movimiento al que tu abuelo consagró su vida le asesinó acusándole de traidor. Una prueba de que el mismo movimiento decidió veinte años más tarde que, después de todo, no había sido un traidor, sino un mártir. Una prueba de que al mismo movimiento ni siquiera se la pasó por la imaginación en otros treinta y cuatro años informar a nadie de aquel sustancial cambio de consideración. ¿Y Maria deseaba que aquel papel le recordara todo eso?

Un comunista leal se convierte en un terrorista trotskista, y de nuevo en un comunista leal. Los héroes se tornan traidores, los traidores mártires... Los líderes iluminados y los timoneles de la patria se vuelven criminales cogidos con las manos en la masa..., hasta que, tal vez, en algún temible momento del futuro, se transformen en simpáticos viejecitos protagonistas de las tertulias de la tele. Peter Solinsky miró a través de los cristales de la ventana y en el negro hueco de la noche vio brillar grandes titulares: *Stoyo Petkanov: la rehabilitación de un caudillo*. Que aquella rehabilitación llegara o no a producirse dependería en parte de su actuación en la semana final del proceso.

Y ¿en qué se transformaban los profesores de leyes, los fiscales, los maridos, los padres? ¿Qué nuevos nombres se les aplicarían, de qué anonimatos serían objeto? ¿Cuál sería su suerte en las olas rompientes de la historia?

—Le diré lo que me aseguró en cierta ocasión un individuo que se las daba de sabio.

El fiscal general no estaba para cuentos. Había llegado a aborrecer a aquel hombre. Antes, como simple ciudadano, le había odiado objetivamente, útilmente. El odio a Petkanov había sido una fuerza constructiva, unificadora, entre la oposición. Pero desde que lo veía de cerca, desde que tenía que conversar y pelearse con él, aquel sentimiento había cambiado. Su aborrecimiento se había transformado en algo personal, furioso, afectado y corrosivo. Vergüenza antes, abominación ahora, temor futuro...: esa mezcla había empezado a consumir al fiscal. Su odio por Petkanov le

parecía ahora tan grande como el amor que alguna vez sintió por su mujer; el líder había colmado todo el vacío emocional que al presente existía en su matrimonio. Y ahí estaba, a la espera de que aquel cerdo soltara algún engañoso tópico, poniéndolo en boca de un sufrido héroe del trabajo, quien en todo caso lo habría plagiado lealmente de los discursos, escritos y documentos selectos del expresidente.

—Era músico —prosiguió Petkanov—. Tocaba en la orquesta sinfónica de la radio estatal. Yo había ido al concierto con mi hija, quien, al concluir, quiso presentarme a los intérpretes. Habían tocado bien, en mi opinión, así que les felicité. Ocurría esto en el Auditorio de la Revolución —añadió.

Esto último era un toque ornamental que, por alguna razón, irritó a Solinsky como la picadura de un tábano. ¿A qué santo me sale con esto? —se encontró preguntándose a sí mismo—. ¿A quién le importa en qué condenado lugar presume de haberse sentido impresionado por la música? ¿Qué tiene que ver, qué diferencia añade? Y tras la gruesa cortina de su furia oyó, como a distancia, que Petkanov proseguía su historia:

—En el breve discurso que les dirigí, les hablé de la importancia del arte en la lucha política, de cómo los artistas debían sumarse al gran movimiento contra el fascismo y el imperialismo, y colaborar en la construcción del futuro del socialismo. Ya se imaginarán ustedes... —resumió con un matiz de ironía que no hizo efecto en Solinsky—, ya se imaginarán ustedes, *grosso modo*, el sentido de mis palabras. El hecho es que, después, al pasar entre la orquesta, se me acercó un joven violinista. «Camarada Petkanov», me dijo, «Camarada Petkanov, la gente no se interesa por las grandes palabras: su única preocupación son las salchichas».

Petkanov miró al fiscal general esperando su reacción; pero Solinsky parecía estar distraído. Al rato, como saliendo de su ensimismamiento, comentó:

—Me imagino que le haría fusilar.

—¡Qué ramplón eres, Peter! Esas críticas tuyas están pasadas de moda. ¡Por supuesto que no! Jamás fusilamos a nadie.

«Eso ya lo veremos —pensó el fiscal—: excavaremos en los terrenos de sus campos de prisioneros, realizaremos autopsias, conseguiremos que su propia policía secreta lo delate».

—No, jamás. Digamos, simplemente —proseguía Petkanov—, que sus posibilidades de llegar a ser director de la orquesta quedaron algo mermadas después de aquel sincero intercambio de pareceres.

—¿Cómo se llamaba?

—¡Hombre! ¡No esperarás que yo...! Pero, a lo que íbamos: yo estaba en desacuerdo con la opinión de aquel joven cínico. Pero reflexioné sobre lo que me había dicho. Y en muchas ocasiones, después, entonces y aún ahora, me repetiría a mí mismo: «Camarada Petkanov, la gente necesita salchichas y grandes palabras».

—¡No me diga!

Tal era, pues, la moraleja del Auditorio de la Revolución. Insinúas unas valientes palabras de protesta entre bastidores y, si no te fusilan en el acto, este..., este, retuerce tu pensamiento y lo transforma en un eslogan insignificante y banal.

—Fíjate en que con esto te estoy dando, simplemente, un buen consejo... Porque, verás: nosotros les dimos salchichas y grandes palabras. Vosotros no creéis en las grandes palabras, pero tampoco les dais salchichas. No las hay en las tiendas... ¿Qué les dais en su lugar?

—Les damos libertad y verdad. —Sonaba demasiado pomposo en sus labios, pero..., si estaba convencido de ello, ¿por qué no decirlo?

—¡Libertad y verdad! —replicó Petkanov burlándose—. ¡Éstas son vuestras grandes palabras, entonces! Les dais a las mujeres la libertad de dejar sus cocinas e ir a manifestarse ante el Parlamento para decirles a los diputados esta verdad: que no hay una maldita salchicha en las tiendas. Eso es lo que les dicen. ¿Y eso lo calificáis de progreso?

—Lo conseguiremos.

—¡Ja! Lo dudo. Permíteme que lo ponga en duda, Peter. Mira: el cura de mi pueblo... A ése sí que lo fusilaron, me temo; había muchos criminales sueltos en aquella época, y es fácil que ocurriera... El cura de mi pueblo solía decir: «Al cielo no se llega con el primer salto».

—Justamente.

—No, Peter, no me entiendes. No estoy refiriéndome a ti. Tú y los de tu cuerda habéis dado ya muchos saltos. Habéis tenido muchos siglos y habéis dado muchos saltos. Un salto, y otro, y otro... Estoy hablando de *nosotros*. Nosotros solamente hemos dado un salto hasta la fecha.

Su carácter. Tal vez ése había sido su error, su..., sí, su error de burgués liberal. La ingenua esperanza de «llegar a conocer» a Petkanov. La testaruda pero loca creencia de que el ejercicio del poder es el reflejo del carácter del individuo y que, por consiguiente, es necesario y provechoso estudiar ese carácter. Sin duda fue cierto alguna vez: con Napoleón, con los césares y los zares y los príncipes herederos... Pero las cosas habían variado mucho desde entonces.

El asesinato de Kirov...: ésa fue la fecha clave. Muerto por la espalda con un revólver Nagan, en la sede del Partido Comunista en Leningrado, el primero de diciembre de 1934. Un amigo y aliado de Stalin, un camarada de Stalin. Por consiguiente, como solemos decir ingenuamente, por consiguiente, la única persona del mundo que en modo alguno podía haber deseado o esperado, y no digamos ya ordenado esa muerte, era el propio Stalin. Era imposible desde todos los puntos de vista admitidos, tanto políticos como personales. Porque que Stalin hubiera ordenado el asesinato de Kirov no es que fuera impropio de su carácter, sino algo incomprensible desde lo que podemos entender por carácter. Y ésa era precisamente la cuestión. Hemos llegado a unos tiempos en los que el concepto de «carácter» resulta equívoco: ha sido sustituido por el «ego», y el ejercicio de la autoridad en cuanto reflejo de un carácter se ha trocado en un enfermizo deseo de retener el poder por todos los medios posibles y aun burlando cualquier imposibilidad racional. Stalin había asesinado a Kirov: ¡bienvenido sea el mundo moderno!

Solinsky se dio cuenta de que esta interpretación de las cosas le resultaba convincente cuando se hallaba tranquilamente sentado en su estudio, contemplando las colinas del norte, o cuando interrogaba a su estantería en la oficina; pero, en presencia de Petkanov, este intento de verlo como un maligno zumbido de electrones girando alrededor de algún monstruoso vacío no se aguantaba ni dos minutos. Bastaría que el viejo, con la funcionaría de prisiones tras él, se pusiera en pie y comenzara a discutir, a negar, a mentir, a fingir incompreensión: al instante volvían a apoderarse del fiscal general todas sus emociones primarias: curiosidad, expectación, frustración. Seguía buscando un carácter, un carácter como los de antes, un carácter inteligible. Era como si la propia ley exigiera la relación causa-efecto de un motivo lógico y una acción resultante: la sala, en suma, excluía cualquier razonamiento

chapucero y simplista.

A media tarde del cuadragésimo segundo día de sesiones de la causa criminal número 1, Peter Solinsky decidió que había llegado el momento. Una nueva línea de investigación, acerca del uso de combustible oficial para fines privados, se había ido al traste entre contradicciones y lapsus de memoria.

—Muy bien —dijo, haciendo una profunda inspiración de cantante de ópera y tomando otra carpeta.

Durante el aplazamiento del mediodía se había refrescado el rostro en el lavabo y había vuelto a peinarse. Al mirarse en el espejo, vio que parecía cansado. Y lo estaba, sí: cansado de su trabajo, de su matrimonio, de las preocupaciones políticas, pero sobre todo de tener que soportar la presencia de Stoyo Petkanov día tras día. ¡Qué poderosa debía de haber sido para los aduladores miembros del Politburó la tentación de ahorrar energías por el simple expediente de mostrarse siempre de acuerdo con él!

Ahora trató de olvidarse de su mujer, del teniente general Ganin, de las cámaras de televisión, y de todas las promesas que se había hecho a sí mismo antes de comenzar el juicio. Ya estaba bien de mostrarse como el honorable hombre de leyes que pacientemente trata de rescatar la flor de la verdad de entre las garras de la mentira. Tal vez parte de su cansancio se debía a ese esfuerzo.

—Muy bien, señor Petkanov. A lo largo de las semanas de este proceso hemos llegado a familiarizarnos a fondo con su defensa. Con la forma como usted se defiende de todos los cargos y acusaciones. Si se hizo algo ilegal, usted no sabía nada de ello. Y si sabía algo, entonces lo hecho era automáticamente legal.

Petkanov sonrió cuando sus abogadas defensoras se levantaron para protestar. No, las palabras de aquel chulo neurótico que estaba representando el papel de fiscal resumían bastante bien la situación. Con un ademán pidió a sus defensoras que se estuvieran quietas.

—No hice nada que no hubiera sido aprobado por el Comité Central del Partido Comunista —repitió por centésima vez—, y todo fue ratificado mediante decretos del Consejo de Ministros. Todas mis actuaciones fueron enteramente legales.

—Muy bien. Consideremos, pues, lo que hizo usted el 16 de noviembre de 1971.

—¿Cómo vas a...?

—No espero que usted lo recuerde, puesto que, como se ha demostrado ampliamente, su memoria funciona sólo para recordar acciones supuestamente legales —le cortó Solinsky y, tomando el documento que le había entregado Ganin, le echó un breve vistazo—. El 16 de noviembre de 1971 autorizó usted el empleo de todos los medios necesarios contra los difamadores, saboteadores y enemigos del Estado. ¿Le importaría explicarnos cómo debemos entender la expresión «todos los medios necesarios»?

—No sé de qué me hablas —replicó serenamente Petkanov—. Salvó que pareces

aprobar el sabotaje y los crímenes contra el Estado.

—Ese día firmó usted un memorándum autorizando la eliminación de sus oponentes políticos. A eso se refiere la frase «todos los medios necesarios».

—Ignoro por completo de qué documento me estás hablando.

—Tengo aquí una copia, y otra copia para el tribunal. Es un memorándum procedente de los archivos del Departamento de Seguridad Interior, y que lleva su firma y la del difunto general Kalin Stanov.

Petkanov se limitó a echar una ojeada al papel.

—Yo no llamo a eso una firma. Son unas simples iniciales, y muy probablemente falsificadas.

—Usted autorizó en esa fecha el empleo de todos los medios necesarios —repitió Solinsky—. Y esta autorización permitió a ambos Departamentos de Seguridad, Interior y Exterior, emprender acciones contra sus adversarios políticos en el país y en el extranjero. Adversarios como el comentarista radiofónico Simeon Popov, que falleció de un ataque al corazón en París el 21 de enero de 1972, y como el periodista Miroslav Georgiev, que murió de un ataque al corazón en Roma el 15 de marzo de ese mismo año.

—O sea, que de pronto soy responsable de las muertes de todos los viejos que sufren ataques al corazón en las quimbambas —replicó Petkanov jovialmente—. ¿Les di un susto de muerte?

—En los años anteriores a la autorización ejecutiva concedida por usted en noviembre de 1971, la Sección Técnica Especial del Departamento de Seguridad Interior, instalada en la calle Reskov, estuvo llevando a cabo experimentos encaminados a producir venenos que, administrados por vía oral o intravenosa, causaran los síntomas del paro cardiaco. Dichos venenos se emplearon para disfrazar el hecho de que la víctima hubiera muerto en realidad a consecuencia de un previo o simultáneo envenenamiento criminal.

—¿Me acusan ahora de producir venenos? Ni siquiera tengo un título honorario de químico.

—Por el mismo período —prosiguió Solinsky, sintiendo dentro de sí un alborozado regocijo y consciente del silencio que se hacía a su alrededor— en el Departamento de Seguridad Interior, como puede verse por multitud de notas y memorandos, crecía la alarma por el comportamiento excéntrico y las ambiciones personales de la entonces ministra de Cultura... —Solinsky hizo una pausa para tomarse un respiro, consciente de que había llegado el momento. Ardía dentro de él una poderosa mezcla de virtud y pasión—, Anna Petkanova —añadió innecesariamente, y luego, como si estuviera contemplando su estatua—: 1937 a 1972. El Departamento de Seguridad Interior informaba de que su comportamiento público y privado era, en su opinión, típicamente antisocialista. Usted no hizo ningún

caso de sus informes. Estaban, además, muy alarmados porque habían descubierto que usted tenía la intención de nombrar oficialmente su sucesora a la ministra de Cultura. Lo averiguaron —explicó de pasada el fiscal general— por el simple método de colocar micrófonos ocultos en el palacio presidencial. El dossier que reunieron sobre Anna Petkanova revela una creciente preocupación por la influencia que ella tenía, y que seguiría teniendo, sobre usted. Influencia antisocialista, como la califican.

—Absurdo —murmuró el anterior presidente.

—El 16 de noviembre de 1971 autorizó usted la eliminación de sus adversarios políticos —repitió Solinsky—. Y el 23 de abril de 1972, la ministra de Cultura, que hasta entonces había gozado de excelente salud, falleció inesperadamente y a una edad sorprendentemente temprana a consecuencia de un ataque cardíaco. Se comentó en la época que los principales cardiólogos del país fueron llamados a toda prisa y que hicieron todo cuanto pudieron, a pesar de lo cual no lograron salvarla. Y no lo consiguieron por una razón muy sencilla: porque no había sufrido realmente un paro cardíaco. Pues bien, señor Petkanov —prosiguió el fiscal general, endureciendo la voz para impedir la intervención de las abogadas de la defensa, que ya se habían puesto de pie—, no sé ni, francamente, me importa, hasta qué punto exacto estaba usted enterado de esto, o hasta qué punto exacto lo ignoraba. Pero hemos escuchado de sus propios labios que todo cuanto usted autorizó era, de conformidad con los artículos de la Constitución de 1971, que usted promulgó, automática y plenamente legal. Por consiguiente, ésta no es ya una acusación que formulo meramente contra usted en su condición de persona individual, sino contra todo el sistema criminal y moralmente corrompido que usted presidió. Usted asesinó a su hija, señor Petkanov, y comparece aquí ante nosotros como el representante y el principal dirigente de un sistema político bajo el cual es *completamente legal*, como usted nos ha repetido hasta la saciedad, *completamente legal* que el jefe del Estado autorice incluso la muerte de uno de sus propios ministros, en este caso la de Anna Petkanova, la ministra de Cultura. Usted, señor Petkanov, mató a su propia hija, y solicito la venia del tribunal para añadir a las ya formuladas la acusación de asesinato.

Peter Solinsky tomó asiento entre unos sonoros aplausos nada judiciales, pataleo estruendoso, golpes en las mesas e incluso algún estridente silbido. Era su momento, su momento para la historia. Había acometido a su adversario con una horca, y le había hecho morder el polvo, atrapándole el cuello entre los dos dientes del apero clavados en el suelo. Vedlo gruñir y retorcerse, echando espumarajos de rabia, clavado allí para que todos puedan verlo, descubierto, convicto, juzgado. Era también *su* momento, su momento para la historia.

El realizador de televisión dividió atrevidamente la pantalla. A la izquierda, sentado, el fiscal general, con los ojos dilatados por el triunfo, erguida la barbilla y

una sobria sonrisa en sus labios; a la derecha, de pie, el anterior presidente en un raptó de furia, pegando puñetazos sobre la barandilla acolchada, vociferando a sus abogadas defensoras, amenazando con el dedo a los periodistas, mirando airadamente al presidente del tribunal y a sus impasibles asesores vestidos de negro.

—Digno de la televisión americana —le comentó Maria.

Peter estaba cerrando tras de sí la puerta del apartamento y llevaba aún la cartera en la mano.

—¿Te gustó? —Todavía respiraba la euforia del instante decisivo, el tumulto, las mieles del aplauso. Se sentía capaz de todo. ¿Cómo no iba a poder con el sarcasmo de su mujer, si había domeñado las iras del que fue en otro tiempo un dictador todopoderoso? Sus palabras conseguirían arreglarlo todo, suavizar su vida doméstica, endulzar la amarga desaprobación de Maria.

—Fue vulgar e indecente, un desprecio a la ley, y te comportaste como un chulo. Supongo que después acudirían a tu camerino una bandada de chicas para ofrecerte sus números de teléfono.

Peter Solinsky entró en la pequeña habitación que le servía de estudio y miró a través de la niebla hacia la Estatua de la Gritud Imperecedera. Ese atardecer el sol no se reflejó en la dorada bayoneta. Era su obra. Había extinguido aquel resplandor. Ahora podían llevarse de allí a Alyosha y convertirlo en teteras y plumillas. O dárselo a los escultores jóvenes para que lo transformaran en nuevos monumentos en honor de las nuevas libertades.

—Peter... —Estaba detrás de él ahora, con la mano apoyada en su hombro; no podía decir si su gesto significaba una disculpa o un deseo de consolarlo—. ¡Pobre Peter! —añadió, excluyendo así la disculpa.

—¿Por qué?

—Porque ya no puedo amarte, y porque dudo incluso que pueda respetarte después de lo de hoy. —Peter no respondió ni se volvió para mirarla a la cara—. Ya sé: otros te respetarán más, y tal vez te amarán... Angelina se quedará conmigo, naturalmente.

—Ese hombre era un tirano, un asesino, un ladrón, un mentiroso, un estafador y un pervertido: el peor criminal en la historia de nuestro país. Lo sabe todo el mundo. ¡Dios mío...! ¡Si hasta tú empezabas a sospecharlo!

—De ser así, no te habría costado probarlo, sin necesidad de prostituirte por la televisión e inventar pruebas falsas —replicó ella.

—¿Qué quieres decir?

—Vamos, Peter... ¿De veras crees que el peor criminal de la historia de nuestro país habría firmado un documento tan oportuno, y que Ganin lo descubrió por casualidad cuando la acusación no estaba logrando el éxito esperado?

Ni que decir tiene que lo había pensado, y tenía preparada su propia defensa. Si Petkanov no había firmado aquel memorándum, debía de haber firmado algo por el estilo. No hacían más que dar forma concreta a una orden que probablemente cursó por teléfono. O con un apretón de manos, un gesto de asentimiento, o una desaprobación pertinente que no llegó a dar. El documento era auténtico, aunque fuera una falsificación. E incluso aunque no fuera verdadero, era necesario. Cada nueva excusa resultaba más débil..., y también más brutal.

Y en el glacial silencio en que veía hundirse su vida matrimonial, el sarcasmo afloró también incontenible en su boca:

—Bueno..., por lo menos nuestro sistema legal supone alguna pequeña mejora sobre el que aplicaba la NKVD en Stalingrado hacia 1937.

Maria le retiró la mano del hombro.

—Es una pantomima de juicio, Peter. La versión moderna de aquello. Puro teatro, nada más. Pero estoy segura de que se sentirán muy complacidos.

Salió de la habitación y él se quedó mirando por encima de la niebla, con la creciente certeza de que ella había salido también de su vida.

Aquel pipiolo imbécil de fiscal ignoraba con quién se las veía. Si los trabajos forzados en Varkova no habían logrado doblegarle, cuando a algunos de sus camaradas más recios se les aflojaban las tripas con sólo pensar en una visita de la Guardia de Hierro, ¿cómo iba a dejarse vencer por un abogaducho de tres al cuarto que había sido sólo el quinto en la lista de los propuestos para llevar la acusación en el juicio? Él, Stoyo Petkanov, no había tenido problemas para enviar al cuerno al padre de aquel pipiolo, expulsándole del Politburó por diez votos contra uno y manteniéndole bien vigilado en su exilio de apicultor. ¿Qué posibilidades iba a tener, pues, aquel mierda de hijo suyo, presentándose en el tribunal con una sonrisita estúpida y un puñado de pruebas falsificadas?

Ellos —todos ellos— tenían la absurda idea de que habían vencido. No en el juicio, claro, que no tenía mayor significado que el pedo de un cura, puesto que habían amañado el veredicto dos segundos después de decidir las acusaciones, sino en la lucha histórica. ¡Qué poco sabían de eso! «Al cielo no se llega con el primer salto». ¡Y cuántos saltos habían dado ellos y los de su calaña a lo largo de siglos! Salta, salta, salta, como una rana moteada en su charca cenagosa. Pero hasta ahora *nosotros* hemos hecho un único intento, ¡y qué glorioso ha sido nuestro salto! En especial, si se tiene en cuenta que el proceso se inició, no como Marx había predicho, sino en el país equivocado y en el momento más inoportuno, con todas las fuerzas contrarrevolucionarias haciendo frente común para abortarlo nada más nacer. Luego la revolución había tenido que construirse en mitad de una crisis económica mundial; hubo que defenderla en una sangrienta guerra contra el fascismo; y defenderla una vez más contra aquellos bandidos, los americanos, volcados en su carrera de armamentos. Y, a pesar de todo..., a pesar de todo, en sólo cincuenta años, conseguimos tener medio mundo de nuestra parte. ¡Menudo primer salto!

Ahora la gentuza capitalista y su prensa desvergonzada no hacían más que vomitar mentiras sobre «el inevitable colapso del comunismo» y «las contradicciones inherentes al propio sistema», sonriendo al plagiar las mismísimas frases que ellos habían aplicado tantas veces —y aplicaban aún— al capitalismo. Había leído algo a propósito de un economista burgués llamado Fischer, que aseguraba que «el colapso del comunismo significa la depuración del capitalismo». Ya veremos, Herr Fischer.

Lo que estaba ocurriendo era que, por un tiempo breve a escala histórica, se le concedía al viejo sistema la última opción a dar un saltito en su ciénaga de ranas. Pero después, inevitablemente, el espíritu del socialismo se desperezará de nuevo, y en *nuestro* próximo salto aplastaremos a los capitalistas en el barro hasta que sucumban bajo nuestras botas.

Trabajamos y nos equivocamos. Trabajamos y nos equivocamos. Tal vez la verdad sea que fuimos demasiado ambiciosos, creyendo que podíamos cambiarlo todo —la estructura de la sociedad y la naturaleza del individuo— en tan sólo un par de generaciones. Él se había mostrado a este respecto menos convencido que bastantes otros, y constantemente había alertado contra el resurgir de los elementos burgueses y fascistas. Y los acontecimientos del último o los dos últimos años vinieron a darle la razón, cuando toda la escoria de la sociedad volvió a salir a la superficie. Pero si incluso los elementos burgueses y fascistas podían sobrevivir a cuarenta años de socialismo, imagínese cuánto más inextinguible y fuerte es, en comparación, el alma del socialismo.

El movimiento al que había consagrado su vida no podía ser ahogado por unos cuantos oportunistas, un saco de dólares y un mamarracho en el Kremlin. Era tan antiguo y tan fuerte como el propio espíritu humano. Volvería, con renovado vigor, pronto, muy pronto. Quizá con un nombre distinto, con otra bandera. Pero siempre habría hombres y mujeres deseosos de seguir ese camino, ese difícil sendero montaña arriba a través del río de piedras y la niebla húmeda, conscientes de que al final desembocarían en la brillante luz del sol y encontrarían despejada la cima por encima de sus cabezas. Hombres y mujeres que soñaban con ese momento. Y unirían sus brazos de nuevo para entonar un nuevo canto..., otro distinto de aquel «Caminando por el sendero rojo» que resonó en la ladera del monte Rykoshka, pero evocador de la vieja canción. Y unirían sus fuerzas para un poderoso segundo salto. Y temblaría entonces la tierra, y todos los capitalistas, imperialistas y fascistas amantes de las plantas, y la gentuza, la escoria, los renegados e intelectuales de mierda, los pipiolo metidos a fiscales y los judas con cagadas de pájaro en sus calvas, se cagarían de miedo por última y definitiva vez.

—Me llamo Stoyo Petkanov.

En el cuadragésimo quinto día de su juicio, el anterior jefe del Estado tomó la palabra ante el tribunal para pronunciar su propio alegato de defensa. Estaba de pie, con una mano apoyada en la barandilla acolchada: una figura corta de talla, fornida, con la cabeza erguida y los músculos de la mandíbula tensos, tratando de averiguar a través de los vidrios tintados de sus gafas cuál de las cámaras le estaba enfocando. Carraspeó y comenzó de nuevo con voz más firme y clara.

—Me llamo Stoyo Petkanov. He recibido el Collar de la Gran Orden del Libertador de la República Argentina. La Gran Estrella de la Orden de Mérito de la República de Austria. El Gran Collar de la Orden de Leopoldo de Bélgica. El Gran Collar de la Orden Nacional del Cruzeiro do Sul de Brasil. La Gran Cruz de la Orden del Valor de la República de Burundi...

[—No lo puedo creer.]

Y de la misma República de Burundi, el Gran Fajín de la Orden Nacional.

[—Para disimular la barriga.]

La Gran Cruz de la Orden de Mérito del Camerún. La medalla conmemorativa del XXX Aniversario de la Insurrección de Mayo del Pueblo Checoslovaco. La Gran Cruz de la Orden del Mérito de la República Centroafricana. La Orden de Boyacá de Colombia. La Gran Cruz del Mérito de la República Popular del Congo. La Orden de José Martí de la República de Cuba. El Gran Fajín de la Orden de Makarios de Chipre.

[—Otro para disimular la barriga.]

La Orden del Elefante de Dinamarca. El título de Doctor Honoris Causa de la Universidad Central del Ecuador. La Orden del Gran Collar del Nilo de la República Árabe de Egipto. La Orden de la Gran Cruz de la Rosa Blanca de Finlandia. La Gran Cruz de la Legión de Honor de Francia. Así como también su medalla conmemorativa Georges Pompidou. Y asimismo el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Niza.

[—¿A quién se la chupó en Francia?

—A todos. A De Gaulle, Giscard, Mitterrand...]

La Medalla de Oro del Senado y el Arca Conmemorativa preparada para la

celebración del centenario del Senado francés. La Gran Cruz de la Orden de la Estrella Ecuatorial de Gabón. La Orden de Karl Marx de la República Democrática Alemana.

[—Se la chupó a Honecker.

—Se la chupó a Karl Marx.

—¡Callaos de una vez los dos!]

La Gran Cruz de la Orden de Mérito de la República Federal de Alemania. El título de Caballero de la Orden de la Estrella de Ghana. La Gran Cruz de la Orden del Salvador de Grecia. Así como la Medalla de Oro de la ciudad de Atenas. La Gran Cruz de la Orden Nacional de la Veracidad para con el Pueblo de la República de Guinea.

[—¡Veracidad para con el Pueblo!

—Los guineanos son célebres por su sentido de la ironía, Dimiter.]

La Orden de Pahlavi, con Collar, de Irán. El Gran Fajín de la Orden del Mérito de la República de Italia. Más la Medalla de Oro Aldo Moro. Más el Premio Simba de la Paz. Más la Medalla de Oro Especial, primera clase, Leonardo da Vinci, del Instituto de Relaciones Internacionales de Roma. Más la Placa de Oro de la Junta Regional del Piamonte. La Gran Cruz de la Orden Nacional de Costa de Marfil. El Collar Al-Hussein Bin-Ali de Jordania. La Orden de La Bandera de la República, primera clase, de la República Democrática Popular de Corea. El Gran Collar Mubarak de Kuwait. Más la Placa de Plata de la Universidad de Kuwait. La Orden del Mérito Libanesa. El Gran Fajín de la Orden de Pioneros de la República de Liberia.

[—Otra más para disimular la barriga.]

El Gran Collar de la Orden Mahammaddi de Marruecos. El Gran Fajín del Mérito Nacional de Mauritania. La Medalla de Campeón de la Paz Mundial del Siglo xx de Mauricio. El Gran Collar de la Orden Mexicana del Águila Azteca. La Medalla de Oro Jubilar acuñada en el V Aniversario de la Independencia de Mozambique. La Orden de San Olaf de Noruega. La Medalla de la ciudad de Amsterdam, ofrecida por su alcalde. La Orden Nishani-Pakistan. Más la Medalla Jubilar Quaid-I-Azam de Pakistán. La Gran Cruz de la Orden del Sol del Perú. Más el título de Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de Ingeniería del Perú. La Orden Sikutana, primera clase, de Filipinas. La Gran Cruz de la Orden de Santiago de Portugal. La Orden Ecuestre de San Marino. La Gran Cruz de la Orden Nacional del León del Senegal. El Gran Fajín de los Omeyas de la República Árabe de Siria.

[—No he dicho nada.]

El título de Caballero de la Estrella de Somalia con Gran Fajín.

El Collar de la Orden del Mérito Civil de España. La Orden Collar de Honor de Sudán. La Real Orden del Serafín de Suecia. El Gran Fajín de la Orden de la Independencia de Turquía. El Diploma de Ciudadano Honorífico y la Llave de Oro de

la ciudad de Ankara. El título de Caballero de la Gran Cruz de la Orden del Baño del Reino Unido.

[—Se tiró a la reina de Inglaterra.

—Sí. En el baño.

—Habría hecho cualquier cosa por su país.]

La Orden de Lenin de la URSS.

[—Ahora en serio. Se la chupó a Lenin, de verdad.

—¿Lo sabe tu abuela, Stefan?

—Y a Stalin.

—Y a Kruschev.

—Y a Brezhnev.

—Montones de veces. Y a Andropov.

—Y a ese otro... ¿cómo se llamaba?

Chernenko.

Y a Chernenko.

Pero a Gorbachev no.

—Gorbachev no se lo permitió. No después de haber estado con tantos. ¡Imagínate lo que debe de haber pillado!

—Probablemente se lo pegó a la reina de Inglaterra.

—No, ¡qué va! Por eso le obligó a hacerlo en el baño.]

Más la Medalla Conmemorativa del Vigésimo Aniversario de la Victoria de la Gran Guerra Patriótica. Más la Medalla Conmemorativa del Centenario de Lenin. Más la Medalla Conmemorativa del Trigésimo Aniversario de la Victoria en la Gran Guerra Patriótica. La Orden del Libertador de Venezuela. El Gran Fajín de la Orden Nacional del Alto Volta. La Gran Orden de la Estrella de Yugoslavia. Más la Placa Conmemorativa de la ciudad de Belgrado El Gran Fajín de la Orden Nacional del Leopardo del Zaire. Asimismo, la Orden «Gran Amigo de la Libertad», en su grado de Gran Comandante, de Zambia. Y, además...

[—¡Además!]

Además, la Medalla Jubilar Apimondia. La Medalla de Oro Frédéric Joliot-Curie del Consejo Mundial de la Paz. La Medalla Jubilar de la Federación Mundial de Ciudades Unidas. La Medalla de Plata Conmemorativa del XXV Aniversario de las Naciones Unidas. La Medalla de Oro Norbert Wiener. La Medalla de Oro con Banda y Placa del Instituto para los Problemas del Nuevo Orden Económico Internacional. El Galardón Hombre del Año 1980 por la Paz.

[—¡Este tío se jodió a todo el mundo!

—A Israel no. Y tampoco a los Estados Unidos.

—Pues a Francia se lo hizo a conciencia.

—Francia deja que cualquiera la joda.

—Se tiró a la reina de Inglaterra. Eso lo encuentro excesivo.

—Con todos los collares y fajines que él llevaba puestos, ella no pudo ni enterarse de quién era el que estaba debajo.

—Digo yo que se las quitaría para meterse en el baño...

—Quizá las tuvo puestas hasta el último minuto, y entonces, ¡zas!, ¡demasiado tarde, majestad!

—Jodió a todo el mundo.

—Y el mundo le jodió a él. Nos jodió a todos.

—Sois unos bobos, chicos. Lo malo es que tenéis razón.

—Bobos, pero acertamos. Bobos, pero acertamos.

—¿Qué quieres decir, Vera?

—Estos dos no paran de decir que nos han jodido. Y es verdad: contra nuestra voluntad, una y otra vez. Todo el país. Lo que necesitamos es tratamiento médico. ¿Creéis que es posible poner en tratamiento psiquiátrico a todo un país?

—Las cosas no van por ahí. En vez de eso, nos han dejado a punto para que venga otro y nos joda también.

—Sí, el Tío Sam con su polla de barras y estrellas.

—Por lo menos te ofrece algo a cambio. Cajetillas de Marlboro.

—Y luego te la mete.

—Mejor eso que ser jodido por Brezhnev.

—Cualquier cosa es mejor. ¡Qué costumbre la suya de meterse con sus botazas en la cama! No tenía ni zorra idea de lo sensible que puede ser una chica.

—¡Qué cínicos sois, chicos!

—Necesitamos tratamiento, Vera; ése es nuestro problema.

—U otra cerveza.

—¡Chist! Mirad eso.]

Nací huérfano. Fui educado bajo la monarquía fascista. Me afilié a la Unión de la Juventud Comunista. Fui perseguido por la policía al servicio de la burguesía patronal. Cumplí mi condena en la prisión de Varkova. «Quien ha hecho su aprendizaje en la dura escuela de Varkova jamás será traidor a la causa del socialismo y del comunismo». Derramé mi sangre por la patria en la lucha antifascista. He gobernado los destinos de esta nación durante treinta y tres años. Acabamos con el paro. La inflación ha sido controlada por métodos científicos. Los fascistas han sido derrotados. Hemos gozado ininterrumpidamente de paz. La prosperidad es mayor. Bajo mi dirección, este país ha ganado en consideración internacional.

Y ahora me encuentro en una situación extrañísima. —La lucecita roja parpadeó en la cámara 2, y Petkanov se volvió hacia ella con perfecta soltura para dirigirse directamente a la nación—. Me encuentro compareciendo ante un tribunal. Se me acusa de haber traído a este país la paz, la prosperidad y el respeto internacional. Se

me acusa de erradicar el fascismo, de abolir el desempleo, de haber construido escuelas, hospitales y presas hidroeléctricas. Se me acusa de profesarme socialista y comunista. Bien, camaradas, me declaro culpable de todos esos cargos.

Hizo una pausa y dejó que su vista vagara por toda la sala.

—Camaradas... —repitió—. Sí, también esto me resulta extraño. Porque dondequiera que mire ahora veo antiguos camaradas. Gentes que juraron lealtad al Partido, que se declararon auténticos comunistas, que solicitaron el apoyo del Partido en sus carreras, que fueron educados, alimentados y vestidos por el socialismo, pero que ahora han decidido, por conveniencia del momento y deseos de medrar, que, después de todo, no son ya aquellos socialistas y comunistas que en otro tiempo se proclamaron con orgullo.

Bien, pues... Me declaro culpable de sacrificar mi vida para mejorar las de los obreros y los campesinos de nuestra gran nación. Y, como dije al comienzo de este..., de este show de televisión montado para las cadenas americanas, ya he estado aquí antes. Permítanme que concluya, no con mis palabras, sino con los testimonios de otros. Que consten en acta las siguientes declaraciones.

La reina Isabel de Inglaterra: «Aquí, en la Gran Bretaña, estamos impresionados por la resuelta actitud que usted ha adoptado en la defensa de tal independencia. Su personalidad, señor presidente, como estadista de renombre universal, experiencia e influencia, es objeto de general reconocimiento».

Margaret Thatcher, primera ministra de la Gran Bretaña...

Solinsky se había puesto de pie.

—Señor presidente, ¿cree que hemos de...?

Pero Petkanov cortó en seco al fiscal general como hiciera tantas veces callar al padre de aquel pipiolo en las reuniones del Politburó. Se dirigió al estrado con una cortesía intimidatoria:

—Su señoría me ha concedido amablemente una hora. Supongo que no me verá obligado a recordarle nuestro acuerdo al efecto. Lo único que se me pidió es que no pretendiera hacer uso de la palabra más tiempo. Me ha dado una hora. Y voy a tomármela.

—Es, precisamente, su actitud lo que ha motivado la imposición de ese límite —replicó el juez—. Dispone usted de una hora para presentar objeciones legales y argumentos legales.

—Y eso es, precisamente también, lo que estoy haciendo. Margaret Thatcher, primera ministra de la Gran Bretaña... —Petkanov fijó agresivamente su mirada en el presidente del tribunal, que asintió con un gesto de resignación, se quitó el reloj y lo colocó delante de sí—. Margaret Thatcher: «Me impresionó la personalidad del presidente, y conservo un especial recuerdo de él como el líder de un país deseoso de desarrollar su cooperación con otras naciones».

Richard Nixon: «Por su profunda comprensión de los principales problemas del mundo, el presidente puede contribuir y contribuye a la resolución de los problemas globales más urgentes de la humanidad».

Presidente Jimmy Carter: «La influencia del presidente como líder en el marco internacional es muy relevante. Gracias a la firme postura de su presidente y a su actitud independiente, su país está en situación de servir de puente entre naciones con puntos de vista e intereses profundamente contrapuestos, y entre dirigentes que, de no ser por él, difícilmente se prestarían a entablar negociaciones».

Andreas Papandreu: «El presidente no es sólo un gran líder, un notable político de los Balcanes y de Europa, sino también una personalidad de primera fila en el mundo».

Carlos Gustavo XVI, rey de Suecia: «Ha llegado usted a simbolizar los progresos realizados por su país en las últimas décadas. Con gran interés observamos la forma en que su país, bajo su liderazgo, ha experimentado un impresionante desarrollo económico».

Juan Carlos I, rey de España: «Usted, señor presidente, ha dado pruebas, en muchas ocasiones, de una activa e infatigable dedicación a la causa de la distensión, a la salvaguarda del inalienable derecho de todos los pueblos a decidir su destino, por el camino más adecuado a sus intereses, y el uso de sus propios recursos [...] libres de la injerencia extranjera que se opone al ejercicio de su propia soberanía».

Valéry Giscard d'Estaing: «Francia se alegra de recibir al jefe de un Estado que ha tenido un importante papel en la política de acercamiento y cooperación entre las dos partes de Europa».

James Callaghan, primer ministro de la Gran Bretaña: «Hace usted una importante contribución al desarrollo de relaciones dentro del Tercer Mundo, a los esfuerzos realizados por acabar con el subdesarrollo, y a la estabilidad económica en la que están interesados todos los países, incluidos los altamente industrializados».

Giulio Andreotti: «Estimo que el papel del presidente en la vida internacional seguirá siendo positivo, puesto que goza de un alto prestigio y universal consideración por su actitud y sus deseos de paz y por su contribución a un acuerdo en interés mutuo».

Franz Josef Strauss: «El líder contribuye de forma destacada a mantener la paz, con una perspicaz política de apertura, con una clara visión de los problemas y con sus sabias decisiones y acciones».

Leonid Brezhnev: «Los trabajadores soviéticos valoran altamente los maravillosos logros de las clases obreras, las cooperativas de campesinos y la *intelligentsia* de su país que, bajo el liderazgo encomendado al Partido Comunista, han cambiado la imagen de la nación. Nos alegra ver que su República Socialista es un país en veloz ritmo de desarrollo, que cuenta con una moderna y floreciente

industria, y con una agricultura cooperativa bien organizada. La acción global de su Partido, con usted al frente, conduce al país a nuevas metas de la construcción socialista».

Javier Pérez de Cuéllar, secretario general de las Naciones Unidas: «Me satisface dar las gracias a una personalidad de la talla del presidente por su activa, constructiva y enérgica contribución en todos los ámbitos de actividad de las Naciones Unidas».

Mario Soares: «Personalmente, tengo en alto aprecio los esfuerzos del presidente en favor de la seguridad europea, de la paz y la independencia de todos los pueblos, y de la no injerencia de algunos países en los asuntos internos de otros».

Príncipe Norodom Sihanouk: «Su nación socialista y su amado líder, que simboliza internacionalmente, de forma maravillosa, la firme adhesión a las ideas de justicia, libertad, independencia, paz y progreso, están siempre al lado de los pueblos oprimidos, de los que son víctimas de la agresión y combaten para recuperar su independencia».

Hu Yuobang, secretario general del Comité Central del Partido Comunista Chino: «Usted es una firme salvaguarda de la soberanía del Estado y de la dignidad nacional. En los foros internacionales, está usted contra la ley de la fuerza, y defiende la paz mundial y la causa del progreso del hombre».

Presidente Canaan Banana de Zimbabwe: «Usted ha comprendido que su independencia no puede ser completa hasta que la totalidad de los hombres estén libres de las cadenas del imperialismo y del colonialismo. Por eso su país se ha hallado al frente de los que nos han apoyado en nuestra justa lucha por la emancipación nacional. Nos ha prestado ayuda material y moral en la más dura de las pruebas».

Mohammad Hosni Mubarak, presidente de la República Árabe de Egipto: «Por mi parte, experimento el mismo gozo por nuestra mutua relación, un gozo que brota de mi íntimo aprecio de su clarividente posición, de su sabiduría, coraje, amplia y comprensiva visión de la historia, de su particular capacidad de asumir las responsabilidades, de su firmeza frente a las circunstancias y de su comprensión de las realidades de nuestra época».

[—Los jodió a todos. Realmente los ha jodido a todos.

—Hacen falta dos para eso.]

No soy yo quien dice todo eso —prosiguió Petkanov—. Es lo que afirman otros, otros más competentes para juzgarme.

En mi anterior comparecencia, hace ya muchos años, ante el tribunal burgués y fascista de Velpen, fui acusado, como lo soy ahora, de crímenes amafiados. Usted mismo, señor profesor-fiscal, me recordó al iniciarse este... show que los delitos de que me acusaron entonces, cuando no era más que un muchacho de dieciséis años afiliado a la Unión de la Juventud Comunista, se tipificaron como daños contra la

propiedad y más por el estilo. Pero a nadie se le ocultaba que lo que me imputaban realmente era el crimen de ser socialista y comunista, el crimen de desear una suerte mejor para los obreros y los campesinos. Lo sabía todo el mundo: aquella policía burguesa, el fiscal, el tribunal, yo mismo y mis camaradas. Y nadie dudó que fui condenado por esto.

Hoy ocurre lo mismo. Todos, todos cuantos forman este tribunal y cuantos presencian el espectáculo, saben de sobras que los cargos que se me imputan son invenciones de conveniencia. He sido el timonel de esta nación durante treinta y tres años, he sido comunista, he sacrificado toda mi vida por el pueblo: por consiguiente, para cuantos hicieron un día esas mismas promesas y juraron los mismos juramentos que ahora traicionan, tengo que ser un criminal. Pero la acusación real, la que todos nosotros conocemos, es que soy socialista y comunista, y que me siento orgulloso de serlo. Así que, mis queridos y viejos camaradas, no nos andemos con rodeos. Me declaro culpable de la acusación real. Y ahora impónganme la condena que sea: esa sentencia que ya tienen ustedes decidida.

Y, tras dedicar a sus acusadores una última y desafiante mirada, Stoyo Petkanov se sentó bruscamente. El presidente del tribunal observó su reloj. Una hora y siete minutos.

A finales de febrero se estaban ultimando los trámites legales. El sol comenzaba a atravesar la niebla que se cernía sobre la ciudad. Marzo vendría pronto. Solía representársele como una abuela caprichosa, muy difícil de complacer; pero, si sonreía, tenía su promesa de que haría buen tiempo.

Peter Solinsky había comprado dos *martenitsas*: dos borlas de lana, cada una mitad roja y mitad blanca. El rojo y el blanco conjuraban cualquier mal, y te traían buena suerte y buena salud. Pero este año Maria no quiso colgarlas.

—Las pusimos el año pasado. Todos los años.

—El año pasado te quería. El año pasado te respetaba.

Peter Solinsky pidió un taxi por teléfono. Si las cosas estaban así, allá ella. Por lo menos, una de las nuevas libertades adquiridas era que no tenía que fingir gratitud por estar casado con la hija de un dirigente antifascista. *Ella* sí tendría que estarle agradecida, en lugar de menospreciar su actuación calificándolo de abogado de telefilme. Aunque el tribunal, posteriormente, no había accedido a añadir la acusación de asesinato a los cargos, él había actuado bien, muy bien. Todo el mundo se lo decía. Su golpe de efecto había modificado decisivamente la percepción popular. Las caricaturas de los periódicos lo pintaban como un San Jorge dando muerte al dragón. La facultad de Derecho había ofrecido un banquete en su honor. Las mujeres le sonreían ahora, incluso mujeres que no conocía. Sus únicos críticos habían sido Maria, los editorialistas de *Verdad*, y el autor de una postal anónima que había recibido el otro día. Era una foto de la antigua sede del Partido Comunista en Sliven,

y el texto decía simplemente: ¡DADNOS CONDENAS, NO JUSTICIA!

Pidió al taxista que lo llevara a las colinas del Norte.

—¿Va a despedirse, jefe?

—¿Despedirme?

¿Tanto se le notaba que acababa de reñir con Maria?

—De Alyosha. He oído decir que se lo llevan de allí.

—¿Cree usted que es una buena idea?

—Mire usted, camarada jefe... —El taxista pronunció estas palabras en un tono claramente irónico. Se giró un poco hacia su pasajero, pero todo cuanto Solinsky podía ver de él era un cuello lleno de arrugas, una gorra tronada y el perfil de un cigarrillo a medio fumar—. Camarada jefe, ahora que todos somos libres y podemos decir lo que pensamos, permítame que le informe de que me importa un comino lo que hagan.

El taxi aparcó y se quedó esperándole. Solinsky, paseando, atravesó los jardines abiertos al público y subió los escalones de granito. Durante un corto espacio de tiempo más, Alyosha seguiría levantando su reluciente bayoneta y avanzando esperanzadamente hacia el futuro; alrededor del pedestal, los artilleros seguirían defendiendo la posición que se les había encomendado, cualquiera que ésta fuera. ¿Y luego? ¿Pondrían algo en el lugar de Alyosha, o había pasado ya la hora de los monumentos?

Peter Solinsky miró hacia abajo por encima de los castaños y los tilos desnudos, de los álamos, los nogales... Aún faltaban semanas para que aparecieran los primeros brotes. Hacia el oeste divisó el monte Rykosha, escenario de aquella adolescente rapsodia de Petkanov (o de aquel cuento suyo intrascendente). La ciudad se extendía al sur, envuelta en la niebla, protegida por sus murallas domésticas. Amistad 1, Amistad 2, Amistad 3, Amistad 4... Tal vez debería mudarse a una nueva vivienda, como había sugerido Maria. Podría hablar de ello al ministro adjunto de la Vivienda, que, como él, había sido uno de los primeros militantes del Partido Verde. El que Maria no fuera a acompañarle no implicaba que tuviera que seguir viviendo en una sucia ratonera. ¿Seis habitaciones, tal vez? Un fiscal general tiene que recibir a veces en casa a algunos dignatarios extranjeros. Y, después... Bien, no pensaba estar siempre divorciado.

Se vio a sí mismo allí de niño, de pie, tieso, junto a su padre, escuchando la banda de música, viendo cómo el embajador de la URSS depositaba una corona de laurel y saludaba marcialmente. Recordó a Stoyo Petkanov, rebosando poder. Y a Anna Petkanova también: su cara inexpresiva, la trenza del pelo... Durante los siguientes diez años, o más, había alimentado un amor platónico por la Guía de las Juventudes. Las fotografías de las revistas habían puesto de moda su estilo, y se había interesado por el jazz. ¿La habían asesinado realmente? ¿Hasta ese extremo se había envilecido

el país? Pero ¿hacía alguien algo por alguna razón? Imposible afirmarlo... Stalin había asesinado a Kirov: ¡bienvenido sea el mundo moderno!

Mientras bajaba los peldaños de granito, Peter Solinsky sacó del bolsillo de su gabardina las dos *martenitsas*. Atravesó un parterre de descuidado césped y, ante las complacientes miradas de tres jardineros municipales, deslizó las borlas de lana bajo una gran piedra. Era la costumbre tradicional del país en esa época del año. Unos pocos días después regresabas al lugar donde habías dejado la *martenitsa*. Si había hormigas debajo de la piedra, ese año habría corderos en la granja; gusanos y escarabajos significaban caballos y ganado; las arañas, burros. Cualquier cosa viviente que se moviera era promesa de fertilidad, de un nuevo comienzo.

—¿Qué tal el fin de semana, Peter? ¿Ha ocurrido algo? ¿Se han manifestado los deficientes mentales contra la nueva Constitución?

Aquel hombre era infatigable. No podías llegar a comprenderle, porque te agotaba más y más. Debía de ser por todo el yogur que tomaba. O por el geranio silvestre de debajo de su cama. Buena salud y larga vida: la planta de los centenarios. Tal vez debería ordenar al soldado de guardia que lo arrojara por la ventana la próxima vez que Petkanov saliera de la habitación.

El fiscal general no tenía ya la sensación de estar librando un combate con él. El caso había quedado visto para sentencia y lo había ganado. Era extraño que el acusado no le demostrara resentimiento —o, por lo menos, ningún resentimiento adicional— tras sus alegaciones respecto a Anna Petkanova. O tal vez eso quisiera decir algo.

—Fui a ver a mi padre —respondió Solinsky.

—¿Cómo está?

—Se está muriendo; ya se lo dije.

—Bueno, lo siento. De verdad, lo siento. A pesar de nuestras diferencias...

Solinsky no deseaba oír otra grotesca y sentimental perversión del pasado de su familia.

—Mi padre me habló de usted —le cortó. Petkanov clavó en él una mirada expectante, como de líder acostumbrado a los halagos. Pero su gesto se borró al estudiar el rostro del fiscal: afilado, duro, adulto... No, definitivamente no podía seguir considerándolo un muchacho—. Mi padre no tenía ya mucho que decirme, pero quiso que le escuchara. Me contó que cuando usted era joven, cuando eran jóvenes los dos, usted creía realmente en el socialismo. ¡Oh, sí!, me dijo también que usted estaba loco por el poder, pero eso no era incompatible con la sinceridad de sus convicciones. Y se preguntaba en qué momento dejó usted de creer. Le preocupaba saber cuándo y cómo ocurrió. Tal vez a la muerte de su hija, o quizá, pensaba él, mucho, mucho antes.

—Puedes decirle a tu padre que aún conservo intacta mi fe en el socialismo y en el comunismo. Que nunca he titubeado en el camino.

—Entonces le interesará saber lo que me dijo mi padre justo antes de marcharme.

Me dijo: «Te propongo un acertijo, Peter: ¿quién es peor, el auténtico creyente, que sigue creyendo a despecho de todas las pruebas en contra que le presenta la realidad observable, o la persona que admite semejante realidad y, a pesar de ello, sigue proclamando que cree realmente?»

Por una vez, Stoyo Petkanov trató de no manifestar toda su exasperación. Era igualito que el viejo Solinsky, siempre tratando de dárselas de intelectual. Ya podían estar dando los últimos toques a la aprobación del siguiente programa económico, con los ministros quejándose de los objetivos marcados, o de las lluvias en tiempo de cosecha, o de la incidencia de una nueva crisis en el Oriente Medio sobre el abastecimiento de crudo de la Madre Rusia..., que el viejo Solinsky, jugueteando con su pipa y recostándose en el respaldo de su silla, se pondría a teorizar pomposamente: «Camaradas, he estado relejendo...» Ésta era su forma favorita de empezar a aburrirlos. ¡Relejendo! Uno lee, naturalmente, para empezar; y estudia... Pero luego trabaja, actúa. Los principios científicos del socialismo ya estaban dados; tú no tenías más que aplicarlos. Con variantes locales, por supuesto. Pero, cuando estabas decidiendo la fecha en que habían de completarse las obras de una presa hidroeléctrica, o preguntándote por qué los campesinos del noreste acaparaban trigo, o estudiando un informe del Departamento de Seguridad Interior sobre la minoría étnica húngara, no te hacía ninguna falta... óigame bien, señor camarada-doctor-profesor de mierda Solinsky, y perdóneme que le sea tan franco..., no tenía ninguna necesidad de releer nada. Su problema era que había sido demasiado blando, demasiado paciente con el padre de Peter. Hubiera debido enviar mucho antes a aquel viejo loco a entrenarse en el campo con sus abejas. No se había mostrado tan sutil, tan infatuado y tan amante de teorizar cuando estuvieron juntos en la prisión de Varkova. No se le había ocurrido entonces pedir permiso a los carceleros para releer nada antes de ajustarle las cuentas a aquel tipo de la Guardia de Hierro que se había rezagado del grupo principal. En aquel tiempo, Solinsky sabía muy bien cómo hacer lloriquear a un fascista.

Pero el expresidente se guardó de decir nada de todo esto. En vez de ello, respondió en voz baja a su interlocutor:

—Todos tenemos nuestras dudas. Es normal. Tal vez hubo momentos en que ni siquiera yo mismo creí. Pero permití que otros creyeran. ¿Puedes tú hacer otro tanto?

—¡Ya estamos! —replicó el fiscal—. ¡El gran redentor! El cura descreído que guía a los ignorantes al cielo.

—Tú lo dices.

—Es culpable, abuela.

La abuela de Stefan sacudió la cabeza ligeramente y, por debajo de su gorro de lana, clavó sus ojos en el rostro del estudiante. En aquel tordillo necio, que sonreía estúpidamente y hacía muecas al retrato en color de V. I. Lenin.

—También han encontrado culpable a tu novio, abuela. De paso.

—¿Estás contento, pues?

Aquella inesperada pregunta de la anciana desconcertó al tordillo. Se lo pensó un instante, y exhaló luego el humo de su cigarrillo sobre el fundador del Estado Soviético.

—Sí —respondió—. Ya que me lo preguntas, sí. Me siento feliz.

—Entonces, te compadezco.

—¿Por qué? —Por primera vez el muchacho pareció fijarse realmente en la anciana sentada bajo su icono. Pero ella había apartado ya sus ojos de él y se había abismado de nuevo en sus recuerdos—. ¿Por qué? —repitió.

—Dios prohíbe que un ciego aprenda a ver.

Vera, Atanas, Stefan y Dimiter apagaron el televisor y salieron a tomar una cerveza. Se sentaron en un café lleno de humo que antes del cambio había sido una librería.

—¿Qué creéis que le echarán?

—Tatatá-tatatá-tatatá.

—No. Eso no lo harán.

Llegaron las cervezas. Silenciosa, reverentemente, alzaron las jarras y las hicieron chocar entre sí con escasa convicción. El pasado, el futuro, el final de las cosas, el inicio de las cosas... Bebieron todos un largo primer sorbo.

—Entonces, ¿qué? ¿Aquí no nos cargamos a nadie?

—¡Qué cínico eres, Atanas!

—¿Yo? ¿Cínico yo? Soy tan poco cínico, que sólo deseaba que le pusieran de espaldas a un muro y le fusilaran.

—Tenía que haber un juicio. No podían limitarse a decirle: váyase, diremos que está enfermo. Eso es lo que solían hacer los comunistas.

—Pero no fue justo el juicio, ¿o sí? Lo que le ha hecho a este país no lo puedes

expresar en términos de delito. Debería haberse hablado de más cosas, de cómo corrompió todo cuanto tocaba. Todo cuanto nosotros tocamos también: la tierra, la hierba, las piedras... De cómo mintió siempre, automáticamente, por sistema, como un reflejo, y cómo nos enseñó a todos a mentir. De cómo hizo que la gente ya no pueda confiar en nadie fácilmente. De cómo corrompió incluso las palabras que salen de nuestras bocas.

—La mía no la ha corrompido, ¿eh? ¡Ese jodido cabrón mentiroso chorizo comemierda!

—Me gustaría que te lo tomaras en serio alguna vez, Atanas. Ya está bien.

—Pensaba que era parte de eso, Vera.

—¿Parte de qué?

—¡Pues de la libertad! Libertad de no ponernos serios. Nunca más. Nunca, nunca, si no lo deseas. ¿No tengo derecho a ser frívolo el resto de mi vida, si eso es lo que quiero?

—Ya eras así de frívolo antes, Atanas; antes del cambio.

—Pero entonces era un comportamiento antisocial. Gamberrismo. Ahora es mi derecho constitucional.

—¿Para eso hemos estado luchando? ¿Por el derecho de Atanas a ser frívolo?

—Tal vez ya es bastante para empezar, por el momento.

El día antes de que se hiciera pública la sentencia en la causa criminal número 1, Peter Solinsky fue a ver a Stoyo Petkanov por última vez. El anciano estaba de pie dentro del semicírculo pintado, con la nariz pegada a los cristales de la ventana. El soldado de guardia había recibido instrucciones para no aplicar más aquella restricción. Dejémosle ahora que contemple la vista, si lo desea. Dejémosle contemplar desde lo alto la ciudad que en otro tiempo gobernó.

Estaban sentados frente a frente, con la mesa por medio, mientras Petkanov leía el fallo del tribunal como si tratara de encontrar alguna irregularidad en él. Treinta años de destierro en el propio país. Eso le enterraría. Confiscación de sus bienes personales por parte del Estado. Eso lo encontraba normal, casi cómodo. Había empezado sin nada, y acabaría de la misma forma. Se encogió de hombros y dejó el papel en la mesa.

—No me habéis quitado mis medallas y galardones.

—Consideramos que debería conservarlos.

Petkanov rezongó.

—En fin... Y tú ¿cómo estás, Peter? —Sonreía ahora al fiscal con una insensata despreocupación, como si su vida estuviera a punto de recomenzar: una vida cuajada de excursiones, de proyectos y locas aventuras.

—¿Que cómo estoy? —Agotado, en primer lugar. Si sentías esta amarga, esta obsesiva sensación de cansancio, tras conseguir lo que querías, sabiendo que tu país había sido liberado y tu carrera profesional tocada por el éxito, ¿cómo sería el cansancio de la derrota? Su inicial euforia de triunfo se había vaciado como el agua de una bañera—. ¿Cómo estoy? Ya que me lo pregunta, le diré que mi padre ha muerto, mi mujer pide el divorcio y mi hija se niega a dirigirme la palabra. ¿Cómo supone usted que me encuentro?

Petkanov sonrió de nuevo, y la luz destelló otra vez en la montura metálica de sus gafas. Se sentía extrañamente animado. Lo había perdido todo, pero estaba menos derrotado que aquel muchacho envejecido. ¡Qué patéticos son los intelectuales! Siempre lo había pensado. Probablemente el joven Solinsky perdería en seguida la salud. ¡Y cómo despreciaba él a los que se ponían enfermos!

—Bueno, Peter... Consuélate pensando que tus nuevas circunstancias te

permitirán dedicar más tiempo a salvar a tu patria.

¿Era ironía? ¿Un consejo con el que trataba de afirmar la existencia de algún vínculo entre los dos? El único y pobre consuelo de Peter era saber que seguía odiando a aquel hombre tanto como siempre. Se puso en pie para irse, pero el expresidente no había terminado con él. A pesar de sus años, rodeó ágilmente la mesa, estrechó la mano del fiscal y luego la emparedó entre sus propias gruesas manazas.

—Dime, Peter —le preguntó en tono al mismo tiempo zalamero y sarcástico—: ¿te parezco un monstruo?

—No me importa.

Lo único que deseaba Solinsky era escapar cuanto antes de allí.

—Bueno..., te lo preguntaré de otra manera. ¿Me ves como un hombre corriente, o como un monstruo?

—Ni lo uno ni lo otro. —El fiscal general inspiró resignadamente—. Supongo que me lo imagino como una especie de gángster.

Al oír aquella salida, Petkanov soltó una inesperada carcajada.

—Eso no responde a mi pregunta, Peter. Mira: permíteme que te proponga un acertijo en sustitución del que te planteó tu padre. O soy un monstruo, o no lo soy. ¿De acuerdo? Si no lo soy, entonces tengo que ser alguien como tú, o como alguien en quien tú pudieras ser capaz de convertirte. ¿Qué quieres, pues, que sea? La decisión es tuya.

Al ver que Solinsky callaba, el expresidente insistió, como provocándolo:

—¿No respondes? ¿No te interesa? Déjame, pues, que siga. Si soy un monstruo, volveré para atormentar tus sueños; seré tu pesadilla. Si soy como tú, regresaré para atormentarte a la luz del día. ¿Qué prefieres? ¿Eh?

Petkanov tiraba ahora de su mano, atrayéndolo hacia sí, hasta el extremo de que Solinsky podía sentir como un olor a huevo duro en su aliento.

—No podéis libraros de mí. Esta farsa de juicio no cambia nada. Matarme no cambiaría nada. Mentir acerca de mí, decir que era sólo odiado y temido, y que nadie me quería, tampoco cambia las cosas. No podéis libraros de mí. ¿Te das cuenta?

El fiscal general libró su mano de la zarpa que la retenía. Se sentía sucio, infectado, sexualmente corrompido, contaminado hasta la médula de los huesos.

—¡Váyase al infierno! —le gritó, volviéndose violentamente. Al hacerlo se encontró cara a cara con el joven soldado, que estaba siguiendo aquella entrevista con una nueva y democrática curiosidad. La sorpresa hizo que el fiscal le saludara con un gesto, a lo cual el soldado respondió con un taconazo. Luego, volviéndose de nuevo a Petkanov, Solinsky repitió—: ¡Váyase al infierno! ¡Maldito sea!

Se disponía a abrir la puerta cuando oyó unos rápidos pasos a su espalda. Le sorprendió su repentina sensación de terror. Una mano le aferró por el brazo y le

obligó a girarse. El expresidente tenía sus ojos clavados en él y tiraba, tiraba hasta juntar casi sus caras. De pronto, al fiscal le abandonaron las fuerzas y los ojos de ambos quedaron furiosamente al mismo nivel.

—No —dijo Stoyo Petkanov—. Te equivocas. Yo te maldigo. Yo te condeno. — La mirada invicta, el olor a huevo duro, los sarmentosos dedos atenazándole el brazo, magullándolo...—: Yo os condeno.

Desde el cambio, la gente había comenzado a volver a la Iglesia; no sólo para los bautizos y entierros, sino a participar en el culto, en busca de un vago consuelo, de la certeza de ser algo más que abejas en una colmena. Peter Solinsky había esperado encontrar sólo una multitud de viejas con pañoletas en la cabeza, pero vio sólo hombres y mujeres, jóvenes, ancianos y de mediana edad: personas como él. Se quedó torpemente de pie en el nártex de Santa Sofía, sintiéndose como un impostor, preguntándose si debería hacer una genuflexión o no. Cuando nadie se acercó a pedirle sus credenciales, empezó a caminar hacia el altar por la estrecha nave lateral. Había dejado tras de sí los tristes cuarenta vaticios de una tarde de marzo y ahora sus ojos se acomodaban a unas luces cuyo brillo dependía de la oscuridad circundante. Los cirios ardían frente a él, el latón bruñido brillaba, y los ventanucos de arriba eran como focos que convertían el sol en finos y compactos rayos.

El grueso candelero de hierro forjado, con sus púas erizadas y sus curvilíneas florituras, era como un teatro de luz. Los cirios encendidos estaban en dos niveles: uno, a la altura del hombro, dedicado a los vivos; otro, a la altura del tobillo, dedicado a los difuntos. Peter Solinsky compró dos velas de cera y las prendió acercándolas a una llama. Se arrodilló y hundió la primera de ellas en la bandeja de arena colocada sobre el piso del templo. Luego se levantó, alargó el brazo y clavó la base de la segunda vela, la que ardería por su patria, en la negra púa de acero. Sentía en su rostro el calor de aquel concierto de llamas. Dio unos pasos atrás, rígido, como el general que acaba de depositar una corona de laurel, y se quedó de pie, mirando. Luego, la punta de su dedo halló el camino de su frente y, sin la menor reticencia, completó el sempiterno gesto, cruzándose el pecho, de derecha a izquierda, a la manera ortodoxa.

La noche y la lluvia cayeron mansamente juntas. En una pequeña colina al norte de la ciudad se alzaba un pedestal de hormigón, sucio e inútil. Los paneles de bronce de sus costados brillaban apagadamente por efecto del agua. Sin Alyosha para guiarlos hacia el futuro, los artilleros se encontraban ahora librando una batalla muy diferente: irrelevante, local, callada.

En el solar del terreno baldío situado junto al apartadero, la lluvia bañaba en suave sudor las efigies de Lenin y Stalin, de Brezhnev, del Primer Líder y de Stoyo

Petkanov. Se acercaba la primavera, y pronto los primeros brotes tratarían nuevamente de agarrarse al resbaladizo bronce de las botas militares. En la negrura de la noche, locomotoras zarandeadas en las placas giratorias de cambio y arrastradas por las máquinas de maniobras para ponerlas bajo el tendido eléctrico, iluminaban por un instante los esculpidos rostros. Pero en aquel Politburó póstumo las discusiones habían cesado: los rígidos gigantes se habían sumido en el silencio.

Frente al vacío Mausoleo del Primer Líder se hallaba de pie una mujer sola. Llevaba una bufanda de lana que le envolvía la cabeza cubierta con un gorro redondo de punto, y ambos estaban empapados. Sus manos sostenían delante del pecho un pequeño retrato enmarcado de V. I. Lenin. La lluvia salpicaba la imagen, pero aquel rostro indeleble observaba a cuantos pasaban. De vez en cuando, algún borracho perdido o algún estudiante con cara de tordillo chillón le gritaba algo a la anciana, al reflejarse en el cristal mojado la débil luz de las farolas. Pero no importaba lo que pudieran decirle: ella permanecía en su puesto y guardaba silencio.

Fin



JULIAN BARNES. Novelista británico nacido en Leicester, el 19 de enero de 1946. Tras completar su educación en la Escuela Ciudad de Londres y el Colegio Magdalen, de Oxford, trabajó como lexicógrafo para el Diccionario Inglés de Oxford. Posteriormente, fue editor literario y crítico cinematográfico, al tiempo que escritor. Sus novelas e historias cortas han sido vistas como ejemplos del posmodernismo literario. El primer libro, *Metrolandia*, lo publicó en 1980; a este le siguió dos años después *Antes de conocernos*, pero fue solo con su tercera novela *El loro de Flaubert*, que se consolidó como escritor. Con ella fue en 1984 finalista del Premio Booker por primera vez, éxito que repitió en 1998 con *Inglaterra, Inglaterra* y en 2005 con *Arthur & George*; ganó por fin el galardón en 2011 por *El sentido de un final*. Ha recibido múltiples distinciones, tanto británicas como de otros países. Barnes es asimismo autor de varias novelas policiacas que ha publicado con el pseudónimo de Dan Kavanagh. El apellido es el de su esposa y agente literaria, Pat Kavanagh, que falleció en 2008 de un tumor cerebral. En la actualidad vive en Londres dedicado por completo a la escritura.